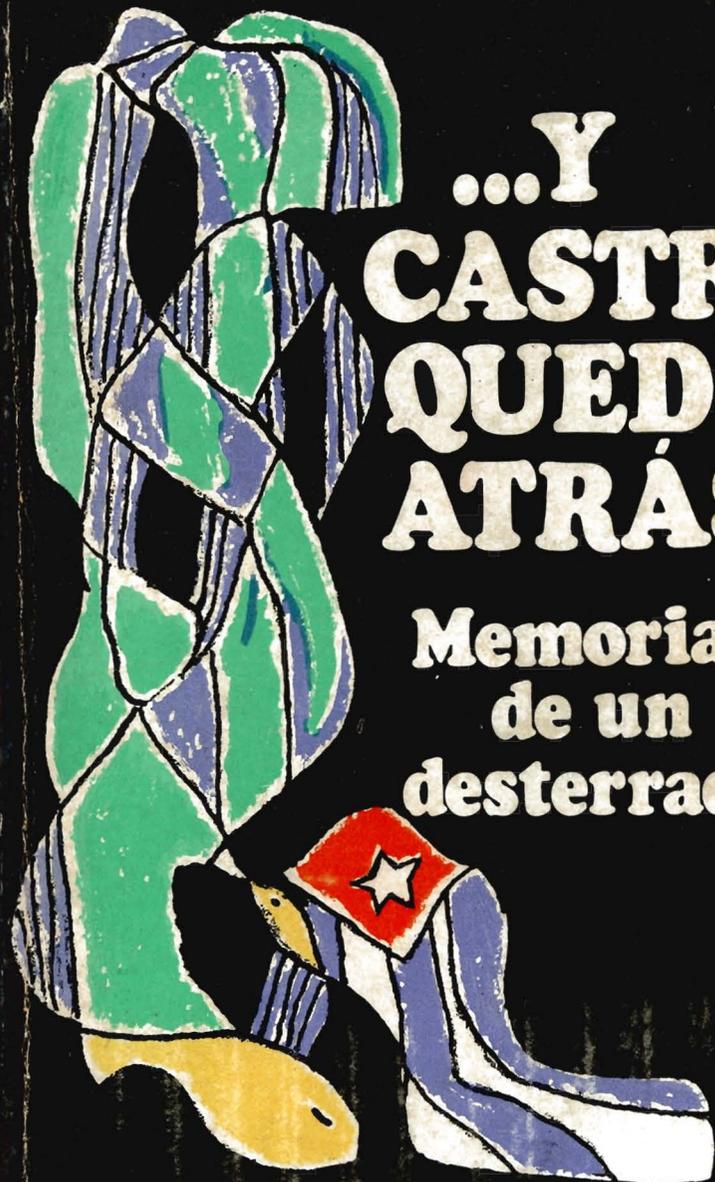


En estas memorias doloridas  
Te ves,  
Tú,  
Cubano soñador  
De Patria.  
Aquí estás con el recuerdo  
De todas las cosas queridas  
Que dejaste allá.  
Y esta esperanza grande  
Del regreso.  
Volverás, cubano sufridor  
De destierros.  
Ya verás que volverás!

...Y CASTRO QUEDÓ ATRÁS - José Sainz de la Peña



# ...Y CASTRO QUEDÓ ATRÁS

Memorias  
de un  
desterrado

...Y CASTRO QUEDÓ ATRÁS

Portada original  
de  
**CONCHA DE HUETE**  
pintora cubana desterrada que, en sus últimas obras  
ha captado en el movimiento de la línea y en la ex-  
presión del color el profundo dolor de su patria  
encadenada.

Montaje: ALLEN CHIN, famoso pintor y director artístico  
radicado en New York.

JOSÉ SAÍNZ DE LA PEÑA

...Y CASTRO  
QUEDÓ ATRÁS

PRIMERA EDICIÓN

EDITORIAL LECTORUM CORPORATION

Impreso en Buenos Aires, Argentina. Derechos reservados:  
Prohibida la reproducción en todo o en parte.

Queda hecho el depósito conforme a la ley 11.723, © 1970,  
Lectorum Corporation, 137 West 14 Street, New York,  
N. Y. 10011.

## PRÓLOGO

La tragedia de una familia cubana víctima del Comunismo es la tragedia de todas. Esa es la razón de este libro. En sus páginas vibra el dolor infinito de una familia de la clase media —posiblemente la más afectada— que, sin estar en ningún instante mezclada en asuntos relacionados con la variable política interna del país, se encuentra de pronto, en el centro de la marejada roja que inunda la tierra donde nacieran.

Tocó a Cuba ser el “conejillo de Indias” al establecerse allí con la colaboración directa de traidores a la patria el primer régimen Comunista en Latino América y quizás —por fortuna— algo más: servir el sacrificio de todo su pueblo para crear la vacuna que inmunizara a América entera de esa terrible epidemia de Comunismo que desde hace ya más de cincuenta años está luchando con terquedad y decisión por extenderse hacia todos los ámbitos del mundo civilizado.

Sus páginas están llenas de vida. Todos sus personajes son reales y la mayoría viven, aunque algunos de ellos se encuentran ya en el reino donde todo es paz infinita y con el propósito de que la obra quede como documento histórico de ese sacrificio, figuran a lo largo de las distintas estampas de la obra con sus nombres y apellidos verdaderos.

Están todos y cada uno de sus diversos episodios narrados en primera persona sin usar giros literarios de ninguna especie. Tienen esos episodios la misma sencillez de la vida diaria, sintiéndose que sus personajes respiran, vibrando en sus páginas

unas veces la alegría y otras la inquietud, tristeza y dolor de sus vidas afectadas y rotas por circunstancias exteriores en las que ocuparan lugar relevante las fuerzas del mal dirigidas por lejanos hombres sin corazón.

Como pedazos de una película retrospectiva en sus disímiles ángulos se ven llegar y después alejarse trozos de vida del pasado remoto unos, y, trozos del pasado reciente otros, que van pasando por la mente de un desterrado durante las horas transcurridas en un vuelo desde La Habana a Nueva York. Un vuelo desde la esclavitud comunista a la libertad democrática.

En las distintas etapas del relato no existe un estricto orden cronológico por ser estampas de un pasado que recobran vigencia en un instante determinado sin tener en ningún momento el propósito de una autobiografía que sería demasiada ambición para una figura tan modesta como la del protagonista de este trozo de sencilla historia de una vida que por determinaciones del Destino se viera envuelta en los tristes acontecimientos de su patria.

El lector a medida que avanza en la lectura como llevado de la mano captará el modo de funcionar la mente de la figura masculina central de una familia que, después de toda una vida de lucha honorable pierde el fruto de su trabajo honrado y se ve obligado por una serie de circunstancias —entre la que ocupa un plano relevante la salvación del futuro de sus hijos— abandonar todas las cosas que tanto significaran a lo largo de su existencia, acompañándolo en el empeño y el sacrificio, la esposa tierna, noble y buena.

El haber vivido en la entraña del monstruo comunista nos concede el triste privilegio de tratar de abrir los ojos a las familias que integran la vida en otros pueblos para que conociendo a través de este verídico relato la verdad de cómo funciona la maquinaria roja empeñada en apoderarse de un país

utilizando el terror como su arma favorita lucha hasta el logro total de sus siniestros propósitos.

Lograr el despertar de otros pueblos es la misión de este libro y si lo alcanzamos nos sentiremos satisfechos de la misión impuesta, arrancando pedazos de vida a nuestro corazón. Un corazón cubano que va por el mundo rumiando la tristeza y el dolor de la patria encadenada.

EL AUTOR

## DEDICATORIA

A mis abuelos paternos Licenciado José Sáinz de la Peña y doña Concepción Martínez Capote y a mis abuelos maternos don Gabriel Valiño Betancourt y doña María López Moreno, a quienes les tocara vivir la crudeza de la lucha por la independencia de Cuba en el pasado siglo.

A mi padre Gustavo Sáinz de la Peña, quien tanto amara la grandeza de las luchas nacionales en las urnas electorales y a mi madre Caridad Valiño López, cubana de pura cepa que muriera en el destierro sin volver a contemplar el cielo azul de Cuba.

A mis padres políticos José Rodríguez Vega y Consuelo Díaz Quintero, quienes pese a su avanzada edad están llevando con grandeza el dolor íntimo del destierro.

A mis hijos, Helydy y Eugene, Dolores y Rolando, por sus vidas ejemplares.

A mis nietos, Joanne, Gene y Cristina, nacidos en la cuna de la Libertad y quienes con su alegría contagiosa han restañado las heridas de los corazones de dos desterrados.

A Helda, mi esposa, la compañera dulce y tierna, que ha compartido junto a mí, la tristeza del destierro.

Y a todos los compatriotas que dentro y fuera de Cuba han sufrido y sufren los zarpazos arteros del Comunismo.

EL AUTOR

## INDICE

Prólogo .....	7
Dedicatoria .....	11
Castro visto de cerca .....	20
Mi nacimiento en "El Lugareño" .....	23
Batista sale de Cuba .....	25
El saqueo comienza .....	28
El Comunismo en acción .....	29
Los primeros fusilamientos .....	30
Mi niñez en Batabanó .....	31
Con el Sub-Director de INFORMACIÓN ....	39
Milicianos marchando .....	43
El juicio contra Sosa Blanco .....	44
Aprendiendo a nadar cerca de los tiburones ..	47
La farmacia de mis padres .....	54
Mi abuela materna y sus recuerdos de la guerra	58
¡Comeremos malanga! .....	64
El "Che" Guevara en la RAU .....	67
Control de divisas monetarias .....	68
Un médico ruso llega a Cuba .....	70
Recuerdos de mi niñez .....	72
Castro ataca a las damas cubanas .....	76
Castro se apodera de los periódicos .....	78
Intervención de los Bancos .....	81
Intervención de los Clubes .....	81
Los ciclones en Batabanó .....	82
La Virgen de la Caridad llega a La Habana ..	88
Playa Girón .....	92
Días universitarios .....	93
Conflictos en los centros de trabajo .....	95
Mis familiares en la Milicia .....	97
Recepción en la Embajada de México .....	97

Visita a la Embajada de EE. UU. ....	101
Bailando el zapateo cubano .....	103
Un "regalo" de Castro al pueblo .....	110
Campesinos en La Habana .....	112
Incendio en los cañaverales .....	114
La Gran Mentira: Tractores y la Reforma Agraria .....	122
No me dejaban salir de Cuba .....	125
Peleas entre niños .....	130
Me detienen por el atentado al Comandante Morgan .....	134
Un circo de niños .....	143
La boda de mi hija Helyd .....	146
Mi padre se dedica a las actividades políticas .....	154
Mi hermana y su esposo salen de Cuba .....	156
Incidente en los Boy Scouts .....	159
Intento de asalto a mi padre .....	162
Un ejército con rosarios y medallas de la Virgen .....	166
Una isla de prisioneros .....	170
De Batabanó a La Habana .....	173
Mis esfuerzos por salir de Cuba .....	177
Problemas en la Editorial "Juventud" .....	182
La Escuela Pública afectada por el Comunismo .....	185
En peligro con los cocodrilos .....	189
Conflictos en los cines .....	193
Falta de confianza entre amigos y compañeros .....	196
La exposición rusa .....	199
La boda de la hermana de Castro .....	204
Mi lucha por salir de Cuba .....	206
El cerco se va estrechando por días .....	209
Decreto contra los periódicos .....	210
Vigilancia por todas partes .....	212
Escuchando "La Voz de las Américas" .....	214
Una luz de esperanza .....	216
Llegada a Nueva York .....	221

## ...Y CASTRO QUEDÓ ATRÁS

Cuando el avión cuatrimotor de la Compañía Cubana de Aviación despegó del aeropuerto "José Martí", en Rancho Boyeros, en La Habana, a la una y treinta y cinco minutos de la tarde del día 29 de octubre del año 1960, rumbo a Nueva York, yo sabía y mi esposa también que atrás quedaba toda una vida de trabajo honrado, de esfuerzos y luchas a lo largo de veinticuatro años de fundar una familia dentro de las más estrictas normas de moral y principios cristianos. Todo quedaba allí sabiendo que perdíamos los bienes materiales —una casa en la Séptima Avenida, en el reparto Playa de Miramar, una finca de recreo en el "Chico Country Club", entre El Cano y Wajay, la Editorial Juventud, en la Quinta Avenida de Miramar y la posición de jefe de las planas sociales del periódico "Información", donde habíamos trabajado durante los últimos diecisiete años —pero también sabíamos que en ese instante nos uníamos al éxodo de cubanos que abandonaban la patria para que el mundo supiera cómo el comunismo internacional dirigido desde Moscú estaba echando las cadenas del terror para esclavizar a un país de América—. Y de esa decisión —meditada profundamente observando los acontecimientos ocurridos dentro de Cuba desde los primeros meses de las actividades de Fidel Castro y sus más cercanos colaboradores— no estamos arrepentidos ni mi esposa, ni yo, y, si el reloj del tiempo diera marcha atrás y nos situara en el mismo punto de partida, volveríamos a actuar igual que lo hicimos hace ya nueve años.

Mientras el avión corría por la larga pista del aeropuerto, impulsándose para despegar en una maniobra de rutina, un silencio impresionante había en el interior de la cabina de los pasajeros ocupada en su totalidad por cubanos que abandonábamos la isla donde nacimos. No se escuchaba ni una sola palabra. Cada uno de los viajeros estaba solo con sus pensamientos. A mi lado se encontraba mi esposa —la compañera buena de toda una vida— con la mirada fija hacia el exterior por la pequeña ventanilla del avión.

Al observarla me di cuenta de que ella trataba de localizar la terraza exterior del edificio del aeropuerto donde los familiares se afanaban en la despedida agitando sus manos y sus pañuelos blancos. Allí estaban sus padres, una hermana y un hermano en unión de su esposa, mi madre, mis dos hermanas acompañadas de sus esposos y un sobrino. Eran los familiares más allegados que quedaban allí sin saber si algún día tendríamos la dicha de estrecharlos de nuevo entre nuestros brazos como sucedió con mi madre quien murió más tarde en el destierro, en Bogotá, Colombia, sin que yo pudiera depositar un beso en su limpia frente. El último se lo había dado el día de la salida de Cuba en aquel día inolvidable que aún vibra en el centro de mi corazón.

En el avión se sentía palpar el mismo íntimo dolor en todos los viajeros. Mi esposa y yo teníamos cogidas las manos. Era el único medio de comunicación de que disponíamos en aquellos instantes. No queríamos hablar por temor a que una frase indiscreta hiciera retornar el avión al punto de partida para obligarnos a descender como había ocurrido en vuelos anteriores con pasajeros que expresaran en voz alta algún pensamiento lesivo al "castrismo". Al observar el rostro de mi esposa vi cómo pese al esfuerzo que realizaba, algunas lágrimas rodaban por sus mejillas mientras que musitaba una oración. El leve movimiento de sus labios lo

revelaba y a la mayoría de los viajeros les ocurría igual. Era la manifestación de ese profundo dolor que hace su aparición cuando se pierden las cosas que tanto se amaran en la vida y más allá de la vida también.

El avión comenzó a tomar altura y observé que ella miraba hacia abajo. Desaté el cinturón del asiento y me eché un poco hacia adelante y vi claramente lo que ella observaba con tanta atención: la tierra amada donde nacimos que quedaba allí con su espesa vegetación donde se destacaba el señorío de nuestras palmeras. Después apareció la línea definida de la costa norte bañada por el mar infinitamente azul. El sol brillaba en lo alto iluminando el paisaje. Los motores del avión seguían aumentando la velocidad tratando de alcanzar más altura. Levantamos ligeramente la mirada y observamos la belleza incomparable de nuestro cielo. Ella clavó su mirada en mí y yo en ella. No articulamos una sola palabra. Pero teníamos el mismo pensamiento. Allí quedaba nuestra patria, nuestras vidas, nuestros recuerdos. Los días de lucha intensa. Los instantes de felicidad, los momentos de inquietud y también los de tristeza. ¡Todo! ¡Tantas y tantas cosas que entraban ya desde ese minuto en los recuerdos de un ayer que tanto decía a nuestros corazones!

Mi esposa sacó de su cartera la pequeña estatuilla de San Juan Bosco que siempre nos ha acompañado en todos nuestros viajes y después un rosario. Comenzó a rezar y yo a meditar sobre nuestro futuro que se abría como una interrogación. Ya la juventud había quedado atrás. Ella tenía en esos momentos 44 años de edad y yo 50. Llevábamos dos maletas con alguna ropa. No mucha y en el bolsillo cuatro dólares con cincuenta y cinco centavos ella y yo cinco dólares. Era todo lo que se permitía sacar de Cuba en moneda americana. La moneda cubana la habíamos dejado. De nada servía. Era como tener cupones o papel mojado. Solo yo traía

en uno de mis bolsillos una moneda de plata con la efigie de José Martí. La moneda no tenía valor. Pero la efigie era un símbolo. Porque los pensamientos del Maestro cobraban vigencia en ese instante y el recuerdo de su sacrificio en el pasado por romper el yugo opresor también. El ayer luminoso de los grandes de la patria se unía a la tristeza del presente en que Cuba volvía a sufrir el dolor de nuevas cadenas.

Y mientras mi esposa rezaba yo comencé a analizar de nuevo las razones que nos habían hecho tomar aquella decisión tan importante en nuestras vidas. Vino a mi mente el día 8 de enero en que Fidel Castro entrara en La Habana en medio de una fuerte histeria popular. Venía rodeado de tanques. Yo estaba en unión de mi esposa en la casa de un matrimonio amigo —Carlos y Mary Ruiz— en un edificio alto desde el que se podía contemplar un trozo de la Calle 23 totalmente colmado de un pueblo conmocionado por aquel acontecimiento. El equipo de televisión que estaba en la sala de su apartamento se mantenía encendido y en la pantalla se estaba dando la trayectoria del recorrido antes de llegar a la Calle 23, en el Vedado. En la pantalla vimos cuando Castro desde la terraza norte del Palacio Presidencial le habló al pueblo congregado en la Avenida de las Misiones y recuerdo que dentro de su acostumbrada verborrea dijo:

—¡Este edificio no me gusta nada!

Realmente el tono y el gesto de desprecio hacia el Palacio Presidencial no me causó buena impresión. Era algo que no venía a tono con el clamor del pueblo hacia su persona. Ese Palacio Presidencial era el símbolo de una república democrática y no había razón para insultarlo. Tal parece que el sentimiento de odio que traía dentro comenzaba ya a dar su primer fruto.

Después vi cómo desde la propia terraza del Palacio pidió al pueblo allí reunido que abrieran un camino en el centro que él iba a pasar para llegar

hasta el tanque que lo esperaba para continuar su triunfal recorrido y el pueblo atendió su petición y comenzó a apretujarse unos contra otros para cumplir fielmente su voluntad. En esos instantes el rostro de Castro apareció en la pantalla del televisor y una sonrisa de triunfo ponía de manifiesto que era así cómo él aspiraba a gobernar al pueblo. ¡Como un rebaño de corderos que debía seguir al pie de la letra todos y cada uno de sus mandatos!

En realidad la estampa de Castro le servía de punto de apoyo para lograr sus propósitos de sometimiento y dominio casi absoluto de un pueblo. La estatura, su barba nazarena, su verbosidad y su aspecto juvenil lograba que su presencia levantara admiración como caudillo de una revolución triunfante.

Ese día de su llegada a La Habana lo vi por primera vez en la pantalla del televisor de la residencia de los esposos Ruiz y más tarde desde la terraza donde me encontraba situado lo vi pasar un instante entre el clamor popular de aquellos que lo vitoreaban a su paso por la Calle 23 rumbo a la Ciudad Militar y recuerdo que me volví para mis viejos amigos, pronunciando un solo comentario:

—¡Ojalá que esto sea para bien de Cuba!

En verdad en mi interior había escepticismo porque en distintas oportunidades comentando con mi esposa le había indicado que lo que se estaba gestando en La Sierra Maestra estaba dentro de una interrogación y que lo que saliera de allí solamente el correr de los acontecimientos futuros podría revelarlo a plenitud.

Después de aquello volví a mi trabajo de cronista social en el periódico "Información". Las calles se veían llenas de público. Había la natural y lógica conmoción que estas cosas producen. Observando los acontecimientos captaba que en la superficie había una ola de entusiasmo. Pero que también en el fondo había inquietud y preocupación de aquellos que no ven sólo las cosas en su aspecto

netamente objetivo. El hecho lo comenté con varios compañeros del periódico en que trabajaba y dentro del mismo ya empezaban a hacer su aparición los primeros detalles de lo que vendría más tarde: el divisionismo interno de los centros de trabajo. El fermento hábilmente colocado ya comenzaba a poner de manifiesto lo que al correr del tiempo llegaría para desgracia de un pueblo que amaba la libertad como cosa básica de la vida.

### *Castro visto de cerca*

La primera vez que vi de cerca a Fidel Castro fue en una recepción en la sede de la Embajada de Argentina, en la Quinta Avenida, en el reparto Miramar.

Fui allí en función periodística acompañado de un fotógrafo y dos de mis auxiliares en la crónica —Manuel Huete y Pedro Fernández Machinea, este último fallecido en Cuba—, para brindar al día siguiente la reseña de aquel acto de carácter diplomático.

Cuando llegó Castro vistiendo su uniforme de gala verde olivo, la mayoría de los invitados se acercaron para conocerlo de cerca. Era la natural curiosidad que despertaba en todas partes y que él sabía capitalizar con su acostumbrada astucia.

Fumaba un robusto tabaco, lanzando bocanadas de humo a un lado y otro. Le daba la mano a toda persona que se le acercara y al hacerlo sonreía levemente como satisfecho de aquella ola de curiosidad que había hacia su persona.

Al poco rato llegó a la recepción el Nuncio Apostólico, que venía acompañado de varios sacerdotes franciscanos, quienes acostumbran a usar barbas. Cuando el Embajador de Argentina en su carácter de anfitrión presentó al Nuncio a Castro, éste como tratando de hacer un chiste de actualidad le dijo:

—¡Ah! ¡Con que usted también tiene a sus “barbudos”!

La mayoría de los que estaban allí rieron el chiste mientras el Nuncio Apostólico no sabiendo lo que le iba a contestar se limitó a sonreír levemente y continuar hacia el interior de la sede de la Embajada. ¡Era su primer encuentro con el representante oficial del Vaticano y de la iglesia católica!

Al poco tiempo llegó un sirviente con una bandeja en la que había una copa de "champagne". Se la traía directamente a Castro. Era un gesto de distinción muy propio de aquellos primeros momentos. Pero Castro es astuto. Tomó la copa y clavó la mirada en el sirviente. Parecía estar tratando de conocer la intención de aquel hombre hacia su persona y recordando quizás la época de los Borgias, se volvió hacia el periodista Mario Kuchilan, el falderillo que lo seguía a todas partes y le pasó la copa de "champagne" diciendo:

—En la Sierra no habían estas cosas. ¡Allí sólo se bebía agua!

El coro que le rodeaba —el natural coro de aduladores que se forma alrededor de toda figura popular— celebró la frase mientras que Kuchilán no sabiendo lo que iba a hacer con la copa, comenzó a beber a pequeños sorbos la bebida para darle una prueba de lealtad a su nuevo amo.

El grupo de reporteros gráficos allí reunidos comenzó a lanzar "flashes" para tomar reseña gráfica del acto que se estaba celebrando en dicha Embajada mientras que Castro trataba de que en cada placa quedara estereotipada una amplia sonrisa como una cortesía hacia el país que ofrecía aquella recepción diplomática.

Uno de los fotógrafos se le acercó a Castro y a media voz le dijo:

—Comandante, el Embajador Porfirio Robirosa, de la República Dominicana desea tomarse una foto con usted. Él está en el jardín interior de la Embajada.

Aquella petición sorprendió a Castro. La consigna que muchos de los hombres del ejército Re-

belde habían dado a conocer cuando se les entrevistaba al llegar a La Habana era de que el próximo objetivo castrista sería precisamente la República Dominicana en aquellos momentos bajo el dominio absoluto del general Leónidas Trujillo y donde recibiera asilo tras su salida de La Habana el general Fulgencio Batista en unión de su familia y un grupo de sus más cercanos colaboradores. La petición no le agradaba a Castro. Observé cómo le relampaguearon los ojos tratando de buscar una salida a aquella situación un tanto delicada. Dio una fuerte fumada al tabaco. Lanzó una bocanada de humo y le contestó al fotógrafo:

—Mira... ¡Vamos a la cocina que me quiero hacer una fotografía con los cocineros antes de que sirvan la comida!

El fotógrafo un poco confundido no insistió y siguió a Castro para cumplir sus deseos. A los pocos instantes la cocina de la Embajada estaba llena de reporteros gráficos tomando fotos de Castro rodeado de cocineros y sirvientes en un gesto muy hábil para salir de una situación embarazosa y al mismo tiempo destacar que prefería a la servidumbre mejor que a los embajadores.

Esa noche trabajé como de costumbre en el periódico en mi diaria labor de reseñar los diversos actos sociales. Mientras trabajaba en mi mente se reproducían los distintos incidentes que había observado alrededor de la figura que en esos instantes mantenía a Cuba conmocionada desde oriente hasta occidente encontrando también eco ya en el panorama mundial.

Cuando regresé a mi casa ya era tarde. El reloj marcaba las dos de la madrugada. Encontré a mi esposa despierta. Estaba leyendo "El Doctor Zhivago" y me preguntó:

—¿Estás cansado?

—Sí. Un poco. La recepción de la Embajada de Argentina fue grande y duró casi hasta las diez. Y vi a Castro de cerca por primera vez.

Le conté los distintos detalles que había observado durante la recepción y comenté al final:

—En realidad como tú sabes el sol de Cuba es fuerte. Si vas un día de pesquería o sales un día al campo regresas quemado por el sol. ¿Cómo es posible que un hombre que ha estado tan largo tiempo en las montañas peleando esté más blanco que una rana?

Este detalle que me llamó la atención la primera vez que vi a Castro de cerca y que me hiciera lanzar esa interrogación ante mi esposa, tuvo respuesta más tarde cuando algunos de sus compañeros de aventura entre ellos el “Che” Guevara, quien en una entrevista publicada en un periódico de China diera a conocer que Castro no había tomado parte directa más que en un combate —entre los pocos que hubo en La Sierra— y que ese combate se había perdido. Por eso precisamente había creado Castro el mito del rifle de mirilla telescópica que le sirviera para justificar ante sus seguidores la ausencia en las escaramuzas al señalarles que él con rifle mataba mejor de lejos que de cerca. Por eso precisamente regresó de toda la campaña sin señales de sol sobre su rostro por haber permanecido escondido en distintas cuevas fumando tabacos y saturándose de doctrinas marxistas-leninistas con las cuales esclavizar a Cuba después de entregarla a los “zares rojos” que controlan desde Moscú al mundo comunista. ¡Era la mentira utilizada como arma para someter a un pueblo que confiaba su futuro a un caudillo creado por una propaganda hábilmente dirigida por periodistas y escritores traidores a la democracia y a su patria!

### *Mi nacimiento en “El Lugareño”*

El avión continuaba avanzando rumbo a Nueva York y el hilo del recuerdo me hizo retroceder al Central “El Lugareño”, ubicado en el puerto de Nuevitas, en Camagüey donde nací el día 4 de

marzo del año 1910. Mi padre Gustavo Sáinz de la Peña y Martínez era el jefe del departamento de fabricación de azúcar de dicho central. Estaba allí en unión de mi madre Caridad Valiño y López, porque habían ido a "hacer la zafra" como le llaman los empleados del ingenio a esa etapa de la molienda.

Mi abuela paterna doña Concepción Martínez Capote se había trasladado al ingenio para estar junto a mi madre quien ya se encontraba al dar a luz. En aquella época las madres tenían a sus hijos en la propia casa. No iban a hospitales y casi siempre eran auxiliadas por una comadrona y en caso de alguna dificultad llamaban al médico de la familia. Mi abuela no era una profesional. Pero iba siempre a asistir a sus hijas cuando la familia se iba a aumentar con un nuevo miembro. Era ella una mujer muy inteligente y tenía gran práctica en farmacia porque mi abuelo el Licenciado en Farmacia, don Pepe Sáinz de la Peña y Del Valle, era propietario de la farmacia "La Reunión" ubicada en el pequeño pueblito de Surgidero de Batabanó, enclavado en la costa sur de la provincia de La Habana, puerto pesquero que siempre ha servido de enlace con la Isla de Pinos.

Fue allí donde nací en la fecha citada y en el central que lleva el nombre de "El Lugareño" en memoria del gran patriota cubano Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño) que era primo hermano de mi abuelo, don Gabriel Valiño y Betancourt. Las actividades de "El Lugareño" lo situaron junto a Narciso López, el valiente venezolano que al frente de una expedición cubana desembarcara en el puerto de Cárdenas, el 19 de mayo de 1850 haciendo ondear por primera vez en Cuba la bandera de la estrella solitaria. El gobierno de O'Donnell desterró a "El Lugareño", quien constituyó en Nueva York el Consejo Cubano fundando además el periódico "La Verdad".

Una vez terminada la zafra mis padres regresaron a Surgidero de Batabanó. Iban ellos a pasar una

temporada en la residencia de mis abuelos, quienes atendían en calidad de propietarios la única farmacia del pintoresco pueblito marítimo que vivía de la pesca de esponjas principalmente. En su puerto siempre se observaba la flota pesquera formada por goletas que periódicamente salían mar afuera para regresar con su carga de esponjas unas y otras con su carga de pescados, langostas y cangrejos. Sus tripulantes eran hombres valientes que se enfrentaban a veces con fuertes marejadas y alguna que otra vez con los ciclones en la temporada en que los mismos hacen su aparición en el Mar de las Antillas, el estrecho de Yucatán o en el estrecho de la Florida.

### *Batista sale de Cuba*

Y de mi imaginación desapareció esta imagen del ayer lejano para dar paso a otros recuerdos del ayer inmediato. Las cosas sucedidas en Cuba en los primeros tiempos de la etapa "castrista" para incrustarse para siempre en la historia de mi país. Recordé que estando sentado en el jardín de mi casa de Miramar en unión de mi esposa y mis hijos Rolando y Hedy y el entonces novio de mi hija el joven norteamericano Eugene M. Charney, escuchamos el ruido de un avión que despegaba. Al poco rato escuchamos otro avión y más tarde un tercero. Era de madrugada y como mi casa estaba situada un tanto cercana a la Ciudad Militar, nos llamó la atención la salida inesperada de aquellos aviones. Hicimos algunos comentarios pero la conversación fue girando hacia otros tópicos ya que en aquellos días —el 31 de diciembre de 1958—, estaba Cuba convulsionada por una serie de rumores alrededor de La Sierra y el gobierno de Batista y las últimas elecciones celebradas que dieron el triunfo al doctor Rivero Agüero frente a la candidatura presidencial del doctor Carlos Márquez Sterling, quien con su talento y fino olfato político había pedido continuamente al pueblo ir a las urnas para proyectar a

Cuba por el camino electoral, muy distinto a lo que pretendía Fidel Castro desde La Sierra Maestra. Pero el pueblo estaba bastante confundido al respecto.

Al poco rato sonó el teléfono y mi esposa salió a contestar extrañada de aquella llamada en altas horas de la noche pese a que se trataba del último día del año en que siempre suelen las familias acostarse tarde para esperar el nuevo año, cuyas fiestas en los principales clubes sociales estaban interrumpidas ese año por la agitación revolucionaria que conmovía al país. La llamada telefónica la hacía el hermano de mi esposa, Héctor Rodríguez Díaz, para comunicarle que el ingeniero Sergio Clark, le había dado a conocer que el general Batista acompañado de su familia y un grupo de sus amigos y colaboradores más cercanos había salido del aeropuerto de la Ciudad Militar con rumbo desconocido. Fue entonces que nos dimos cuenta de que aquellos aviones que habíamos escuchado despegar eran a los que se estaba refiriendo mi cuñado al darle la noticia a mi esposa.

En aquel minuto se abría una nueva etapa para Cuba. Encendimos la radio y comenzamos a escuchar las primeras noticias oficiales del acontecimiento. El general Batista con su familia se dirigía a Santo Domingo y de acuerdo con la ley constitucional de 1940 el magistrado Piedra aceptó ocupar por sustitución la Presidencia de la República, designando al general Cantillo Jefe del Ejército.

Y mi esposa se limitó a comentar:

—¡Vamos a ver dónde termina todo esto! ¡Las revoluciones casi nunca conducen a nada bueno ni beneficioso para el pueblo!

Mi hijo Rolando que era estudiante de la Universidad de La Habana con ese calor juvenil propio de su edad le respondió:

—Mami, no seas pesimista que a lo mejor esto es lo mejor para todos.

—¡Ojalá lo sea! Pero yo tenía más o menos tu

misma edad cuando la revolución del año 33 en que el general Machado abandonó la presidencia y salió de Cuba también en avión acompañado de su familia y del grupo de sus amigos. En aquel momento como yo era joven y carecía de experiencia también me entusiasmé igual que tú y más tarde fuimos testigos de todo lo que vino detrás de aquello. ¡Las revoluciones traen sangre y dolor! ¡Permita Dios que ésta sea distinta!

Al día siguiente toda Cuba estaba conmocionada. Las calles estaban llenas de pueblo. Corrían automóviles cargados de jóvenes con banderas del 26 de Julio celebrando el triunfo. Camiones llenos de personas corrían de un lado hacia otro. La radio continuaba dando noticias y el público se arrebatava los periódicos de la mañana para conocer los detalles de las noticias.

El magistrado Piedra en su calidad de Presidente Provisional leyó desde el Palacio Presidencial una alocución al pueblo de Cuba redactada en tono patriótico notificando que había ordenado un "alto al fuego" y destacaba la esperanza de que todos contribuyeran con su esfuerzo personal desde las posiciones que ocuparan a la paz de los cubanos.

Minutos después de que escuché la alocución del Presidente Provisional a través de la radio de mi automóvil, llegué a la Redacción de "Información". Allí supe una noticia que me inquietó a mí y a varios compañeros del periódico: Fidel Castro no acataba la Presidencia Provisional del magistrado Piedra, ni admitía someterse a fórmulas legales rehusando al mismo tiempo hacer un alto al fuego.

Recuerdo que como comentario a aquellas noticias que desde Santiago de Cuba transmitía el corresponsal de "Información" un compañero de mucho talento y experiencia, cuyo nombre no revelamos por no haber aún podido él salir de Cuba, llevándome para un ángulo de la Redacción me dijo al oído:

—Hermano, nos esperan días muy trágicos para

Cuba. Esto no es más que el principio, lo peor vendrá después. ¡No lo olvides! ¡Acuérdate de lo que te estoy diciendo ahora!

Comprendí que había verdad en sus palabras y asentí con un movimiento de cabeza al tiempo que le decía:

—Tienes razón. No van a respetar la Constitución ni la ley. Van a seguir la voluntad de un solo hombre y eso es lo peor para Cuba.

### *El saqueo comienza*

Ese mismo día, en horas de la tarde, me enteré que los grupos castristas se habían apoderado de las estaciones de Radio y Televisión comenzando a dar noticias envueltas en consignas revolucionarias. Las fuerzas armadas sin mando superior no sabían qué rumbo tomar. El pueblo estaba en la calle y comenzaban los saqueos de las residencias de los que acusaban de batistianos.

Por la tarde antes de volver al periódico llegué a mi casa de Miramar y vi las calles en plena agitación. De las barriadas de Buenavista y Columbia llegaba el populacho y comenzaba a saquear la residencia de la madre de Marta Fernández Miranda de Batista. Los muebles eran arrastrados por el centro de la calle. Dos cuadras más abajo estaba situada la residencia particular del Jefe del Ejército, el general Tabernilla y la misma también estaba corriendo la propia suerte. Al observar aquello me di cuenta de que el principio de autoridad estaba siendo pisoteado en el medio de la calle.

Retorné al periódico y conocí nuevas noticias. Desde La Sierra Maestra ordenaba Castro una huelga general posiblemente temiendo que algunos núcleos de tropas subordinadas al desconcierto general que ya se había apoderado de los institutos armados, lo pudieran atacar en su viaje hacia La Habana.

Las noticias continuaban sucediéndose con ra-

pidez impresionante. De Oriente nos transmitían la noticia de que Castro había exigido la rendición incondicional de Santiago de Cuba y que la plaza le había sido entregada mientras que el pueblo se había lanzado a la calle en la misma labor de saqueo que en La Habana. La conmoción continuaba sacudiendo a Cuba de un extremo a otro de la isla y Castro ya en su labor de "orden y mando" declaró a Santiago de Cuba capital de la República.

### *El comunismo en acción*

Me di cuenta de que las noticias producían fuerte impacto dentro de la redacción del periódico sobre todo en el personal de Artes Gráficas en el taller donde el Partido Socialista tenía colocados ya sus hombres claves. Uno de ellos se me acercó en labor exploratoria. Lleva el apellido Castro pero no le une ningún grado de parentesco con los otros dos Castro. Es de pequeña estatura, trigüeño y siempre estaba sonriente. Su oficio es cajista y desde hacía muchos años trabaja en el periódico. Respondía por Castrico. Al llegar junto a mí, me puso la mano en el hombro y me preguntó:

—Viejo... ¿Qué piensa usted de todo esto?

Lo miré con fijeza y me limité a contestarle:

—La rueda de la historia está corriendo en estos momentos con mucha velocidad y no es posible formar un juicio sobre los acontecimientos presentes y menos los futuros.

Sonrió levemente y me contestó:

—Bueno, yo quiero que usted sepa una cosa... que por sobre todo lo que pase o pueda pasar en el futuro yo soy su amigo porque siempre que yo lo he necesitado usted me ha servido.

Me extendió la mano y yo se la estreché. Después cuando "Información" cerró dejando de editarse él fue designado interventor del taller.

En aquellos momentos Castrico sabía el terreno que pisaba. Toda la vida había pertenecido al Par-

tido Socialista y sin que nadie lo sospechara era hombre destinado a que cuando llegara el momento asumiera el control de los talleres de "Información". Pero en el fondo era un hombre agradecido.

### *Los primeros fusilamientos*

Las noticias continuaban produciéndose una tras otra y llegó la que mayor conmoción produjo: la actuación de los tribunales revolucionarios aún antes de haberse establecido el gobierno, utilizándose la ley de La Sierra dictada en el mes de febrero de 1958. Los inauguró Raúl Castro fusilando a 72 personas en un solo día y enterrándolas con "bulldozers".

Por otra parte el mismo día en que Fidel Castro entrara en La Habana los archivos de los cuerpos policíacos eran destrozados por los comunistas así como el archivo personal de Salvador Díaz Versón, Presidente de la Liga Anti-Comunista de Cuba, quien ese mismo día, por la tarde, llegó a mi despacho y me dijo:

—Vengo de mi oficina y me la asaltaron hoy por la mañana. Se llevaron los archivos donde figuran los nombres de todos los comunistas líderes de Cuba y me destrozaron todos los muebles.

Estaba excitado. Le ofrecí una silla y se sentó a mi lado. Encendió un cigarro y me dijo:

—¿Qué demuestra todo esto? Una sola cosa: los comunistas están dentro de la revolución y ya están actuando por la libre. El futuro de Cuba es muy malo. Tú conoces mi posición anti-comunista. Llevo toda una vida advirtiendo que esto iba a llegar y ya está aquí sin remedio.

Las palabras del viejo luchador anti-comunista me impresionaron. Éramos amigos desde que él trabajaba como redactor-jefe de las páginas policíacas del periódico "El País" y en cierta oportunidad juntos escribimos un espectáculo radial titulado "Reportajes Sensacionales" con casos de po-

licía que figuraban en sus archivos de reportero en el mencionado periódico.

—El pueblo está en la calle —me dijo— festejando el triunfo de la revolución. Pero ignora en realidad lo que hay en el fondo. Los comunistas estaban en La Sierra y ya están sacando la cabeza por todas partes. Por eso rompieron impunemente esta mañana mis archivos y lo que es peor, están destruyendo también los archivos policíacos que son propiedad de la República.

Se quedó un instante pensativo. Observé que pesaba la importancia de las cosas que ya estaban ocurriendo y al poco rato me dijo:

—Ellos conocen mi automóvil y no quiero utilizarlo para irme a mi casa. ¿Me podrías llevar en tu carro ya que no puedo llamar a mi mujer porque me tienen seguramente “cogido” el teléfono?

Accedí a su petición. Pedí mi carro al parqueador. Al poco rato lo tenía en la puerta del periódico y salí acompañado de Díaz Versón rumbo a su residencia situada en las afueras de Arroyo Arenas. Íbamos haciendo comentarios y recuerdo que entre otras cosas me dijo:

—Mira... ahora ser anti-comunista en Cuba es estar marcado como contrarrevolucionario y ser contrarrevolucionario en estos momentos significa ir directamente para La Cabaña, o para Isla de Pinos, o enfrentarse con el pelotón de fusilamiento.

La profecía del viejo luchador frente al comunismo se cumplió y él está ahora en el destierro luchando como lo ha hecho toda su vida.

### *Mi niñez en Batabanó*

El avión continuaba avanzando. Mi esposa seguía rezando y yo iba sumido en mis pensamientos. Miré hacia el asiento que quedaba a la izquierda y observé a un matrimonio joven que también abandonaba a Cuba. Tampoco articulaban una sola palabra y observé como la esposa tenía su dedo

pulgar dentro de la boca en forma de chupete. Tenía la mirada como perdida en el infinito mientras chupaba su dedo y nos dimos cuenta de que a modo de defensa se había refugiado en la etapa de su niñez y ese detalle hizo que nuestra imaginación se llenara de recuerdos de nuestra niñez retrocediendo al año 1916 en Surgidero de Batabanó, enclavado allá en la costa sur de la provincia de La Habana.

Recordamos su calle principal llamada Calle de la Independencia en recuerdo de la guerra del 95, que nos había librado del dominio de España. Es una calle bastante ancha con aceras amplias a un lado y otro que permitía a los transeúntes caminar libremente y a los niños patinar y jugar con sus triciclos sin causar molestias. Esta calle se une a la carretera que conduce al pueblo de Batabanó separado de Surgidero por una legua de camino. A un lado y otro de esta carretera corren dos riachuelos estrechos, uno de los cuales al penetrar en Surgidero divide al pueblo en dos mitades dándole nombre a otra de las calles denominada la Calle de la Zanja. Existen varios puentes de madera pero dos son de concreto. Uno está a la entrada del pueblo y se le llama el Puente del Chivo \* posiblemente debido a que fuera construido por alguno de los gobiernos municipales con beneficio monetario para algún funcionario poco escrupuloso en los manejos de los fondos públicos y al final existe otro puente también de concreto que se le llama el Puente de la Calle de Maceo que lo cruza dicha vía. El nombre de esta calle es en memoria del general Antonio Maceo, quien realizara la invasión de Oriente a Occidente en la Guerra de Independencia. Esta calle también se cruza con la Calle del Carmen, la Calle Ancha, la Calle de la Zanja y la calle de Cacarajícara llamada así en recordación de la batalla de este nombre donde fuera de-

\* En Cuba se llama "chivo" a un negocio sucio.

rrotado un gran contingente del Ejército Español.

Es Surgidero un pueblo pintoresco donde la mayoría de las casas están construidas de madera y no levantan más de dos pisos a excepción del Hotel Cervantes que tiene cuatro pisos y está construido de cemento armado. Lo construyó don Braulio Novo, tronco de una familia española quienes además eran propietarios de la única fábrica de hielo del pueblo. Casi frente a este hotel en la acera opuesta en la citada calle de Independencia se levanta el Hotel "Los Dos Hermanos" construido totalmente con maderas del país por los hermanos Moas. En la propia calle de Independencia está el parque que es pequeño pero con frondosos árboles que proporcionan sombra a los transeúntes y con jardinerías cuajadas de flores tropicales. Frente al mismo está la pequeña iglesia y al lado opuesto el Cine Eden Park con el Café El Nacional al frente. Este cine funciona desde la época del cine silente manteniendo competencia con el cine "Cuba" situado cerca del Puente del Chivo. En la propia calle hay algunos establecimientos como la "Casa Verde", "La Angelita", "Mi Tienda", y "El Fénix" establecimientos dedicados a la venta de ropas y calzado. También existen tres bodegas encargadas de abastecer de alimentos a la población, dos de las cuales llevan el nombre de sus propietarios Vega y Oms. También existe una ferretería que todos llaman la Ferretería del Catalán por ser su fundador nativo de Cataluña. Había dos entidades bancarias. El Banco Español y el Banco Moas, que presentaron quiebra cuando la crisis económica que conmoviera a Cuba después de las llamadas "Vacas Gordas" o "Danza de los Millones" a causa de que el precio del azúcar alcanzara cifras fabulosas logrando que en pocos años Cuba recaudara más de mil millones de dólares.

Al final de la Calle de Independencia está la pequeña estación de ferrocarril que comunica a Surgidero de Batabanó con la capital. Es decir con

La Habana. Frente a la misma está situado el Centro Escolar desaparecido cuando el gran ciclón del año 1926 que con tanta fuerza atacara a la población. Entre ambos se encuentra situado un viejo cañón Ordóñez de la época de la colonia que es algo así como una reliquia histórica. Pero que para mi señora y para mí tiene una especial significación ya que junto al mismo en el año de 1934, le entregué a ella el modesto anillo de compromiso que aún lleva en el dedo anular de su mano derecha y del que ella jamás se separa por tener para nuestras vidas especialísima significación.

En esa misma dirección hacia el sur está el Muelle Real. El mayor de Surgidero que es donde atracan los dos barcos que unían a Isla de Pinos con la Isla de Cuba. Eran El Pinero y el Cristóbal Colón, este último denominado así en memoria del Descubridor. Eran dos barcos pequeños, propios de ríos a cuyos costados se destacaban las dos grandes ruedas típicas de esta clase de embarcaciones. La salida y llegada de estos barcos siempre despertaba la curiosidad de los residentes principalmente de los niños que íbamos en busca de toronjas y naranjas que agricultores norteamericanos cultivaban en las fincas de Isla de Pinos. También en el propio muelle atracaban las goletas que venían de los llamados "cortes de carbón", con sacas que eran trasladadas a los vagones de ferrocarril que llegaban hasta el final del muelle para más tarde ser trasladadas por vía férrea hacia la capital.

Las dos únicas farmacias del pueblo pertenecían a mi familia. Una se llamaba "La Reunión" situada en la calle Maceo y fundada por mis abuelos el licenciado don Pepe Saíenz de la Peña y doña Concha Martínez Capote y la otra "Nuestra Señora del Rosario" fundada por mis padres Gustavo Saíenz de la Peña y Caridad Valiño López, estaba situada en la calle de Independencia junto a la imprenta "La Opinión", donde se editaba el único periódico local que llevaba su mismo nombre. Era un periódico

de solo ocho páginas que se editaba semanalmente dando a conocer las más importantes noticias locales. En el mismo prestaba sus servicios profesionales Lisandro Otero, quien años más tarde al trasladarse a la capital se convirtiera en un brillante periodista llegando a ocupar el decanato del Colegio Nacional de Periodistas de Cuba y logrando también la fundación de la primera Escuela de Periodismo en Cuba, que llevara el nombre de "Don Manuel Márquez Sterling", otro gran periodista del pasado siglo y que en distintas épocas fuera Embajador de Cuba en México.

Comencé mis actividades escolares a los seis años. En esa época el colegio municipal estaba situado al lado de la farmacia de mi padre. Allí fui al kindergarten y recuerdo que la maestra se llamaba Leonila y la auxiliar Estrella. Le llamábamos por tanto la señorita Leonila y la señorita Estrella.

Mi abuela materna doña María López Moreno guardaba en una pequeña cajita varias fotografías de carácter familiar y yo siempre recuerdo una que ella me mostraba donde aparecía yo sentado en el centro del aula junto a las dos profesoras. Fue tomada la foto con motivo de una exposición escolar de fin de curso en la que se mostraban los trabajos realizados por los alumnos. Yo sostenía entre mis manos un gallo de papel confeccionado por mí y que mostraba con orgullo. Una y otra profesora vestían a la usanza de la época. Falda larga hasta el tobillo, corpiño ajustado y botas de charol. La señorita Leonila se destacaba por su belleza y porte distinguido. Era alta y su auxiliar la señorita Estrella era de baja estatura y de ojos grandes que le dominaban el rostro. Era muy buena pianista y más tarde fue la primera profesora de piano que tuvo mi hermana Mary, que es precisamente un año menor que yo. Somos tres hermanos. Dos hermanas: Mary que es la segunda y Concha que es la tercera y yo el mayor. Yo nací en Nuevitas, Ca-

magüey, Mary, en Cifuentes, Las Villas y Concha en Surgidero de Batabanó, en La Habana.

A los nativos de este pueblo se les suele llamar los "bobos". Cuando alguien dice que nació en Batabanó rápidamente escucha una pregunta:

—¡Ah! ¿Tú eres de los bobos de Batabanó?

Esto se debe a que la leyenda cuenta de que en Surgidero de Batabanó había un tipo popular que por su forma de conducirse y de actuar le llamaban "El Bobo". Pero ocurrió que en cierta oportunidad "El Bobo" era dueño de una chiva y que se encontró a un conocido que le propuso cambiarla por una vaca y que "El Bobo" se quedó pensando un rato en el negocio y le respondió:

—Está bien. Yo te cambio mi chiva por tu vaca. Pero... ¿cuánto me das de vuelto?

Por tanto la única "boba" de la familia era mi hermana Concha, quien cuando ya mayor se le decía que ella era una de las "bobas de Batabanó" se molestaba y lo mismo les ocurre a muchos nativos de dicho pueblo aunque cuando alguna persona les llama la atención sobre ese aspecto suelen a modo de defensa personal exclamar:

—¡Soy de Batabanó! ¡Es verdad! Pero de los que cambiamos "la chiva por la vaca y pedimos el vuelto".

Yo solía siempre cuando niño andar con mi abuelo materno. Iba con él a todas partes. Me llevaba de la mano a modo de mayor protección hacia mí. Él era un hombre alto, la cabellera totalmente blanca, ojos pequeños pero ágiles en la forma de mirar, barba marinera también blanca similar a la que usaba su primo "El Lugareño" con quien tenía gran parecido físico. Las manos eran fuertes, propias del hombre que ha realizado en su juventud trabajos agrícolas. De contextura delgada, pero fuerte. Corrientemente vestía con la clásica trochana, prenda un tanto parecida a la guayabera pero que lleva más botones y en lugar de ser de hilo blanco es de lino crudo. Para las ocasiones impor-

tantes vestía traje completo oscuro con corbata gris. Siempre llevaba en la cintura un cuchillo de campesino en su vaina. Era un arma pero él siempre le daba el uso de herramienta de trabajo. Pero si por cualquier circunstancia tenía que usarla a modo de defensa personal la blandía con valentía y decisión. Era un hombre callado. De pocas palabras. Pero serio y responsable. Todos le respetaban y le llamaban don Gabriel. Yo por mis pocos años le decía Gaber. Era muy cariñoso conmigo y le gustaba enseñarme las cosas prácticas de la vida. Solía darme un martillo, unos clavos y un pedazo de madera. Pasaba horas enseñándome a clavar. A manejar el martillo. A enderezar los clavos y mojarlos para meterlos en la madera sin que ésta se rajara indicándome cómo tenía que dar los primeros golpes para proteger la mano que sostenía el clavo al tiempo que daba un golpe seco y rítmico para lograr un trabajo perfecto.

También me enseñaba a serruchar madera. Tenía un serrucho pequeño exclusivamente para mí. Me enseñaba cómo se le untaba un poco de cera para que corriera mejor. También ponía un depósito para que el aserrín fuera cayendo y no tener necesidad más tarde que estar barriendo el piso. Asimismo me indicaba cómo tenía que manejar el destornillador para introducir con facilidad un tornillo en la madera sin mayores dificultades.

También me indicaba que jamás se le debe tener miedo a la oscuridad porque la misma podía dar protección en un instante de peligro a cualquier persona. En la casa que vivíamos había un patio interior y al fondo había dos matas de güira cimarrona que él había sembrado con el propósito de usar el fruto de las mismas para fabricar un jarabe casero que él acostumbraba a tomar para curarse el catarro. Pues algunas noches él iba hacia el fondo solo y a mí me dejaba en un pequeño portal interior. Él escondía una moneda debajo de la mata de güira y regresaba, diciéndome:

—Mira, niño, yo escondí allí una peseta. Ve tú solo a buscarla y si la encuentras es para ti.

Yo al principio tenía cierta vacilación. La noche era oscura. No había luna y como es natural sentía cierto temor. Al observarme vacilante, sonreía levemente y poniéndome la mano sobre el hombro me decía:

—Mira, niño, los hombres nunca tienen miedo. La oscuridad no hace nada. Abre los ojos para ver mejor y mira bien para no tropezar. Busca debajo de la mata de güira que la peseta está allí. Yo voy a sacar mi reloj y a los cinco minutos yo te aviso. Si no la has encontrado vuelve aquí pero con cuidado, sin correr y mirando bien, con los ojos muy abiertos, para no tropezar.

Yo lo obedecía y cumplía sus instrucciones. Iba con miedo pero atendía al pie de la letra todas sus indicaciones porque yo confiaba en él y sabía que podía contar con su protección absoluta. Cuando pasaba el tiempo él me avisaba y yo regresaba con mucha cautela aunque no me faltaban ganas de correr. Pero no lo hacía porque en medio de la oscuridad contemplaba la silueta de su figura que me inspiraba respeto. Al regresar a su lado con interés me preguntaba:

—¿Encontraste la peseta?

—No. No la encontré.

—Está bien. Mete la mano en la faltriquera mía a ver si encuentras algo.

Yo lo obedecía y con gran satisfacción mi mano chocaba con una moneda. Me llenaba de alegría y le gritaba con entusiasmo:

—¡Aquí está la peseta! ¡Aquí está!

—Está bien. ¡Tómala! Es tuya y jamás olvides que el hombre que no tiene miedo en la vida a nada siempre encuentra un premio. ¡Ese es el premio tuyo de esta noche por haber ido a la mata de güira sin miedo!

*Con el subdirector de "Información" y los  
comunistas*

De pronto el avión cogió un "bache" y se conmovió. Retorné del lejano ayer adonde mis recuerdos me habían llevado. Mi esposa me miró y en su mirada había una interrogación. Acaricié su mano para que se tranquilizara y como el avión continuó en su vuelo sin ninguna otra sacudida para distraerme un poco y no hablar nada, tomé una de las revistas que estaban colocadas en la parte posterior del respaldo del asiento que quedaba frente a mí. La comencé a mirar sin mayor interés cuando apareció en una de sus planas la fotografía de un grupo de revolucionarios con Castro al centro rodeado de varios de sus más cercanos colaboradores y recordé cómo una tarde al llegar a la redacción de "Información" pasé al despacho privado de José Fernández de Villalta \*, subdirector del periódico que en aquellos momentos por ausencia del director el doctor Santiago Claret \*\*, quien se encontraba fuera de Cuba, en unión del doctor Ángel Fernández Varela, tenía el control del periódico. Era durante los primeros meses de la llamada etapa revolucionaria y recuerdo que él me preguntó:

—¿Qué tú piensas de todo esto?

Estábamos solos en el despacho y teníamos mucha confianza por llevar diecisiete años trabajando juntos día a día. Me quedé un tanto pensativo y al poco rato le respondí:

—En realidad en todo esto existe mucha confusión. Todo está mezclado. Los revolucionarios puros, los nacionalistas, los oportunistas, los castristas, los estudiantes derechistas y los izquierdistas y lo más grave de todo: los comunistas tratando de apoderarse de las posiciones claves y logrando sus propósitos.

\* Villalta, fallecido.

\*\* Dr. Claret, fallecido en el destierro.

Sonrió con escepticismo, encendió un cigarro y me respondió:

—Sobre todo los comunistas. Ahí radica el mayor problema. Aquí en el periódico ya están sacando la cabeza.

—Es cierto, lo sé.

—Basta ir al taller para darte cuenta de cómo ha variado el panorama allí. Ya no están respetando las órdenes como corresponde para que el periódico marche como siempre lo ha hecho desde su fundación.

—Además... nadie mejor que tú como subdirector sabes que la libertad de prensa ya es un mito. Varios periódicos han sido intervenidos y el propósito final es apoderarse de todos porque con una prensa libre el comunismo no funciona.

—Y lo que es peor. El pueblo está ciego. Pero a nosotros como periodistas no nos pueden engañar. Ahí tienes a Raúl Castro, la segunda figura, es un afiliado de un grupo comunista de la Universidad. ¿Dónde recibió adoctrinamiento? En Praga. Y su mujer Vilma Espín es un miembro activo del Partido Socialista.

—Es cierto. Yo conozco al tío de ella. Es un abogado de mucho prestigio, que no es comunista. Pero él sabe lo que es la sobrina.

—¿Y quién es el consejero de ellos? Pues Carlos Rafael Rodríguez, un intelectual comunista, director del periódico "Hoy", el órgano del partido, quien en los últimos tiempos se metió en La Sierra con toda la pandilla y les llevó ochocientos mil pesos para financiar la revolución.

Se detuvo un instante y continuó:

—¿Y qué me dices del "Che" Guevara? \* ¡Comandante de la Fortaleza de la Cabaña y voz cantante de todo en estos momentos! ¿Quién es el "Che" Guevara? Todos sus antecedentes son comunistas y la madre es una afiliada militante del partido co-

\* Guevara, muerto en Bolivia, para suerte de América.

munista de Argentina. Cuando el gobierno de franco matiz comunista de Jacobo Arbenz en Guatemala, el Che estaba allí como orientador hasta que cayó el gobierno de Arbenz y se refugió en México bajo la protección de Lombardo Toledano.

—Y lo más grave de todas estas cosas —le dije— es que el pueblo está ciego. Corre detrás de Castro sin saber siquiera hacia dónde lo llevan y cuando abran los ojos va a ser demasiado tarde.

—Mira... sin ir muy lejos. Aquí mismo en el periódico ya están celebrando asambleas en la Redacción. Hoy tienen una y ya vi por ahí a Díaz Silvera, a Julio Quintana y otros vestidos de milicianos. ¡Estamos perdidos! Y lo más grave es que de todas estas cosas que conocemos no se puede hacer un editorial en el periódico porque se niegan a componer el material y lo que es peor ¡quemaron el periódico!

Tomó unas fotos que tenía sobre la mesa y refiriéndose a las mismas comentó:

—¡Ahí tienes estas fotos! ¡Los Tribunales Revolucionarios funcionando a todo tren y los pelotones frente al paredón igual! ¡No se habla más que de fusilamientos! ¿Y sabes quién es uno de los miembros de esos tribunales?

—¿Quién?

—¡Rubén González!

—¿El que era fotógrafo de aquí?

—El mismo. Tú sabes que se fue para El Escambray a tomar unas fotos y allá se quedó. Ahora volvió. Esta mañana estuvo aquí y me contó que es el Fiscal de uno de esos tribunales que está condenando a muerte.

—Pero si ese muchacho no tiene ni la menor idea de lo que es hacer justicia.

—Cómo va a hacer justicia si tú sabes que muchas veces lo he tenido que suspender del trabajo por andar borracho.

—Es verdad.

—Pues ahora anda bebiendo más que nunca y

además es fiscal. ¡Cálculate tú en manos de quiénes estamos en estos momentos! ¡Y mira las fotos de todos esos que se están enfrentando con los pelotones de fusilamiento en toda la isla! ¡No quieras oírle los cuentos de cómo él acusa irresponsablemente a los reos desde que estaba allá en El Escambray!

—¡Claro! Bajo los efectos del alcohol y de la marihuana pues es capaz de mandar hasta a su padre al paredón!

—Ya tú viste lo que fue el juicio de Sosa Blanco en el Palacio de los Deportes. Un verdadero circo romano.

—Precisamente cuando estaban dándolo por televisión, yo me encontraba en el Hotel Riviera. Allí habían varios periodistas americanos mirando aquel espectáculo. En realidad estaban sorprendidos de las reacciones del público y de la forma en que se desenvolvía el juicio. Recuerdo que uno de ellos se me acercó para que yo le tradujera el interrogatorio de los testigos y no me fue posible hacerlo dadas las limitaciones mías en el inglés. Pero me di cuenta de que ellos estaban muy impresionados con la forma en que se desenvolvía el juicio en un tribunal revolucionario que con facilidad extraordinaria condenaba a muerte a cualquiera.

—Es que la justicia que están impartiendo esos tribunales tiene de todo menos lo que puede considerarse como una justicia verdadera porque se está siguiendo la voluntad de un solo hombre y los reos ya están condenados de antemano.

Solo entre amigos y compañeros de absoluta confianza se podía hablar con tanta claridad en aquellos momentos sin correr grave riesgo. Mi conversación con Villalta había sido a puerta cerrada en su despacho. Nadie presente. Solo nosotros dos que nos conocíamos muy bien por haber trabajado tantos años juntos y ambos como periodistas nos sentíamos íntimamente afectados al saber que nada se podía intentar en esos momentos. Conocíamos que

el intento de otros periódicos se había tomado ya como pretexto para cerrarlos e impedir su salida. Los tentáculos de lo que vendría más tarde se iban extendiendo por todas partes en deliberado propósito del dominio absoluto del país.

Todas aquellas cosas las observamos y nos sentíamos cada día profundamente afectados.

### *Milicianos marchando*

Por todas partes aparecían milicianos y por las noches las principales calles estaban llenas de grupos marchando. Eran grupos de mujeres y hombres que se iban entregando a aquel afán de sumarse al castrismo sin meditar siquiera la importancia que esa sumisión tendría en el futuro de todos. En el Parque Central, en el Parque Maceo, en el Parque de Máximo Gómez, en el Paseo del Malecón, en la Avenida de los Presidentes se observaban a diario nutridos grupos de milicianos en ejercicios militares. Marchaban a lo largo de las calles mientras a media voz decían:

—Un... dos... tres

Viva Fidel...

Un... dos... tres

Viva Fidel.

Y el natural humorismo criollo respondió rápidamente así:

—Un... dos... tres... cuatro,

comiendo mierda

y rompiendo zapato.

El natural humorismo del cubano siempre ha sido una puerta de escape para aliviar la tensión de las situaciones dentro del país. Pero ese humorismo natural se trataba de dominar desde los primeros instantes y cualquier persona que lo usara era acusado de contrarrevolucionario.

Castro no admitía la más leve crítica a su gobierno. Así cuando Prohías un conocido caricaturista se atrevió a pintar una caricatura en la que apare-

cía Castro rodeado de bombines, lo acusó públicamente de actividades contrarrevolucionarias y al día siguiente se reunieron los miembros de la Sociedad de Caricaturistas, que dicho caricaturista presidía en esos instantes y lo destituyeron del cargo. Días más tarde tuvo que abandonar la isla temeroso de que le pudiera ocurrir algo a causa de la acusación de Castro contra su persona.

### *El juicio contra Sosa Blanco*

El juicio contra el coronel Sosa Blanco fue espectacular y el pueblo en general lo seguía con verdaderas muestras de expectación. Aún tengo en mi memoria fresca la imagen de aquel hombre esposado frente al tribunal revolucionario que lo estaba juzgando. Se hizo una larga prueba testifical trayendo familias campesinas para que testificaran ante el tribunal pidiéndoles el fiscal revolucionario que reconocieran públicamente al acusado. No era difícil. Frente a los testigos había un hombre esposado y se les pedía que señalaran quién era el acusado. Como cosa lógica un hombre esposado tenía que ser la persona acusada. Pero no obstante dicha circunstancia muchos de los campesinos no lo reconocían y cuando eso ocurría el doctor Arístides D'Acosta, abogado defensor que era capitán auditor del Ejército iniciaba el interrogatorio que en mayoría resultó favorable al acusado. Yo fui compañero de curso del doctor A. D'Acosta en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana y recuerdo perfectamente que se trataba de un alumno estudioso y que más tarde se dedicó por entero a su carrera profesional dentro del Ejército, donde en diversas oportunidades había puesto de manifiesto su capacidad y su talento. Pero uno de sus más brillantes triunfos como abogado lo obtuvo defendiendo al coronel Sosa Blanco pese a que fue designado defensor el mismo día en que se iniciaba el juicio sin tiempo suficiente para estudiar la causa.

No obstante este detalle de tanta importancia todos aquellos abogados que presenciaron la defensa convenían en que se había consagrado como un hábil abogado al romper toda la prueba testifical en que el fiscal basaba su acusación. Pero se trataba de un Tribunal Revolucionario que sólo seguía las instrucciones de los hermanos Castro y el fallo fue condenatorio. De esa forma el coronel Sosa Blanco fue condenado a morir ante el pelotón de fusilamiento y aún recordamos aquella frase suya que casi toda Cuba escuchó por televisión cuando dijo:

—¡Esto es un circo romano!

Pese a ese detalle de tan impresionante realismo el doctor D'Acosta luchó con talento en su afán de salvarlo de la última pena, ya que según se supo más tarde las extralimitaciones que a Sosa Blanco se le atribuían las había cometido otro oficial del Ejército de nombre parecido que actuaba también por aquellos contornos de la provincia de Oriente. Pero que Castro estaba interesado en que el coronel Sosa Blanco fuera el condenado a la última pena debido a que cuando Castro desembarcó en Cuba el oficial que persiguió a su grupo había sido el coronel Sosa Blanco con un grupo de sus hombres siguiendo instrucciones del Estado Mayor del Ejército Nacional al que él pertenecía como oficial y que lo había hecho en cumplimiento de su deber como miembro de las fuerzas armadas.

Yo no conocí personalmente al coronel Sosa Blanco. Pero su juicio ante aquel Tribunal Revolucionario me impresionó vivamente al igual que impresionó a aquel grupo de periodistas americanos que estaban frente al televisor en el Hotel Riviera y uno de los cuales me pedía le tradujera el interrogatorio del fiscal y del defensor. Ellos no dominaban nuestro idioma pero como ciudadanos de un país donde existía garantía para un acusado se daban cuenta de que aquello mostraba que la justicia estaba siendo arrastrada en Cuba a niveles muy bajos

ante Tribunales Revolucionarios parcializados y sedientos de venganza.

Días después del fusilamiento de Sosa Blanco me encontré con un compañero del periodismo —Luis David Rodríguez, repórter del periódico “El Crisol”— quien al comentar conmigo aquel episodio me dijo:

—Yo estaba en La Cabaña el día antes de que fusilaran al coronel Sosa Blanco y allí entre los familiares de los que están presos en ese lugar se encontraba la señora de Sosa Blanco y sus dos hijas. Ellas estaban tratando de encontrar la forma de que se les permitiera visitarlo y cuando estaban hablando conmigo vieron salir al “Che” Guevara. Corrieron hacia él y yo escuché cómo aquella pobre mujer que era una estampa viva del dolor acompañada de sus hijas le rogaba de rodillas al “Che” Guevara, que era en aquel momento el jefe de La Cabaña que les permitiera visitar por última vez a su esposo en unión de sus hijas y el comandante Guevara con una sonrisa maléfica que nunca olvidaré le dijo:

—“No se preocupe que usted mañana va a ver a su esposo. Yo mismo se lo voy a entregar”.

Y Guevara dejó a aquella mujer en medio de aquella explanada sostenida por sus dos hijas mientras que él fumando su tabaco siguió con el grupo que lo seguía a todas partes, rumbo al “jeep” que lo esperaba y esa misma noche en los fosos de La Cabaña fue fusilado Sosa Blanco encargándose el propio Guevara, al día siguiente de entregar el cadáver a la viuda como le había insinuado en sus palabras del día anterior.

Y continuaron los fusilamientos en todas las provincias de los que ellos llamaban públicamente criminales de guerra, los cuales dando pruebas de un valor que asombraba a sus propios ejecutores se iban enfrentando con los pelotones de fusilamiento y aún recordamos aquella película y aquella foto en que el general Rojas se dirigió al pelotón de sol-

dados antes de su ejecución para indicarles que los perdonaba y que lo único que ansiaba era que todo lo que estaba ocurriendo en aquellos instantes fuera para bien de Cuba, la tierra que tanto él amara y que como militar defendiera.

### *Aprendiendo a nadar cerca de los tiburones*

Miré por la ventanilla del avión y allá a lo lejos vi el mar inmensamente azul y retornaron a mi mente recuerdos del lejano ayer cuando yo tenía siete años de edad y mi padre quería que yo aprendiera a nadar, cosa importantísima para toda persona que vive en un puerto marítimo como Surgidero de Batabanó.

Él tenía la costumbre de llevarme con frecuencia a las goletas que se dedican a la pesca en el mar Caribe. Estas embarcaciones de velas son muy pintorescas. Algunas tienen motor pero casi siempre se mueven usando el velamen. Las velas y los foques. Tienen en la parte central un tanque que está perforado y se llena de agua salada, fresca. Cuando están en sus actividades de pesca los marineros van echando toda carga en dicho tanque. De esta forma cuando regresan al puerto el pescado viene fresco y más tarde es trasladado aún vivo a cajas de madera con hielo para mantenerlo en buen estado de conservación durante su traslado a la capital por medio del ferrocarril.

Mi padre tenía muchos amigos marineros que eran dueños de esas embarcaciones y cuando ese vivero central de una goleta estaba sin la carga de pescado se convertía en una magnífica piscina de agua fresca, donde yo me bañaba sin correr riesgo de ninguna clase.

Pero como esos viveros no son muy grandes se dificulta nadar y mi padre quería que yo aprendiera a nadar. Las aguas que rodean a Cuba sobre todo en el sur suelen estar llenas de tiburones, los feroces tigres del mar, que de una dentellada arrancan

un brazo o una pierna con facilidad asombrosa dado sus afilados dientes y la fortaleza de sus mandíbulas.

No obstante existe una característica especial con el tiburón. Cuando en las aguas en que ellos están cae cualquier cuerpo pesado que produzca un impacto fuerte, siempre huye. Pero al poco instante retorna al lugar para observar el objeto que produjo el impacto y los pescadores cubanos avezados en estas aguas conocen perfectamente ese detalle importante y no vacilan en tirarse cerca de un tiburón y salir después con rapidez del agua para evitar ser alcanzado por las mandíbulas del mismo.

Recuerdo que aquel día íbamos mi padre, el marinero que siempre nos acompañaba y yo con el propósito de tomar un bote en el muelle para trasladarnos a una de las goletas donde yo acostumbraba a bañarme bien resguardado de cualquier peligro. Pero el marinero al llegar a la punta del muelle, me agarró por los brazos, me levantó en alto y me dijo:

—¡Hoy vas a aprender a nadar de verdad!

Diciendo esto me tiró al medio del mar y rápidamente se lanzó detrás de mí para sacarme antes de que un tiburón pudiera hacerme fácil presa en sus mandíbulas. Han pasado muchos años y aún tengo fresco en mi memoria aquel instante en que me veía envuelto en las aguas grises dando vueltas hacia el fondo del mar mientras que llegaban los brazos recios del pescador para rescatarme y ponerme a salvo sobre el muelle, mientras los tiburones merodeaban por allí. Yo lloraba fuerte en aquel instante y no se me olvida el rostro de mi padre contraído mientras increpaba al imprudente marinero de apellido Orozco que había cometido la imprudencia de lanzarme a un sitio de tanto peligro abrigando la esperanza de que de esa forma aprendiera con mayor rapidez, dando lugar a todo lo contrario. La tardanza de varios años en poder sostenerme en el agua y nadar posiblemente se

deba a ese incidente que jamás se me ha borrado de la memoria.

Cuando mi abuelo supo lo ocurrido también se molestó porque él conocía muy bien que por aquellas aguas merodeaban de continuo los tiburones que unas veces eran atrapados usando fuertes anzuelos sostenidos con cadenas o alambres trenzados para evitar que los afilados dientes de la presa los cortaran con facilidad como ocurría cuando se usaba solo la pita.

Una de las cosas más atractivas de Surgidero de Batabanó es el mar. En la bahía se observa la flota pesquera y los distintos muelles se llenan por las tardes para verla regresar con su carga de pescado o de esponjas y yo solía ir siempre en unión de mi abuelo al Muelle Real que era el mayor de todos.

Íbamos a pescar. Él tenía los avíos de pesca en una caja de metal con una agarradera en la parte superior. Pesaba un poco y él siempre la llevaba. Yo me encargaba de llevar la carnada. Eran colas de langosta que él compraba y que constituye una carnada excelente. Antes de ir pasábamos por una de las bodegas situadas en la calle Independencia y compraba queso amarillo o blanco, dulce de guayaba y las llamadas "galletas de embarque" que se denominaban de esa forma por ser las usadas por los marineros cuando salían de pesquería durante varios días.

La mayoría de las personas pescaban en la parte superior del muelle. Pero a mi abuelo le gustaba ir a la parte inferior porque había una buena sombra y más tranquilidad para pescar. Nos sentábamos en los gruesos troncos que sirven de sostén al muelle y él me preparaba mi anzuelo pequeño para evitar que pudiera pegarse un pez mayor, que yo no pudiera tirar de la pita a tiempo y me fuera a lanzar hacia el mar en caso de perder el equilibrio.

Aquel día yo me sentía un tanto inquieto. Mi abuelo observó mi inquietud y la forma en que yo

me estaba agarrando de los fuertes troncos que sostenían la armazón del muelle y me preguntó:

—Niño... ¿Qué es lo que te pasa hoy?

Yo me agarré a su cuerpo y le contesté:

—Gaber... es que tengo miedo.

—¿Miedo a qué?

—Al agua y a los tiburones.

Mi abuelo me abrazó y sentí sus brazos aún fuertes pese a su edad tratando de protegerme y a la vez de inspirarme confianza.

—Mira, niño —me dijo— todos en la vida en un momento podemos sentir miedo. Es cierto y aún el hombre más valiente puede sentirlo. Yo sé lo que a ti te pasa ahora. Estás recordando el otro día cuando el marinero Orozco te tiró al mar y te sentiste indefenso dentro del agua pensando que un tiburón te pudiera agarrar. ¿No es verdad?

—Sí —le respondí mientras que con mis dos brazos me apretaba contra su cuerpo.

—Bueno, ya eso pasó y lo que tienes que hacer ahora es aprender a nadar bien para que también tú puedas hacer como el marinero Orozco que sabe defenderse de los tiburones.

Las palabras de mi abuelo me tranquilizaron. Me senté a su lado con los pies colgando hacia el agua. Él sacó su cuchillo y cortó un pedazo de queso y otro de dulce de guayaba. Los colocó sobre una galleta y me lo dio. Yo empecé a comer tranquilamente porque la combinación del queso con el dulce de guayaba era algo que me fascinaba. Después preparó el anzuelo con la carnada y lo tiró al agua. Me pasó la pita a mí y al poco rato sentí un fuerte tirón revelador de que algún pez se había enganchado en mi anzuelo. Comencé a tirar de la pita y mi abuelo se acercó a mí poniendo su brazo protector por sobre mis hombros para que yo pudiera con seguridad y sin el riesgo de caer al agua sacar mi presa. Yo sentía esa emoción del pescador maniobrando con la pita para extraer el pez del agua. Mi abuelo se sentía feliz al observar mi emo-

ción y me daba instrucciones. La pita iba de un lado hacia otro y yo unas veces soltaba un poco y después volvía a cobrar la pita. El corazón me golpeaba en el pecho. Era un pez pequeño pero la emoción que sentía era grande. Al fin saqué mi presa que aún en el aire tiraba en afán de poder escapar. Al poco instante mi abuelo tenía entre sus manos el pez que se agitaba con fuerza. Él me lo mostró y yo sonreía lleno de felicidad. Acababa de realizar una hazaña que me llenaba de satisfacción. En ese instante había olvidado mi desagradable experiencia con el pescador que quiso enseñarme violentamente a nadar.

—Ponlo aquí —le dije a mi abuelo al tiempo que le extendía un pequeño recipiente que estaba cerca de mí.

Mi abuelo sostenía el pequeño pez entre sus manos. Con mucho cuidado y habilidad le había extraído el anzuelo de la boca tratando de causarle el menor daño posible. Me lo mostró un rato y yo lo contemplaba con orgullo de pequeño pescador. Estaba satisfecho de mi hazaña y le insistía a mi abuelo para que lo colocara dentro del recipiente que estaba a mi lado. Entonces él me dijo:

—Mira, niño. Es un pez muy pequeño y estoy seguro de que todavía anda detrás de su madre en compañía de otros hermanitos. ¿No te parece que debemos echarlo otra vez al mar?

Yo me quedé un instante pensando. Tenía mi orgullo de pescador que gusta de mostrar al regreso lo que ha pescado. Pero las palabras de mi abuelo eran siempre importantes para mí. Y él insistió preguntándome:

—¿A ti te gustaría que te separaran de tu madre?

—No —le contesté con rapidez.

—Pues lo mismo le sucede a él.

El razonamiento de mi abuelo me impresionó. Le respondí:

—¡Tíralo al agua!

Él sonrió. Me lo enseñó por última vez y lo tiró

al mar. El pez se mantuvo un instante en la superficie y de momento con alegría de mi parte, observé que nadaba con velocidad hacia la profundidad y en mi imaginación infantil lo vi reuniéndose felizmente con su madre y sus hermanitos. Mi abuelo me acarició la cabeza con su mano y me dijo:

—Has hecho una buena acción. Ese pez era muy chiquito y ni siquiera se podía comer. Ahora él está de nuevo con su mamá y como ya aprendió la lección del anzuelo nunca se dejará pescar.

Como premio a mi buena acción mi abuelo me preparó otra galleta con dulce de guayaba y queso y yo comencé a comerla tranquilamente mientras que observaba el movimiento del mar que encerraba tantas sorpresas en sus profundidades.

En Surgidero de Batabanó el mar es como un personaje. Está presente en todo instante porque la vida de allí gira a su alrededor. Los marineros le llaman “la mar”. Ellos dicen:

—Me voy “a la mar”.

Esa frase es indicativa de que van a salir a su trabajo. Van a arrancar a sus profundidades la subsistencia de sus vidas. El sostenimiento de sus hogares está respaldado por “la mar”. Salen mar afuera a la pesca de esponjas que están en las profundidades. Las mismas están en el fondo de “la mar” y después de localizarlas con una cubetas que tienen un cristal y que permite observar las profundidades las desprenden con unos garfios que están sostenidos a unas varas largas que ellos manejan con mucha habilidad y precisión. Después que las esponjas son arrancadas del lecho donde crecen van subiendo a la superficie y comienzan a flotar. Más tarde los pescadores las van recogiendo en botes y las trasladan a la goleta que está anclada. Las van ensartando en cuerdas que se izan con el palo mayor de la embarcación y más tarde retornan a puerto con su preciada carga que es puesta a la venta en el mercado de esponjas que funciona en la calle

Maceo, en Surgidero de Batabanó, donde los expertos compradores señalan el precio.

Más tarde pasan a las esponjerías, donde un personal experto se dispone primero a separar los "machos" de las "hembras". Estas últimas son las máspreciadas por su suavidad y mayor absorción. Primero las golpean con una maceta de madera sobre un tronco a fin de romper las partículas de coral que tienen en su interior y después los recordadores con unas tijeras que ellos manejan con mucha habilidad las van redondeando. Algunas de estas esponjas las suelen blanquear metiéndolas dentro de una solución de ácido sulfúrico durante todo un día. Seguidamente se enjuagan y se ponen al sol. De esa forma aumentan su natural valor porque esta clase de esponja se usaba para bañarse aunque últimamente han ido perdiendo el mercado original desplazadas por las esponjas artificiales de goma.

Recuerdo que el padre de un amigo de mi niñez —Juan Esfakis\*, un emigrante griego— era dueño de una de las más grandes esponjerías de Surgidero y yo solía ir con su hijo Orlando\*\*, a jugar dentro de las esponjas. Solíamos subir a una barbacoa y desde allí nos lanzábamos sobre las altas tongas de esponjas que amortiguaban el golpe de la caída y nos permitía la emoción de sentirnos por el aire.

Nos reuníamos allí un grupo de amigos formado por Orlando Esfakis, Plácido Barbeite, Pelayo Samalea para disfrutar de ese juego bastante emocionante en el interior de la esponjería. Con frecuencia jugábamos en la parte alta de la barbacoa y nos empujábamos unos a los otros hasta caer desde una notable altura sin el peligro de lesiones graves. Yo era delgado y aunque los demás tenían más peso que yo, les resultaba difícil tirarme porque antepoñía a la fortaleza de ellos, sobre todo de Orlando Esfakis, la ligereza mía.

\* y \*\* Juan Esfakis y Orlando Esfakis, fallecidos.

Pero un día el encargado del amplio local nos vio jugando en aquel lugar y aunque las esponjas no sufrían en lo más mínimo por aquella clase de juego se sintió preocupado por nosotros pensando con razón que en cualquier momento podríamos sufrir una caída con graves consecuencias y vino a requerirnos para que dejáramos de jugar en esa forma violenta. Dos días más tarde volvimos a las andadas y un hermano de Pelayo Samalea llamado René vino a incorporarse al grupo y sufrió una caída violenta con la fractura de un brazo. Desde ese día el juego violento dentro de las esponjas se terminó por disposición de don Juan Esfakis, dueño del lugar.

### *La farmacia de mis padres*

Mis padres atendían directamente todo lo relacionado con la farmacia "Nuestra Señora del Rosario", de su propiedad, situada en la calle Independencia. La farmacia llevaba el nombre de la patrona del pueblo. El director facultativo de la misma lo era el Licenciado José Badosa \* y como mensajero trabajaba Juan Ortas, que era un muchacho de doce o trece años de edad y que al correr del tiempo llegara a ser secretario del Premier Fidel Castro. Mi padre que era muy amigo del padre de él, fue quien orientó sus primeros pasos en la vida del trabajo y en muchas oportunidades Juan Ortas era quien me acompañaba hasta el colegio principalmente en los días de lluvia fuerte. Iba con un paraguas que le daba mi madre y me acompañaba hasta la puerta del colegio que se encontraba situado a dos o tres cuadras de la farmacia.

Mi madre era una mujer de belleza natural, sin artificios, ni maquillaje ni peinados estridentes. En su rostro ovalado se destacaban sus ojos almendrados de dulce mirar, su boca breve, sus mejillas ro-

\* José Badosa, fallecido.

sadas, todo enmarcado por la cabellera ondulada que era el complemento de la distinción que había en su modo de manifestarse, la ternura de su voz y sobre todo la grandeza espiritual que llenó todo el curso de su vida fecunda y de amor entrañable para mi padre, para sus hijos y para todos los miembros de su familia. Vistió en todo momento a la usanza de cada época pero siempre siguiendo un estilo conservador que se apartara de las modas incidentales que solían dar colorido a la etapa con que los modistos de ideas avanzadas tratan de destacarse.

Mi padre era un hombre alto, delgado, de maneras distinguidas que acostumbró siempre a vestir con elegancia propia de un verdadero caballero. Pese al clima tropical y al calor de Cuba siempre usó trajes de tres piezas con chaleco, cuello duro y corbata. En su rostro se destacaban sus ojos grandes, negros, de fuerte mirar, el pelo lacio, sin una sola ondulación y el bigote con las puntas vueltas hacia arriba. Con frecuencia usaba bastón, alfiler de corbata, leontina con reloj y un solitario de brillante en el dedo meñique. Era hombre de palabra fácil, con gran poder de convicción y habilidad para sazonar la conversación de acentuadas muestras de humorismo, que lo desplegaba siempre a la hora del almuerzo o la comida por estimar que a la mesa sólo se debían llevar temas gratos como complemento para el disfrute de los mejores platos y la buena digestión.

La farmacia de mis padres tenía un amplio portal al frente y en el mismo sobresalía la vidriera principal que usaban para la exhibición de la perfumería importada de Francia, España y Alemania así como distintos objetos del tocador tan apreciado por la mujer. Cuando por las noches las muchachas paseaban por las aceras del parque que estaba en el lado opuesto a la farmacia solían cruzar la calle y reunirse en la vidriera de la farmacia para observar los productos que allí se exhibían.

En la parte interior había un mostrador-vidriera cerrado a los lados con barandas de madera torneadas y pintadas de blanco. Una de estas barandas se abría en forma de una pequeña puerta que daba acceso hacia el interior. A un lado y otro estaban los anaqueles con los distintos productos farmacéuticos a los que solían llamar "patentes" por responder a fórmulas patentadas por los distintos laboratorios farmacéuticos y al fondo se destacaba el dispensario que era el lugar donde se preparaban las distintas prescripciones de los dos únicos médicos del pueblo, los doctores Godínez y Pons, que eran grandes amigos de mi padre.

El frente de la farmacia daba a la calle Independencia y el fondo a la calle Cacarajícara. El local era amplio hasta el extremo que la familia inicialmente vivía al fondo de la farmacia, donde había una sala, un comedor y tres cuartos que daban hacia el jardín y patio interior de la casa. El primer cuarto era el de mis padres, el segundo el de mi hermana Mary y mío y el último estaba ocupado por mis abuelos maternos. Al final estaba la cocina seguida de un amplio cobertizo donde mi abuelo siempre solía estar para hacer sus cosas de carpintería a modo de entretenimiento, ya que su labor en la farmacia se ajustaba a la mera inspección de la misma a fin de que todas las cosas marcharan lo mejor posible para el negocio. Hacia la parte derecha había un gran fregadero donde dos empleados adicionales de la farmacia fregaban los envases que se utilizaban para las prescripciones facultativas que eran preparadas con esmero por mis padres con el respaldo del Licenciado Badosa, que era el Regente de la farmacia y responsable de la forma en que se preparaban las recetas médicas y siempre me llamaba la atención las conversaciones que yo escuchaba entre mis padres en sentido de que había que poner mucho cuidado en la preparación de las prescripciones médicas, porque si una de ellas llegara a producir el fallecimiento de algún paciente

el licenciado Badosa iba a la cárcel y el prestigio de la farmacia sufriría tal impacto que no quedaría otro camino que el cierre de la misma.

Esto se debía a que en esa época —año de 1917— en todas las farmacias se preparaban las fórmulas recetadas por los médicos que era necesario elaborarlas con sumo cuidado en el dispensario de las farmacias y después de archivadas tenían que ser anotadas escrupulosamente en un libro de control por el director facultativo de cada farmacia para mostrarla al inspector del Departamento de Salud, quien las leía minuciosamente para determinar si las cantidades de los distintos productos médicos estaban bien balanceadas, cosa que garantizaba la calidad de las prescripciones recetadas por los médicos.

Siempre recordamos al Licenciado José Badosa, que trabajó muchos años en la farmacia de mis padres. Era un hombre de baja estatura, grueso, canoso y de ademanes delicados. Era casado y tenía un solo hijo llamado Libertico \*, quien lamentablemente falleció cuando la epidemia de influenza que azotara a Cuba al final de la segunda Guerra Mundial. Esto abatió profundamente al Licenciado Badosa, quien se transformó en un hombre silencioso que llevaba muy adentro de su corazón el dolor inmenso de la pérdida de su único hijo. Yo era muy pequeño y siempre escuchaba cómo mis padres comentaban la muerte de aquel niño y sentían profundamente lo ocurrido a causa de la gran estimación que tenían al hombre que desde hacía tanto tiempo prestara sus servicios facultativos en la farmacia, donde también en ciertas oportunidades cuando mis padres se ausentaban por algún viaje a la capital, lo dejaban al frente de la farmacia aunque siempre mi abuelo continuaba su función de supervisor de la misma, cuidando que todo marchara de acuerdo a la línea directriz señalada principalmente por mi padre.

\* Libertico, fallecido.

## *Mi abuela materna y sus recuerdos de la guerra*

Mi abuela materna doña María López Moreno era una mujer de un carácter dulce y tierno. De estatura mediana, ojos negros, de mirar sereno, cabellos oscuros sin ondulaciones le caían hacia la espalda y con algunas canas jugueteándole en las sienes, de perfil rectilíneo destacándose la nariz fuerte que contrastaba un tanto con la barbilla breve.

Vestía siempre a la usanza de la época, privando la falda larga hasta el tobillo, vestidos de dos piezas de estilo conservador cuando iba a salir a algún sitio determinado y cuando se encontraba en los quehaceres de la casa lucía unos modelos que ella llamaba "bebés", de falda larga que al caminar le imprimían señorío a sus movimientos.

Yo estaba muy apegado a mi abuela y la llamaba cariñosamente "Nía". Ella atendía todas mis cosas y también todo lo relacionado con mi hermana Mary debido a que como mi madre trabajaba en la farmacia en unión de mi padre todo el movimiento interior del hogar se desenvolvía bajo su dirección.

Ella me cuidaba con esmero. Atendía mi ropa, me ayudaba a vestirme y cuando estaba acatarrado pese a que en la farmacia había toda clase de medicamentos, ella me daba remedios caseros como limonadas calientes, ponche de leche y huevo que además ella decía que era un gran alimento y me daba cucharadas de aceite de olivo para suavizarme los bronquios y me ponía en el pecho una capa de pomada alcanforada para lograr la más rápida mejoría.

Como todo niño me fascinaban los cuentos y ella se sabía toda la colección de cuentos imaginativos que de generación en generación han hecho pasar momentos inolvidables a los niños. Pero también solía contarme historias de la Guerra de Independencia. Ella la pasó en su finca Las Pozas, cercana a Cifuentes, en la provincia de Las Villas.

Me contaba que mi abuelo en la parte posterior de la casa y un tanto alejada de la misma había construido un refugio para darle protección a la familia. Trabajó un largo tiempo mi abuelo abriendo en la propia tierra, y contando solamente con un pico y una pala, un hueco de tres metros de profundidad por seis de ancho. Fabricó una escalera de madera para descender al mismo y en su interior habían bancos para sentarse, una cama para las niñas, depósito de agua potable, un tazón, viandas, un depósito con carne de puerco conservada en su propia manteca y un fogón de piedras rústicas para cocinar. La parte superior estaba cubierta con planchas de zinc sostenidas por travesaños de madera y cubierto todo con pencas de guano de las que se acostumbran a usar para cobijar el techo de las casas. También alrededor del refugio mi abuelo abrió unas zanjas para protegerlo de las inundaciones en la temporada de las lluvias tropicales.

De esa forma cuando se entablaba algún combate entre las fuerzas insurrectas y las tropas españolas que andaban de operaciones por aquellos contornos, mi abuela y sus dos menores hijas —Caridad y Luisita—, corrían a protegerse de las balas dentro del refugio, donde disminuía el peligro de ser alcanzadas por las descargas de fusilería principalmente de las fuerzas españolas que estaban mejor equipadas que los mambises, quienes en la mayoría de los casos tenían que usar la “carga al machete” para romper los cuadros del ejército español debido a la falta de parque y también de armas de fuego.

Me contaba mi abuela que ella escuchaba desde el refugio las descargas cerradas de los cuadros españoles que contrastaba con el fuego graneado de los cubanos. Por el sonido de las descargas de un lado y otro ella sabía en qué lugar estaban los españoles y del sitio en que estaban los mambises y que ella siempre esperaba con ansiedad el toque de corneta que anunciaba la carga al machete para terminar de esa forma el combate casi siempre con

la retirada de las tropas españolas que no podían contener, pese a la superioridad de sus armas de fuego, el violento ataque de los mambises.

Mi abuelo conocía perfectamente toda aquella comarca porque en su juventud había sido mayoral de una hacienda y en muchas ocasiones tenía que recorrer toda la zona en busca de los esclavos que se escapaban para convertirse en cimarrones. Debido a ese detalle conocía palmo a palmo el terreno y con mucha frecuencia les servía de guía a las tropas cubanas para eludir a la columna española o prepararle una emboscada en la parte más intrincada de la manigua, donde sufrían aplastantes derrotas militares que contribuían al triunfo de las armas insurrectas.

Con frecuencia mi abuela me contaba que una de las emociones más grandes que ella había experimentado en la Guerra de Independencia fue el día que conoció personalmente al Generalísimo Máximo Gómez, quien al frente de sus hombres acampó en uno de los potreros de la finca y que lo había visto llegar cabalgando sobre su famoso caballo blanco, llevando uniforme de campaña y anudado al cuello el pañuelo blanco que usaba en todo momento para que en sus famosas cargas al machete fuera fácilmente identificado por sus hombres en el fragor del combate. Siempre ella me decía:

—Yo no puedo olvidar nunca aquel día en que el Generalísimo acampó con sus hombres en la finca. Su cuerpo delgado parecía hecho de acero y su mirada era algo que impresionaba. Han pasado muchos años y ese día lo recuerdo siempre cuando él después de tomar una taza de café que yo le hice, me dio las gracias diciéndome que si él pudiera tomar siempre ese café carretero los españoles no le duraban una semana.

El café carretero es una forma peculiar de hacer café sin necesidad de usar el clásico colador para recoger la borra. Se hace de la forma siguiente: se pone a hervir agua en un jarro grande y cuando el

agua está hirviendo se le echa el polvo y después de unos minutos con las tenazas se toma una brasa de carbón al rojo vivo y se deposita dentro del jarro. De esta forma toda la borra va hacia el fondo y después con cuidado se sirve el café que según los amantes de esta deliciosa infusión tiene de esta forma un aroma maravilloso y un sabor exquisito. Es este el estilo en que los carreteros —los hombres que conducen con paciencia las carretas cargadas de cañas que van rumbo al ingenio más cercano— acostumbran a hacer el café que todos llaman con admiración “café carretero”.

A ese café o mejor dicho a esa forma especial de café fue la que elogió el Generalísimo Máximo Gómez cuando mi abuela le trajo una humeante taza haciendo que aquel episodio se grabara para siempre en su memoria y en su corazón de cubana orgullosa de haber conocido al bravo guerrero dominicano que tantas muestras de amor diera a Cuba al realizar una labor tan brillante al frente de los mambises hasta lograr que Cuba fuera libre e independiente tal como la soñara José Martí.

También ella me contaba las distintas formas en que las mujeres cubanas cooperaban con los insurrectos utilizando una especie de telégrafo con la ropa que tendían al sol en los bateyes. Cuando había una columna española de operaciones por los contornos ponían en las tendederas sólo ropa de hombre. Esa era la señal para que los mambises pudieran orientarse por aquellos lugares y prepararles emboscadas a las columnas españolas que andaban por aquel sitio. Cuando no había peligro y podían acercarse a la casa en busca de agua y de algunas provisiones tendían solamente ropa blanca de mujer. La misma se divisaba desde lejos y los mambises podían acercarse a la casa sin temor alguno.

Asimismo ella narraba cómo morían muchos soldados españoles sin que los cubanos tuvieran necesidad de hacerles un solo disparo. Ocurría que los soldados llevaban en sus mochilas botellas de aguar-

diente que a ellos les encantaba ingerir sobre todo al caer la tarde cuando el sol se ocultaba. Pero que ellos ignoraban que cuando se comía alguna fruta como mango, plátanos, manzanos, guayabas, no se debe tomar ninguna bebida alcohólica fuerte y que los españoles ignorantes de esta circunstancia comían esas frutas y después bebían ron. Al poco rato se sentían atacados de fuertes dolores abdominales, comenzando a vomitar y que la mayoría morirían intoxicados por esa mezcla y que los compañeros decían que habían muerto del "vómito negro".

Estas historias que me narraba mi abuela me resultaban interesantes aunque mi mente infantil se impresionaba imaginando a mi modo los combates entre las tropas cubanas y las españolas mientras que ellas se veían en la necesidad de correr para buscar protección en el refugio construido por mi abuelo logrando de esa forma salvar sus vidas cuando se encontraban en el centro de la lucha allá por los últimos años del siglo XIX, alrededor de los años 1895 y 1896.

Como Surgidero de Batabanó está situado en la costa sur de la isla toda la orilla del mar es fangosa y despide un olor peculiar sobre todo cuando el viento sopla del sur y cuando se mantiene por varios días la zanja que divide el pueblo en dos mitades se desborda produciendo inundaciones que los residentes denominaban "la llenante" y eso constituía una fiesta para nosotros los muchachos ya que al llenarse las calles de agua que alcanzaba hasta más de un metro de altura podíamos utilizar pequeños botes de remos para pasear por las calles como un remedo de Venecia.

Recuerdo que una tarde mi abuela me había puesto un traje blanco y yo sin decir nada absolutamente me fui con otros amigos a ver "la llenante" que casi siempre alcanzaba su mayor altura en la Calle Ancha. Iba de lo más contento y ni mis padres ni mis abuelos sabían hacia el lugar que yo me había ido con mis amiguitos. Allí encontramos

una pequeña chalana que estaba amarrada junto a un muelle. Tenía dos remos pero estas chalanas se diferencian de los botes porque carecen de quilla que es lo que impide al bote volcarse con facilidad. Mis amigos y yo nos sentimos excitados al ver la chalana y nos metimos dentro de la misma con sumo cuidado. Pero cuando íbamos navegando por el centro de la calle nos sentimos tan alegres que nos pusimos de pie y la chalana se viró haciendo que todos cayéramos al agua sin saber nadar. La suerte fue que en sentido opuesto venía un bote con dos marineros quienes al observar el accidente que nos acababa de ocurrir se lanzaron al agua y nos rescataron antes de que corriéramos el grave riesgo de habernos ahogado.

Los marineros nos trasladaron a su bote y nosotros temblábamos no de frío sino a causa del susto que habíamos pasado al cometer la imprudencia de montarnos todos en aquella frágil chalana, que los marineros también rescataron llevándola hasta el muelle donde la misma estaba amarrada antes que nosotros la tomáramos para aquella aventura marítima.

Uno de los marineros nos llevó hasta la orilla y después de bajarnos nos preguntó:

—¿Dónde viven ustedes?

Cada uno le fue diciendo su dirección y él salió con todos nosotros a llevarnos a cada casa. Llegó a la farmacia de mi padre y me vieron en el lamentable estado en que yo iba. Estaba mojado y enfangado de pies a cabeza. La ropa había dejado de ser blanca. Mi abuela al verme se persignaba al tiempo que todos le daban las gracias a aquel marinero por haberme sacado a tiempo de aquellas aguas donde yo había estado expuesto a morir ahogado.

Mi padre me llevó para la parte de atrás de la farmacia, se quitó el cinturón que llevaba puesto y con el mismo me dio varios correazos en el lugar donde termina la espalda. Mi abuela intervino co-

mo siempre sirviéndome de madrina. Después fui con ella para el baño. Me quitó toda la ropa y con una botella de "bay-rum" comenzó a fricciónarme todo el cuerpo para darme calor y evitar un fuerte catarro. Seguidamente me preparó un ponche caliente con leche y huevo y después que lo bebí todo, me llevó para la cama y me acostó a dormir hasta el día siguiente.

### *¡Comeremos malanga!*

El avión continuaba avanzando rumbo a Nueva York y la azafata comenzó a distribuir las bandejas con el almuerzo. Todos los pasajeros que venían en el vuelo mantenían absoluto silencio. Sólo se escuchaba a media voz una sola frase:

—Gracias, gracias.

Nos llegó el turno y recibimos la bandeja con el almuerzo. Pese a que llevábamos muchas horas sin ingerir alimento alguno ni siquiera habíamos reparado que ya era hora de comer algo. La tensión emocional había dominado el apetito. Miramos mi señora y yo la bandeja que nos entregaba la azafata y después de darle las gracias con una leve sonrisa que posiblemente más parecía una mueca que una verdadera sonrisa observamos que en el centro del plato había un pequeño bisté y el mismo me hizo recordar a un amigo que aún estaba en Cuba.

Era el dueño de una casa de mecánica de automóviles que está situada en la calle de Zanja. Con frecuencia yo iba allí cuando tenía necesidad de algún arreglo en mi automóvil. Su especialidad era la parte eléctrica del motor. Él es español pero lleva muchos años en Cuba y siempre vivió de ese oficio. Tiene una familia formada por dos hijos los cuales fueron compañeros de mis dos hijos en el Colegio "Baldor". Y me recuerdo que en los primeros días de aquella euforia conmocional del pueblo

de Cuba mi amigo me dijo una frase que recordé en aquel instante:

—Es muy fácil gritar “¡comeremos malanga!” cuando se tiene un “bisté” en el estómago.

Esas palabras que él me dijo al oído una tarde en que yo estaba en su taller encerraban una gran verdad. Eran los primeros tiempos en que Castro desde la tribuna le decía al pueblo de Cuba que tenía que prepararse para comer malanga si fuera necesario y el pueblo aplaudía porque como decía mi amigo “era muy fácil gritar ¡comeremos malanga!” cuando se tiene un ‘bisté’ en el estómago”.

Era así como se estaban poniendo los primeros pilares para la “gran estafa” al pueblo de Cuba y yo sentía pena de ver con cuánta facilidad se puede engañar y con cuánta destreza los demagogos juegan con la buena fe de aquellos que llegan a creer en todas sus mentiras.

La verdad es que en los primeros momentos Cuba estaba muy bien abastecida. Existían grandes reservas de alimentos, medicinas, ropas, calzados, equipos eléctricos, piezas de repuestos para los automóviles, equipos de refrigeración, de televisión etc., etc. Pero todo eso como es lógico suponer tiene su límite y a ese límite tenía que llegar un pueblo engañado.

Recuerdo que mi cuñado Rubén Rodríguez, hermano de mi esposa, era Jefe de Departamento de Ventas de la Westinghouse de Cuba y el día en que el “Che” Guevara citó en su oficina a los representantes del comercio de La Habana para tener con ellos un cambio de impresiones, él fue a dicha reunión representando a la firma para la que trabajaba y esa noche llegó a casa y después de llamar a mi señora y a mí para el interior de la casa nos dijo:

—¡Esto se acaba! Después de las estupideces que hoy nos dijo el aventurero argentino ése sobre las limitaciones de dólares para adquirir mercancía en los Estados Unidos no queda otro camino que irse

de Cuba y hoy mismo empiezo a prepararlo todo para irme. ¡Cuba se va al fondo del mar!

Y al día siguiente comenzó a prepararlo todo para abandonar a Cuba en unión de su esposa Lucina y su hijo Héctor, ya que su hija mayor Eleonor ya se había ido de Cuba y se encontraba en Washington como primera exilada de la familia.

Recordamos que este hermano de mi esposa, Rubén, había dado su aporte a la Revolución y que un día fue detenido en su oficina acusado de estar vendiendo bonos del "Movimiento 26 de Julio", siendo llevado a la Décima Estación de Policía, donde fuera reciamente golpeado para obligarlo a revelar el hecho de que en su oficina de la Westinghouse bajo su dirección se distribuían dichos bonos y que él había sido denunciado por una mujer que era integrante de aquella red de venta y distribución de bonos para coleccionar dinero a favor de la revolución "castrista".

Al día siguiente llegó a mi casa Héctor Rodríguez, el otro hermano de mi esposa, que era dueño del "Alkazar Electric", un establecimiento dedicado a la venta de equipos eléctricos, que estaba situado en la calle Neptuno, en La Habana. Llegó excitado con la noticia de que Rubén abandonaba a Cuba y le dijo a mi señora:

—¡Este está loco! Mira que abandonar ahora a Cuba con los días de prosperidad que vamos a tener. Yo en la tienda estoy vendiendo todo al precio que yo quiera ponerle. ¡Estoy ganando un dinerall

Yo lo estaba escuchando y me limité a preguntarle:

—¿Y cuando se te acabe esa mercancía qué es lo que vas a vender?

No esperaba aquella pregunta. Se quedó pensativo un instante pero como estaba eufórico con las ventas que estaba realizando exclamó:

—¡Vendo lo que seal ¡Traigo radios de China! ¡De donde seal

—¿Y dónde consigues las divisas?

—Bueno... ¡Ya eso lo arreglará Fidell

Mi señora se le quedó mirando y movió la cabeza en señal de que su hermano estaba dentro del estado conmocional que hacía que la mayoría del pueblo no viera la realidad futura de Cuba.

—¿No te das cuenta que vamos directamente rumbo al comunismo? —le preguntó mi señora.

—¿Comunismo esto? ¡Todos ustedes están locos! Si esto es comunismo yo te digo que vengo, me arrodillo y te beso los pies.

Dos años más tarde tuvo que entregar su establecimiento comercial y la casa de su propiedad situada en el Biltmore para poder salir de Cuba a reunirse con sus dos hijos Hectico y Ritica, a quienes ellos habían enviado con anterioridad temerosos de que fueran adoctrinados en la escuela donde se educaban.

Desde luego mi señora nunca le pidió que cumpliera su promesa de besarle los pies porque ella como mujer comprensiva se dio cuenta de que su hermano era uno de los tantos engañados. Todo lo que él había logrado en la vida fue a golpes de trabajo y sacrificios viéndose obligado a entregar todas sus propiedades a la Reforma Agraria a cambio de poderse reunir con sus hijos en tierras de libertad. Hoy se encuentra en Puerto Rico tratando de rehacer su vida, por ser un hombre honrado, dinámico y trabajador.

### *El "Che" Guevara*

La primera vez que vi de cerca al "Che" Guevara fue en la Embajada de la RAU (República Árabe Unida) situada en la Primera Avenida, en el reparato Miramar. Fue con motivo de un acto que el Embajador de dicho país ofreció para festejar el viaje de Guevara al Medio Oriente en misión de propaganda comercial y acercamiento con dicho país y otros países de África, Asia y el sureste de Europa.

Asistí a dicho acto en labor periodística para el

periódico "Información", donde trabajaba en esa época. Allí vi a Guevara. Recuerdo que lo vi en el jardín de la sede de la Embajada charlando con el Embajador y un grupo de funcionarios árabes y cubanos. Vestía el uniforme de gala del Ejército Rebelde. Fumaba un tabaco habano. Clavaba la mirada penetrante en cada uno de aquellos que lo rodeaban al tiempo que lanzaba al aire provocativas bocanadas de humo. Su figura un tanto raquítica, la barba pobremente poblada y los gestos breves que hacía con las manos me recordaron a Mario Moreno, Cantinflas en algunas de sus creaciones fílmicas. Cuando los reporteros gráficos que habían acudido a la Embajada para levantar acta gráfica del mencionado acto lo descubrieron en el jardín comenzaron a disparar los "flashes" de sus cámaras desde distintos ángulos. Cada relámpago hacía que Guevara volviera el rostro y clavara la mirada en el reportero hasta que volviéndose hacia ellos como dando una orden exclamó:

—¡Ya está bueno! ¡No quiero más fotos!

Los fotógrafos bajaron sus cámaras y comenzaron a retirarse de aquel lugar. Desde el sitio en que me encontraba observé aquel detalle y me di cuenta que era un hecho demostrativo de que la libertad de prensa ya no funcionaba en Cuba desde que ellos habían tomado el control del poder.

### *Control de divisas monetarias*

El asunto de las divisas monetarias comenzó a ocupar un primer plano y al mismo se refería Castro en la mayoría de sus discursos. El pueblo no sabía en verdad la importancia que aquel asunto tenía para el futuro de la economía de Cuba.

El hecho comenzó a tener resonancia en los bancos. En el primer control de divisas se señaló un límite de trescientos dólares para giros al extranjero, después se bajó la cantidad a ciento cincuenta

y poco después se cerró totalmente ese tipo de operación bancaria.

En relación con este hecho de las divisas recuerdo que una tarde alrededor de la una y media me encontraba en el taller del periódico con motivo de la preparación de unas planas para la siguiente edición y estaba trabajando en la confección de esas planas un cajista llamado Sergio, cuyo apellido no recuerdo.

Era uno de los tantos que se encontraban entusiasmados con la revolución castrista y me dijo:

—Usted ayer decía que ya el peso cubano no estaba a la par con el dólar y yo fui hoy por la mañana con un billete de diez dólares al banco y me lo cambiaron por dos billetes cubanos de cinco pesos cada uno. ¡Mire! ¡Aquí los tengo!

Y me enseñó orgulloso sus dos billetes. Me le quedé mirando y le dije:

—Bueno, si el peso está a la par con el dólar ¿por qué no vas ahora al banco a que te los cambien por un billete de diez dólares?

Para hacerme la demostración salió rumbo al banco que estaba cerca del periódico y como una hora después regresó diciéndome:

—¡Ese empleado del banco es un estúpido! ¡No quiso hacerme el cambio y además quería llamar al guardia “pa” meterme preso!

Otro día en que yo me encontraba sentado en el jardín interior de mi casa leyendo, se me acercó Jorge, un jardinero que durante muchos años venía a mi casa una vez a la semana a arreglar el jardín. Era un hombre humilde, de campo, pero que con sus esfuerzos le había costado la carrera de Medicina a su hijo y me dijo:

—Caballero, yo nunca había oído hablar de esas cosas de las divisas que tanto hablan ahora. Pero a mí antes con mi trabajo honrado nunca me faltaban veinte pesos en mi bolsillo y ahora ya me está faltando el trabajo y no voy a poder cubrir los gas-

tos de mi casa. ¿Qué es lo que ahora está pasando en Cuba?

Esta era la forma en que el pueblo con la realidad de las cosas que estaban comenzando a ocurrir iba abriendo un poquito los ojos aunque no lo suficiente para comprender la triste realidad. Era la ingenuidad natural de aquellos que como era lógico considerar estaban impresionados con los ángulos de propaganda que el castrismo comenzó a mover a modo de cortina de humo desde los primeros instantes en que tomara el poder.

Recuerdo también otro hecho interesante. A mi casa iba una vez por semana un señor ya mayor que tenía una pequeña granja avícola. Era su único medio de vida la venta de aves y huevos y un día fue a mi casa y le dijo a mi esposa:

—Señora... estos son los últimos huevos que yo voy a vender.

Mi esposa se sorprendió y con ingenuidad le preguntó:

—¿Vendió su granja?

—No, señora. Sucede que ahora no se puede vender huevos sino tienen el sello del INRA y todos los granjeros tenemos que entregar todos los huevos para que ellos los vendan.

—Bueno... quizás eso sea mejor para usted.

El pobre hombre abrió los ojos y exclamó:

—¿Mejor para nosotros? Pero si nos pagan con un vale y no se sabe cuándo nos van a hacer efectivo ese vale. ¿Cómo vamos a alimentar las gallinas y los gallos? ¿Con vales? Nosotros no tenemos recursos y la comida para la cría ni la regalan ni la fian.

Y así desaparecieron las humildes granjas avícolas de Cuba.

### *Un médico ruso llega a Cuba*

El doctor Rosas era médico y prestaba sus servicios profesionales en la Capitanía del Puerto de La Habana. Con ese motivo tenía que inspeccionar

los distintos barcos que llegaban para determinar el estado de salud de la tripulación de esos barcos.

Además el doctor Rosas era un experto en asuntos de audio y tenía un pequeño establecimiento dedicado a esta especialidad. El mismo estaba situado en el Centro Comercial de la Quinta Avenida y calle 84, en Miramar y a dos puertas del establecimiento tenía yo la Editorial Juventud, propiedad de mis hijos Hedy y Rolando, quienes allí editaban una revista mensual especializada en asuntos de interés para la juventud.

El doctor Rosas y yo nos hicimos buenos amigos. Allí conversábamos unas veces en su establecimiento y otras en el mío. También se reunían con nosotros otros dos buenos amigos, los esposos Prieto, quienes tenían allí un estudio fotográfico. Ella —Saritá— era profesora de literatura en el Instituto de La Habana y él —Luis— era un artista del lente, un madrileño que había sufrido muy directamente en la guerra civil española.

Un día el doctor Rosas nos contó que en uno de los primeros barcos rusos llegados al puerto venía un médico ruso que hablaba bastante bien el español y que habían trabado amistad. Una mañana en que el doctor Rosas invitara al citado médico a tomar una cerveza en un bar cercano al puerto, el mismo al darse cuenta de que el doctor Rosas era un hombre en quien se podía confiar le comunicó confidencialmente que antes de salir del puerto de Odesa, su esposa le había rogado que si podía le comprara un par de zapatos en La Habana. Para ese fin él traía en su poder la plantilla de los zapatos, un billete de veinte dólares que había conseguido en el mercado negro de la moneda y le pedía al doctor Rosas que le consiguiera una tarjeta de racionamiento de zapatos para ese fin. Y cuando el doctor Rosas —eran los primeros meses de la revolución castrista— le comunicó que en Cuba no se necesitaba tarjeta de racionamiento para adquirir zapatos, el médico ruso se quedó sorprendido y su

asombro llegó al máximo cuando el doctor Rosas lo llevó a la calle Galiano y vio las vidrieras de las tiendas exhibiendo toda clase de zapatos que se podían comprar libremente sin necesidad de tarjetas como en los países comunistas.

Más tarde todo cambió y el pueblo de Cuba sufre la tradicional escasez de todos los países comunistas.

### *Recuerdos de mi niñez*

Después del ligero almuerzo que nos sirvieron en el avión, tomé una revista y comencé a mirarla sin mucho interés. Me llamaron la atención dos láminas que reproducían escenas de la primera guerra mundial y recordé que cuando los Estados Unidos entraron en la guerra en el año de 1917 comenzó a acentuar la escasez de alimentos básicos en Cuba y recuerdo cómo mi madre tenía debajo de cada cama almacenadas cajas de galletas de distintas clases, chocolate, harina y gofio en su afán de que la familia no fuera a pasar hambre. Es posible que ella que tenía el recuerdo de la Guerra de Independencia en que tantas personas murieron a causa de la falta de alimentos básicos la llevaban a tomar aquellas precauciones. Fue eso algo que siempre le preocupó a ella, porque cuando anunciaban un ciclón lo primero que ella hacía era preparar una factura en prevención a que se fueran a terminar los alimentos y que sus hijos sufrieran por falta de los mismos.

Mi hermana Mary y yo la vigilábamos y cuando ella estaba en la farmacia ayudando a mi padre a atender a los clientes, nos metíamos debajo de la cama y sacábamos las cajas de galletas o de chocolates, las abríamos y empezábamos a comer sin parar. Esto dio lugar a que muchas veces sufriéramos indigestiones y nos obligaran a tomar un purgante de agua de Carabaña, que era lo que estaba de moda por aquellos tiempos.

El sabor del mismo era muy amargo y había que

tomarse un vaso sin respirar y después para quitarse aquel sabor fuerte que quedaba en la boca, nos daban la mitad de una naranja de china que chupábamos sin parar en afán de neutralizar el mal gusto que se había centralizado principalmente en la lengua. A veces nos producían náuseas y mi abuela me acostaba y nos colocaba un huevo de pasta que ella usaba para zurcir las medias, en la hoyita del cuello y de esa forma nos sugestionaba y lograba que no devolviéramos el purgante.

Mis abuelos —don Gabriel y doña María— eran muy cariñosos con mi hermana Mary y conmigo. Nos cuidaban mucho y siempre estaban dispuestos a ayudarnos en todo, porque mis padres tenían que atender muy directamente la farmacia y como en esa época no había los turnos, la misma siempre estaba abierta día y noche así como los sábados y domingos también. Por ese motivo siempre estábamos bajo el cuidado directo de nuestros abuelos aunque mi madre y mi padre también se afanaban por buscar algún momento libre en sus ocupaciones para estar con nosotros.

Una de las cosas que a mí siempre me fascinaron desde niño fueron los circos y a Surgidero pese a que era un pueblo pequeño de solo cinco mil habitantes con frecuencia llegaban circos que atraían a grandes y a chicos. Tres de esos circos eran famosos. El Circo Lowander, el Circo Pubillones y el Circo Santos y Artigas. Cuando aparecían pegados en las paredes y en las cercas los carteles anunciando la próxima llegada de uno de esos circos yo me sentía entusiasmado y a la vez excitado pidiéndole a mi abuelo que me llevara.

Era tan grande el entusiasmo que yo sentía por el circo que el día que llegaban los carros conduciendo la tienda de campaña, las gradas, las sillas y las jaulas de los animales, yo buscaba alguna excusa para no ir a la escuela y mi abuelo me llevaba desde por la mañana para no perder un solo detalle del trabajo de los llamados "tarugos". Estos

eran los empleados encargados de la tarea de todo el montaje del circo y la práctica que ellos tenían en ese tipo de trabajo me deslumbraba al extremo que un día yo le dije a mi abuelo:

—Gaber... cuando yo sea grande quiero ser “tarugo” de un circo.

Me recuerdo que al escuchar mi determinación una leve sonrisa iluminó su rostro y poniéndome la mano sobre mi cabeza dando una gran muestra de comprensión y de respeto para la ilusión de un niño me respondió:

—Está bien. Si eso es lo que a ti te gustaría ser cuando seas un hombre, puedes hacerlo. Una de las cosas que más importan en la vida es hacer siempre lo que a uno le gusta.

Muchas veces cuando ya estaba montada la tienda del circo comenzaba la tarea de la colocación de las sillas que por la noche durante la función ocuparía el público y un grupo de muchachos alegremente ayudábamos a los “tarugos” en esa tarea de cargar las sillas desde los carros hacia el interior del circo.

El lugar que siempre escogían los directores de cada uno de los circos era un gran terreno aledaño a las líneas del ferrocarril debido a que los circos no se trasladaban por carretera sino que usaban vagones del ferrocarril y algunos de ellos tenían trenes completos que alquilaban con coches dormitorios para los artistas.

Cuando llegaba el circo era una fiesta grande en todo el pueblo. No se hablaba de otra cosa y la natural quietud del pequeño pueblito se veía interrumpida por la instalación del circo y sobre todo en horas de la tarde del día del debut en que sacaban la caravana con todos los animales —elefantes, osos, monos, cebras, jirafas, tigres, panteras, leones y caballos— con la banda del circo al frente tocando marchas estridentes que hacían latir de entusiasmo el corazón de todos los niños del pueblo

que se arremolinaban en las calles para presenciar aquel desfile maravilloso para grandes y chicos.

En esa época los circos se iluminaban con brillantes luces de carburo que despedían un olor peculiar y que contribuían a darle mayor carácter a la función. No habían bombillas eléctricas ni reflectores gigantes. Todo era a base de las clásicas candilejas cuyo recuerdo siempre se mantiene fresco en mis recuerdos de la niñez.

Uno de los actos que más llamaba la atención era el del equilibrista Lázaro que iba todos los años con el Circo Santos y Artigas. Había un cable colocado fuera del circo a una altura de diez o doce metros y Lázaro desafiando a la muerte porque no tenía red protectora alguna, pasaba de un lado a otro llevando una larga vara entre sus manos que le ayudaba a mantener el equilibrio sobre todo en las noches que soplaban fuerte el viento. El público con sus boletos de entrada en las manos se quedaba afuera hasta que terminara aquel emocionante acto donde Lázaro ponía a prueba sus nervios de acero para recoger al final cuando cruzara de un lado a otro el cable una ovación cerrada del público que seguía cada uno de sus pasos mientras que muchas mujeres y algunos niños se tapaban los ojos para no presenciar aquel juego con la muerte del audaz equilibrista cubano que recorría los distintos pueblos de la Isla ejecutando aquel acto impresionante.

Después entrábamos al circo, ocupábamos nuestros asientos y nos disponíamos a no perder un solo detalle de la función. Observaba siempre la agitación de los "tarugos" para cooperar al mejor desenvolvimiento de los distintos actos y la admiración por ellos crecía al extremo de haber tomado la decisión de ser uno de ellos cuando llegara a hombre. Mi abuelo me observaba y comprendía la idea que se agitaba en mi mente infantil. Él me hablaba de otras cosas y me compraba un paquete de maní

para que yo lo fuera comiendo a lo largo de la función.

Uno de los actos que mayor impacto me producía era el de los leones. Con mucho interés observaba cómo los "tarugos" iban armando la jaula en el centro de la pista. Era por secciones que unían entre sí con cuerdas y en la parte superior ponían una red para evitar que una de las fieras pudiera saltar hacia el exterior. Después observaba cómo desde las jaulas individuales hasta la jaula gigante se instalaban gateras por donde pasaban los animales para el acto bajo la dirección del domador, que se presentaba con un uniforme vistoso y un revólver a la cintura. Antes de entrar a la jaula les daba voces desde el exterior a las fieras y sonaba el látigo en el aire y en el instante de entrar llevaba una silla en la mano izquierda y un revólver en la mano derecha. A veces lo disparaba con balas de salvas para intimidar a las fieras logrando todo lo contrario: poner sangre de gallina en los espectadores que esperaban el instante en que uno de aquellos fieros leones se lanzara sobre el domador.

En aquel emocionante momento por la mente de casi todos los espectadores pasaban los casos en que un domador fuera herido de gravedad o muerte por una fiera sirviendo ese detalle para dar una mayor impresión a aquel acto con el que siempre se cerraba la función que tan gratos recuerdos dejaba en mi corazón infantil.

### *Castro ataca a las damas cubanas*

Y el recuerdo de este circo en la etapa de mi niñez trajo a mi mente otro recuerdo de mi pasado reciente: el circo romano que había establecido ya en Cuba para engañar a grandes núcleos de pueblo con los actos de calle y las concentraciones frente al Palacio Presidencial y en la Plaza de la República como un remedo de la Plaza Roja de Moscú. Y en todos los hogares se escuchaban por televisión

los kilométricos discursos de Castro que eran una especie de paredón moral donde se trataba de destruir la reputación de tantas personas. En uno de esos discursos habló de lo que él calificó como "señoronas" al referirse con burla a aquellas damas cubanas que tradicionalmente daban trabajo en sus hogares a cocineras, sirvientas y manejadoras de niños.

Miles de personas pertenecientes a las clases pobres que no tenían mucha preparación escolar y algunas hasta analfabetas obtenían trabajos remunerados en miles de hogares cubanos recibiendo un sueldo promedio entre 40 y 50 pesos mensuales, desayuno, almuerzo y comida en la mayoría de los casos para ellos y sus familiares, ya que cuando una cocinera regresaba a su hogar llevaba la comida para el resto de los miembros de su familia. También recibían una cantidad adicional para los viajes, los uniformes y al mismo tiempo se vestían con la ropa que le regalaba la señora de la casa donde trabajaban recibiendo siempre un trato esmerado y humano.

En mi hogar las sirvientas adoraban a mi esposa porque de ella siempre recibían una afectuosa atención y jamás ni un maltrato ni una palabra hiriente. Entre las distintas sirvientas que pasaron por mi casa recuerdo el caso de una llamada Isaura Crespo, de la raza negra, cuyos dos hijos Esther y Sergio fueron bautizados, ya siendo mayores, por mis hijos Hedy y Roly. Ellos recibían regalos de mis hijos en las fechas especiales de la Navidad y la Noche de Reyes así como en los días de sus cumpleaños respectivos.

A Sergio yo le conseguí una beca especial y fue educado hasta la edad de quince años pasando después a trabajar en la Editorial Juventud, propiedad de mis hijos, donde el Regente del Taller a petición de mis hijos le enseñó a manejar primero la máquina impresora de mano y después las dos máquinas automáticas donde se imprimían los trabajos

a colores recibiendo no sólo la manutención sino un sueldo adicional así como los uniformes que se usaban en el taller.

La madre de ambos, Isaura, tenía un viejo padecimiento de los riñones con un índice de urea muy alto y cuando mi señora lo supo habló conmigo y logramos ingresarla en el hospital "Lila Hidalgo", situado en Rancho Boyeros, cercano al aeropuerto "José Martí", donde recibió un trato especialísimo porque el director de dicho hospital era amigo mío y allí tuvo ella una atención médica de primer orden.

Mi señora personalmente le preparaba comidas especiales de acuerdo con la dieta que le habían indicado los médicos e iba casi a diario a llevarle la comida al hospital pese a que era un viaje de ida y vuelta de casi dos horas en automóvil y cuando ella falleció —pese a todos los esfuerzos realizados por los médicos para salvarle la vida— todo el servicio funeral fue pagado por nosotros y pasamos toda la noche en la Funeraria Caballero, en la calle 23, en el Vedado, hasta el día siguiente en que se efectuó el entierro.

Después los dos hijos de ella —Esther y Sergio— recibieron nuestro amparo y protección mientras permanecemos en Cuba. Esther en nuestra casa y Sergio en la Editorial Juventud, recibiendo ambos un tratamiento humano y cariñoso por parte de toda la familia.

Es así cómo procedían "las señoronas" como Castro llamaba despectivamente a las damas cubanas, que con las naturales excepciones, eran todo bondad y amor cristianos.

### *Castro se apodera de los periódicos*

También en estas presentaciones espectaculares de Castro rodeado de sus más cercanos colaboradores en las concentraciones populares de la Plaza de la República en el momento de hablar lanzaba sus dardos envenenados que eran escuchados a través

de toda la Isla por las transmisiones de radio y TV precisamente contra los órganos de publicidad.

Desde el primer momento Castro se apoderó de los talleres de varios periódicos como: "Alerta", "Tiempo en Cuba", "Mañana", quedando otros diez diarios independientes en La Habana y alrededor de veinte o más en el interior de la República sin olvidar las radioemisoras y seis canales de televisión.

El afán de Castro en sus primeros tiempos era obtener el control absoluto de estos órganos de publicidad y para lograrlo no se detenía en atacarlos a través de sus discursos televisados a lo largo de toda la Isla. Con violencia y usando un vocabulario fuerte los acusaba de contrarrevolucionarios, de estar continuamente conspirando contra el gobierno constituido, de haber recibido subsidios durante el gobierno del presidente Batista y además de estar vendidos al imperialismo extranjero con el propósito de crear problemas internos en el país.

Cuando sus ataques no resultaban lo eficientes que esperaba, ordenaba a sus hombres que visitaran a los anunciantes para pedirles que retiraran sus anuncios y el propio gobierno se abstenía de enviarle su propaganda pagada. Y cuando los administradores de esos medios publicitarios pedían divisas para la compra de papel en el extranjero ya que en Cuba solo había una fábrica de papel de bagazo de caña, sufrían demoras sin justificación en el papeleo del Banco Nacional.

Por otra parte en su afán de tomar el dominio de estos medios alentaba las solicitudes de aumento de salarios de sus trabajadores y con frecuencia entorpecía las noticias oficiales que entregaba libremente a los órganos de publicidad gubernamentales creando una competencia desigual en las noticias que el público en aquellos momentos esperaba con justificado interés.

Precisamente recuerdo cómo casi a diario en la redacción de "Información", donde yo trabajaba,

había asambleas dirigidas por Tirso Martínez, un fotógrafo del periódico, que seguía fielmente toda la política "castrista" y quien de la noche a la mañana de simple fotógrafo se convirtiera en un líder dentro de aquel centro de trabajo, llegando más tarde a ocupar la importante posición de Decano Nacional del Colegio de Periodistas de Cuba, pese a su incapacidad manifiesta para desempeñarla como corresponde a las responsabilidades inherentes a dicha posición de figura máxima de la clase periodística cubana.

Recuerdo precisamente que cuando llegó al periódico la noticia de que Tirso Martínez había sido designado en una asamblea amañada celebrada en horas de la madrugada en el salón de actos de la Asociación de Reporteros de La Habana, un talentoso compañero de redacción —Lillo Jiménez— viejo periodista de gran capacidad profesional y mucha cultura, entró a mi despacho y me preguntó:

—¿Ya sabes la última noticia?

—¿Cuál es la última? Porque se están produciendo tantas noticias que nunca se sabe cuál es la última.

—¡Que ahora sí va a estar bien orientada nuestra clase periodística! —me respondió con acentuada ironía.

—¿Qué pasó?

—¡Pues que ahora nos va a dirigir ese "genio" del periodismo que se llama Tirso Martínez! —me respondió al tiempo que se persignaba.

Con rapidez la noticia corrió por las redacciones de todos los periódicos de La Habana, donde los periodistas de verdad comprendíamos la importancia que para la clase tenía que la figura central fuera nada menos que la ya mencionada, cosa que ponía de manifiesto cómo se iban a desenvolver en el futuro los centros de trabajo donde los capacitados serían desplazados para ocupar las importantes posiciones aquellos que no tenían la menor calidad para desarrollar una labor de primer orden como corresponde en esos elevados cargos.

## *Intervención de los bancos*

Al día siguiente en horas de la mañana llegué a la sucursal del Trust Company de Cuba, en la calle Linea, en el Vedado, con el propósito de hacer un depósito en mi cuenta y cuando fui al despacho del Administrador de dicho banco, el señor Antonio Sánchez Salazar, viejo amigo mío, encontré sentado en su mesa a un joven con el uniforme de miliciano. En ese instante llegó al despacho el señor Sánchez Salazar y me presentó a dicho joven como el supervisor del banco. Me extendió la mano y me preguntó:

—¿No se acuerda usted de mí?

Aunque en realidad con aquel uniforme y aquella pistola al cinto no lo recordaba muy bien, le respondí:

—Sí. Su cara me es conocida.

—Yo era quien lo atendía a usted cuando pedía una nueva libreta de cheques. —

Y lo recordé entonces. Era uno de los últimos empleados del banco quien de la noche a la mañana por obra y gracia de la revolución “castrista” se había convertido en la primera figura del banco apoderándose del despacho que hasta el día anterior ocupara Sánchez Salazar, un hombre muy capacitado que había dedicado toda su vida a los asuntos bancarios hasta llegar a ocupar la primera posición de esa sucursal del Trust Company de Cuba, en el Vedado.

## *Intervención de los clubes*

Otro día llegué al Comodoro Yacht Club, un moderno club que también tenía un hotel donde se alojaba gran cantidad de turistas quienes disfrutaban de la hermosa piscina, de la playa, el comedor, la sala de juegos y otras diversas atracciones.

Al llegar a dicho club el portero del mismo me dijo que el nuevo administrador deseaba hablar

conmigo ya que desde su fundación yo me ocupaba de todo lo relacionado con la publicidad del club y del hotel. Fui a la oficina principal y allí me encontré con otra persona vistiendo el uniforme de miliciano. Me recibió sonriente y al estrecharnos las manos me preguntó:

—¿No se recuerda usted de mí?

También aquella cara me resultaba conocida pero yo no podía en ese instante determinar con exactitud quién era y él al observar que me había quedado pensando antes de contestar me dijo:

—Yo era “barman” en el Hotel Nacional y algunas veces lo atendí a usted en el bar.

—¡Es cierto! —le respondí.

—Pues ahora soy el nuevo administrador del club y deseaba hablar con usted para pedirle que continúe ocupándose de la publicidad del club y del hotel.

Aquellos dos sucesos —el del banco y el del club— me revelaron el cambio profundo que se estaba manifestando en toda Cuba. Eran dos muestras de lo que estaba ocurriendo en todos los centros de trabajo de la Isla.

### *Los ciclones de Batabanó*

Siendo yo un niño con mucha frecuencia le oía decir a mi padre que los negocios para que tuvieran un buen desenvolvimiento era necesario que al frente de los mismos estuvieran personas de capacidad y que cuando no ocurría de esa forma los mismos no podían prosperar nunca.

Por eso siempre lo vi afanado en la organización de todo lo relacionado con su farmacia y junto a él estaba mi madre que lo ayudaba y cooperaba siempre para el mejor desenvolvimiento del negocio, donde ellos atendían a la clientela con mucho esmero.

Casi yo no alcanzaba al mostrador y ya trataba de cooperar con ellos ayudándolos cada vez que

tenía un rato libre al regreso de la escuela. Me sentaba en una mesa que había en uno de los extremos de la "rebotica" y me ponía a llenar cartuchitos de azúcar-candy y de caramelos con los cuales mis padres obsequiaban a los clientes. Otras veces los obsequiaban con pequeños juguetes para los niños. Esos juguetes de bajo costo los compraba mi padre en una casa especializada que estaba en la calle de Obispo, en La Habana. Los gerentes eran chinos y algunas veces cuando mi padre se trasladaba a la capital para hacer esas compras y visitar también la Droguería Sarrá, que lo abastecía de mercancías, yo observaba cómo él compraba abanicos pequeños, pulsos, sortijas y collares para regalar entre los clientes en la farmacia. Era una promoción de venta que según él señalaba cuando hablaba con mi madre servía para aumentar las ventas.

Mis padres dedicaban todos sus mayores afanes y desvelos a la mejor organización de su negocio, que cuidaban con mucho esmero. Lo mismo hacían otros comerciantes del pueblo quienes cuidaban directamente sus negocios, atendiéndolos personalmente. Esos pequeños "motores" eran los que a través de muchos años movían la economía de Cuba hasta lograr una prosperidad insospechada hasta el año de 1958 en que con la entrada del "gobierno revolucionario" se empezaba un nuevo experimento que iba en una sola dirección: el desplome económico de Cuba al llevar personas sin capacidad a ocupar posiciones importantes sin detenerse a pensar siquiera en el daño que estaban haciendo a un país, que marchaba por senderos de prosperidad.

En la familia había cuatro farmacias: "La Reunión" fundada y atendida por mis abuelos paternos, "Nuestra Señora del Rosario" propiedad de mis padres, ambas ubicadas en Surgidero de Batabanó. Otra farmacia propiedad de mi tío Pepito y de su esposa Paulina Blanco situada en "La Esperanza",

un pequeño pueblito en la carretera que conduce de Surgidero a La Habana y la cuarta otra farmacia de mis tíos Ismael Pérez y María Saínez de la Peña, ubicada en el Pueblo de Batabanó, que se encuentra a tres kilómetros de Surgidero de Batabanó.

Cuando el Observatorio Nacional anunciaba algún ciclón formado hacia la parte sur de la Isla cuya trayectoria futura indicaba que pudiera azotar a Isla de Pinos y a Surgidero de Batabanó recuerdo que se empezaban a hacer los preparativos para que los daños fueran lo menos costosos posibles. Mi padre tenía una barbacoa al fondo de la botica y a la misma trasladaba casi toda la mercancía dejando los estantes bajos totalmente vacíos hasta una altura de dos metros casi y los muebles de la casa nuestra los colgaban en unos travesaños que tenía casi pegados al techo. De esa forma cuando la furia del ciclón azotaba a Surgidero haciendo que el mar entrara en la población toda la mercancía y los muebles se salvaban de la destrucción que producía el agua salada.

Cuando en distintas partes de la costa sur se situaban las banderas de alarma que avisaban a los marinos el peligro de ciclón, muchas embarcaciones de la flota pesquera de Surgidero salían mar afuera tratando de buscar protección en otros puertos y algunas veces salían con cierto retraso dando lugar a que el ciclón les destruyera el velamen y algunas zozobraban y otras eran lanzadas tierra adentro como ocurrió en cierta oportunidad que después de pasar el ciclón una goleta apareció sobre el tejado de la Bodega de Oms, quedando la población sorprendida de que aquello pudiera haber ocurrido.

Muchos de los vecinos de Surgidero de Batabanó cuando se anunciaba la proximidad del ciclón comenzaban a trasladarse al Pueblo de Batabanó, donde no llega el mar por estar alejado de la costa. Los residentes de dicho pueblo al ver llegar a los "playeros y playeras" como les decían con cierto acento de burla exclamaban:

—¡Ahí vienen las corúas!

Esto era indicativo de que los partes del Observatorio Nacional y del Observatorio del Colegio de Belén indicaban el inminente peligro de acercamiento del ciclón que hacía abandonar sus hogares a muchas familias de Surgidero de Batabanó recordando al llamado Ciclón de los Cinco Días, que causara grandes daños materiales y pérdidas de vidas.

Al llegar las noticias alarmantes del ciclón y que se comenzaban a sentir las primeras rachas de viento fuerte mezclado con lluvia cruzada y que se observaba que el mar empezaba ya a retirarse era la señal inequívoca de que el ciclón pasaría sobre el pueblo y que el mar que se retiraba al principio más tarde avanzaría con furia sobre el pueblo causando gran cantidad de daños materiales y poniendo en peligro las vidas de aquellos que no tomaban la precaución de trasladarse rumbo al pueblo de Batabanó.

Mi padre lo primero que hacía era trasladar a mi abuela materna en unión de nosotros hacia la casa de mis tíos en Batabanó, que se encontraba en la parte de atrás de su farmacia. Para nosotros los muchachos era casi una fiesta porque significaba que íbamos a pasar unos días en compañía de mis primos Antonio \*, Ismael, Rolando, Arsenio y Nena, quienes nos esperaban con entusiasmo porque se suspendían las clases en esos días y solo habían juegos para todos.

Mi madre se quedaba en Surgidero junto a mi padre y a mi abuelo materno cuidando la botica pues con alguna frecuencia había quienes aprovechaban la oportunidad de los comercios abandonados por sus dueños para hacer sustracciones de mercancías causando a veces más pérdidas que el propio ciclón. Recuerdo siempre que en esos días mi padre se ponía un revólver al cinto y mi abuelo

\* Dr. José Antonio Pérez, fallecido en el destierro.

un machete paraguayo que él guardaba como una reliquia desde los tiempos de la Guerra de Independencia. De esa forma dentro de aquel torbellino de las rachas de viento, la lluvia y la llenante del mar al desbordarse la zanja que dividía al pueblo se quedaban ellos cuidando de cerca la farmacia que era el único medio de vida de la familia.

La vidriera exterior de la farmacia la cubría con tableros de madera para darle protección a los cristales y la mercancía, casi siempre perfumería valiosa importada de Europa, la ponían a buen recaudo en la barbacoa, las puertas exteriores e interiores las aseguraban con las llamadas trancas guachinangas que eran fuertes maderos que cruzaban de un lado a otro la puerta y sostenidos a un lado y otro con grampas de hierro para evitar que el viento a veces con ráfagas de ochenta millas por hora las abriera causando grandes destrozos en el interior del establecimiento.

Ya en los momentos en que el ciclón comenzaba a azotar con fiereza era cuando mis padres con capas de agua y botas altas se disponían a abandonar la farmacia para trasladarse al pueblo de Batabanó en unión de mi abuelo que estaba hasta el último minuto junto a ellos cooperando en todo. El peligro era grande porque las casas eran de madera con techos de tejas unas y de zinc otras. El viento arrancaba las tejas y las lanzaba con mucha fuerza y lo mismo ocurría con las planchas de zinc al extremo que muchas personas resultaban lesionadas de gravedad. En cierta oportunidad un hombre que trataba de escapar a las furias del ciclón le fue cercenada la cabeza por una plancha de zinc que volaba como si fuera una hoja de papel. Los árboles caían sobre la carretera que conduce de Surgidero al pueblo de Batabanó obstaculizando el tránsito de automóviles teniendo a veces que cubrirse la distancia a pie en medio de la furia del viento.

Por ese motivo cuando ellos llegaban en medio del ciclón a la casa de mis tíos en el pueblo de

Batabanó los recibíamos con gran júbilo concedores del riesgo que habían corrido aunque los niños no captábamos a plenitud el peligro que esa travesía encerraba. Pero siempre recuerdo la llegada de ellos, a veces excesivamente cansados, debido al esfuerzo realizado en el viaje que cuando lo podían realizar en automóvil era más fácil y siempre mi tía María los recibía sirviéndoles una copa de "cognac" para reanimarlos y al mismo tiempo darles un poco de calor porque aunque usaban capas, gorro y botas llegaban calados hasta los huesos. Después tomaban un baño tibio y mi tía ordenaba a la cocinera que les preparara un buen plato de sopa. De esa forma al poco tiempo ya se sentían recuperados y comenzaban de nuevo a observar el barómetro que les iba indicando cuando el ciclón se acercaba por la baja barométrica. Como en aquella época aún no había radios se trataba de conocer los partes por medio del telégrafo pero como la mayoría de los postes que sostenían el tendido de los alambres del telégrafo se caían pues no había información oficial. Entonces era necesario hacer uso de la experiencia personal al observar las bajas barométricas y también mirar hacia el cielo para ver a la velocidad que corrían las nubes blancas que los marinos llamaban "algodones" y que cuando estaban a poca altura y su velocidad era grande indicaban que el ciclón se acercaba con vientos muy fuertes y lluvia entrecruzada característica de los huracanes.

Recuerdo que Nía —doña María—, mi abuela materna que nos acompañaba a nosotros en el primer viaje llevaba un cuadro de la Virgen de la Caridad del Cobre, la Patrona de Cuba. Era una reliquia familiar que se lo regaló su madre cuando ella se casó con mi abuelo y por el cual ella sentía gran devoción. Frente a ese cuadro aprendimos nuestras primeras oraciones que rezábamos a la hora de acostarnos. Era una lámina litografiada de la Virgen en un marco sencillo cuyo valor material era poco pero

para nosotros siempre ha tenido un valor espiritual incalculable por ser una reliquia familiar que todos —grandes y pequeños— llevamos siempre como un recuerdo en el centro de nuestros corazones sabedores de que la Virgen de la Caridad del Cobre nos ha dado su amparo y su protección.

### *La Virgen de la Caridad llega a La Habana*

Esta estampa del ayer remoto trajo a nuestra mente otra relacionada con nuestra venerada Patrona de Cuba cuando la imagen amadísima de nuestra Virgen de la Caridad llegó a La Habana por vía aérea procedente del Santuario Nacional de El Cobre, en la provincia de Oriente en un viaje para la gran procesión organizada en La Habana y que sirvió para demostrar ante el mundo que el pueblo de Cuba es eminentemente católico. Eran los primeros tiempos del “Castrismo”. Recuerdo que fui a la procesión en unión de mi esposa. Nos incorporamos a la misma en el Paseo de Martí —antiguo Paseo del Prado— y caminamos hasta la Plaza de la República donde se levantó el altar en que ella fue colocada. Millares de personas llevando rosarios unos, velas otros y muchos con antorchas iban en silenciosa demostración de la fe grande un pueblo. La emoción llenaba todos los corazones y por muchas mejillas de mujeres y hombres corrían lágrimas que revelaban en aquel momento inolvidable que ya se comprendía cómo las fuerzas materialistas del comunismo se estaban apoderando de Cuba. Por eso todos pedíamos con fervor grande ayuda al Altísimo y a nuestra Venerada Patrona, la misma virgencita morena que iluminara por el sendero de la fe a los patriotas que en 1868 primero y en 1895 después, lucharon valientemente hasta lograr la independencia de nuestra patria.

La multitud que seguía a la Virgen de la Caridad era tan grande y caminaba con tanto respeto por las principales avenidas de La Habana que Castro

en su afán de que no se pusieran de manifiesto sus propósitos y los propósitos del comunismo internacional, se apareció en la Plaza de la República simulando ser un devoto más de la Virgen y presenció cómo millares de manos agitaban pañuelos en simbólico saludo a la Virgen, que permaneció setenta y dos horas en La Habana y después fue reintegrada al Santuario Nacional de El Cobre, en la provincia de Oriente, después de una gran misa de campaña presidida por el Cardenal Manuel Arteaga Betancourt.\*

Este acontecimiento de extraordinarias proporciones conmovió a toda Cuba. Pero las fuerzas del mal continuaban en sus propósitos de esclavizar a Cuba y el regreso de Guevara de su recorrido por el Medio Oriente marcó el predominio rojo en el gobierno revolucionario. Los ministros que no tenían una fiel lealtad a los principios del comunismo, se vieron en la necesidad de renunciar siendo sustituidos por amigos de Guevara y de Raúl Castro, hermano de Fidel Castro.

El propio Raúl Castro asumió el Ministerio de las Fuerzas Armadas mientras Guevara era designado nada menos que Presidente del Banco Nacional de Cuba, en sustitución del doctor Felipe Pazos, economista cubano de gran prestigio internacional, quien presentó su renuncia por no compartir las ideas políticas de nacionalización de las industrias que propugnaba el gobierno.

Yo conocí muy de cerca al doctor Pazos. En el año de 1929 fuimos compañeros de curso en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana. Desde muy joven reveló su talento alcanzando siempre las más altas calificaciones en los exámenes, ganando premios y obteniendo las felicitaciones de sus profesores y después de graduado se especializó en materia económica llegando a poner de manifiesto su talento y capacidad profesional

\* S. E. el Cardenal Manuel Arteaga Betancourt, fallecido en Cuba.

indiscutibles. Por eso cuando observó la inclinación del gobierno hacia el comunismo presentó su renuncia y abandonó tan elevada posición.

Recuerdo que un día nos encontramos él y yo en la calle y hablamos brevemente. Cuando apoyado en nuestra vieja amistad nacida al calor de las aulas universitarias le pregunté a qué se debía su renuncia como Presidente del Banco Nacional, me respondió:

—El camino que están tomando las cosas en Cuba significa la ruina del país y yo no quería ser cómplice de lo que va a ocurrir en el futuro.

Otro compañero de la Universidad ocupó en los primeros momentos del gobierno revolucionario una importante posición: el doctor José Miró Cardona, profesor de Derecho Penal de la Universidad de La Habana, que fue designado Premier del gobierno revolucionario y que algún tiempo después se vio en la necesidad de renunciar.

También recuerdo que me encontré con él y al amparo de nuestra vieja amistad nacida en aquella etapa de nuestra juventud, donde nosotros le llamábamos el “Decano” por ser el de mayor edad en el curso de los que comenzamos a estudiar Derecho, le pregunté el motivo que lo había obligado a renunciar a su elevada posición gubernamental y hablándome al oído porque nos encontrábamos en un cocktail donde habían otras personas y ya no se podía hablar con libertad, me dijo:

—Porque no es posible, viejo, que haya dos “premiers”. Uno en Palacio, que era yo y otro en el “Hilton” \* que era Fidel.

Sonrió levemente, se encogió de hombros y comenzamos a hablar de otras cosas recordando nuestros años universitarios en que yo una vez asistí en unión de otros compañeros a los exámenes de oposición del doctor Freyre de Andrade, en el Aula Magna, quien en el examen oral comenzó diciendo:

\* Hotel “Habana-Hilton” situado en el reparto El Vedado, en La Habana.

—Con la mente fraccionada por las noches de insomnio y las horas robadas al sueño, me presento ante este tribunal a contestar cinco preguntas que son cinco enigmas para el examinando.

Esta introducción a la parte oral de los exámenes de oposición del doctor Fernando Freyre de Andrade \* fueron escuchadas por el grupo de sus alumnos que estábamos en el Aula Magna presenciando aquel esfuerzo de un excelente profesor por ganar la cátedra que estaba desempeñando interinamente. Su disertación fue brillante y al final los alumnos que estábamos ocupando los asientos altos del Aula Magna de la Universidad de La Habana, lo aplaudimos calurosamente y por fin el doctor Freyre de Andrade ganó la cátedra y nosotros continuamos siendo sus alumnos.

Cuando llegó el día de los exámenes orales nos presentamos sus alumnos ante el Tribunal que estaba presidido precisamente por el doctor Freyre de Andrade y cuando me tocó mi turno de examen oral, saqué como de costumbre las cinco bolas y al pedirme el profesor Andrade que comenzara a responder a las preguntas, ante el asombro de mis compañeros de curso, me puse de pie e imitando al doctor Andrade, repetí textualmente:

—Con la mente fraccionada por las noches de insomnio y las horas robadas al sueño, me presento ante este tribunal a contestar cinco preguntas que son cinco enigmas para el examinando.

Los compañeros al escucharme, empezaron a aplaudirme al mismo tiempo que reían mientras que el profesor Freyre de Andrade en unión de los otros dos profesores que integraban el tribunal examinador, se cubrían el rostro con los expedientes de los alumnos para que no los vieran reírse también. Pero los exámenes no se pudieron continuar esa tarde y fueron suspendidos hasta el día siguiente, porque las risas de los presentes lo impedían.

\* Dr. F. Freyre de Andrade, muerto en Cuba.

Fueron pasando aquellos años universitarios —inolvidables para todos— pero cada vez que yo me encontraba con Miró Cardona, ya convertido en eminente profesor de Derecho Penal de la propia Universidad de La Habana, sonreía feliz y recordando aquel episodio de nuestra juventud nos decía:

—Con la mente fraccionada por las horas de insomnio. . .

Pasó el tiempo y yo tuve la satisfacción como cronista social del periódico “Información” de reseñarle la boda de su hija y recuerdo que cuando llegué a su residencia campestre a la hora de la recepción pese a que Miró estaba con un grupo de amigos me repitió de nuevo las mismas palabras y contando al grupo aquella anécdota de nuestros años mozos.

Más tarde los compañeros de aquel curso inolvidable de la Facultad de Derecho que terminaron la carrera y que atendían sus bufetes como abogados de prestigio, celebraron una comida en el Restaurante “La Reguladora”, en La Habana. Tuvieron la amabilidad de invitarme aunque yo no estaba graduado porque había derivado hacia el periodismo, pero esa noche volvió Miró Cardona a recordar aquellos tiempos universitarios dándole relieve a la anécdota ya mencionada, recordada por casi todos los presentes, quienes al final de la comida tuvieron la gentileza que jamás olvidaré de declararme “Abogado Honoris Causa” para que me sintiera de igual a igual con aquellos que fueran compañeros de una etapa que siempre llevo grabada en lo íntimo del corazón.

### *Playa Girón*

Corrió el tiempo y los acontecimientos de Cuba nos hicieron reunir de nuevo con Miró Cardona el día 15 de abril de 1961, en uno de los salones del Roosevelt Hotel, en Nueva York con motivo de la invasión que dos días después se iba a lanzar

sobre Cuba por un grupo de jóvenes valientes en un intento de rescatar a la patria de las garras del comunismo.

En esos momentos Miró Cardona, que presidía el Consejo Revolucionario, hizo su entrada en el salón del citado hotel acompañado de Justo Carrillo, Manuel Antonio de Varona y otros miembros del citado organismo. Recuerdo que venía al frente del grupo y al dirigirse hacia el lugar en que estaba la presidencia, pasó junto a mí y cambió una mirada significativa conmigo. Llevaba el gesto adusto sabedor de la responsabilidad que en aquellos instantes pesaba sobre sus hombros y por primera vez en su vida que se encontraba conmigo no hacía referencia a aquella anécdota, cosa que estaba justificadísima dada la gravedad de aquel instante en que los cubanos en el destierro nos reuníamos en Nueva York sabedores que dentro de pocas horas habrían de producirse acontecimientos de relevante importancia para nosotros.

### *Días universitarios*

De nuestros días en la Universidad de La Habana recuerdo al profesor Juan Marinello\*, quien explicaba en nuestro curso la asignatura de español y con el cual tuve un serio incidente de carácter personal que pudo haberme costado la expulsión de la Universidad. Él siempre estuvo ligado al comunismo internacional y en aquella época los alumnos que se acercaban a él simulando que absorbían sus palabras de adoctrinamiento contaban con sus favores. Pero aquellos que no comulgábamos con sus enseñanzas políticas nos ocurría todo lo contrario y entre los integrantes de este último grupo me encontraba yo. Cuando llegaron los exámenes me dio una calificación de 59 %, lo que significaba que

\* Dr. Juan Marinello, figura relevante del comunismo en Cuba.

me suspendía por un cuarto de punto, que era una verdadera burla para un alumno que había estudiado responsablemente y que había hecho un buen examen.

Aquel hecho me produjo tal indignación que cogí un trozo de madera de una construcción que había aledaña al edificio "González Lanuza" de la Facultad de Derecho y salí rumbo al aula donde se encontraba el profesor Marinello. Al verme avanzar con decisión por el pasillo interior con aquel pedazo de madera sobre el hombro, corrió hacia la puerta del aula y la cerró por dentro. Entonces yo me puse en la puerta como un centinela esperando que saliera.

Al poco rato se formó una comisión de alumnos del propio curso, quienes intervinieron con el profesor Marinello para que revisara el examen y le diera solución al problema planteado. La comisión entraba y salía del aula mientras que yo continuaba parado en el pasillo con el madero al hombro y al fin después de tres horas el profesor Marinello que según me contaron los compañeros se encontraba muy nervioso ante la inesperada reacción mía, accedió a rectificar dándome el cuarto de punto que faltaba para obtener el aprobado pese a que mi examen merecía una mejor calificación y que él no se atrevía a llevar ante el Rector para que me formaran expediente, ya que al ser examinado mi trabajo iba a quedar de manifiesto la injusticia por él cometida.

Y fue el propio doctor Juan Marinello, presidente en esa época del Partido Socialista Popular (fachada del Partido Comunista), quien declarara en enero de 1960 que "combatir al comunismo era atacar a la Revolución" y desde ese instante el panorama de Cuba empezó a cambiar y como señalara Marquez Sterling "ya no era tan grave haber sido batistiano, electoralista o latifundista, como ser imperialista, lacayo de los Estados Unidos, lame botas del presidente Eisenhower". Dos meses más tarde

observamos cómo Blas Roca, otra figura importante del comunismo cubano, asociaba su partido socialista con el gobierno y la línea directriz de Castro.

### *Conflictos en los centros de trabajo*

Una tarde llegamos a la Redacción de "Información" y nos encontramos que el panorama interior continuaba variando al igual que sucedía en otros centros de trabajo. Los rostros, los gestos y la forma de manifestarse de algunos compañeros había dado un cambio de noventa grados por lo menos.

El de mayor cambio en su actitud era Tirso Martínez, fotógrafo del periódico, quien vistiendo el uniforme de miliciano, caminaba de un lugar a otro de la Redacción como si se tratara de un gladiador romano. Es un hombre alto, de seis pies de estatura y parecía que había crecido uno o dos pies más. Miraba a todos por encima del hombro y a cada momento estrenaba un nuevo gesto de fiera imitando a las principales figuras del nuevo gobierno revolucionario, quienes ya se manifestaban como si Cuba fuera una propiedad privada de ellos.

Una de las primeras víctimas de Tirso Martínez lo fue Pedro Fernández Machinea\*, auxiliar de la crónica social, quien en un tiempo fuera cronista social de la Revista de la Policía y desde esa época tenía un nombramiento de vigilante de la Policía Nacional. Pero que era un hombre sencillo y bueno, incapaz de hacerle daño a nadie y que solamente usaba su chapa de policía para viajar en los ómnibus sin abonar el precio del pasaje.

Desde la época revolucionaria durante la etapa de Batista las actividades conspirativas de Tirso Martínez eran conocidas por todos los que laborábamos en el periódico y como era lógico suponer también lo sabía Fernández Machinea, quien pese a su condición de miembro de las fuerzas armadas,

\* Pedro Fernández Machinea, fallecido en Cuba.

nunca ni lo detuvo ni lo denunció. Con mucha frecuencia andaba Tirso manipulando y vendiendo los bonos del Movimiento del 26 de Julio y jamás tuvo el menor inconveniente.

No obstante al triunfar la Revolución y cambiar el panorama de Cuba su actitud fue distinta y entre las cosas que pretendió hacer fue amenazar públicamente a Fernández Machinea acusándolo de “esbirro” del régimen de Batista y fue entonces cuando yo lo llamé a mi despacho y le pregunté:

—¿Qué es lo que te ocurre a ti con Machinea?

Me miró con fijeza, torció la boca al hablar y me respondió:

—¡Que ese no es más que un “esbirro” y le voy a meter cuatro balazos en la barriga!

Me quedé un instante meditando y le pregunté:

—¿Desde cuando es “esbirro” Machinea?

—Es “esbirro” desde que yo lo conozco —me respondió en tono despreciativo.

—Entonces... ¿Siendo “esbirro” nunca te detuvo ni te denunció sabiendo él que tú eras un revolucionario y que estabas conspirando?

No contestó mi pregunta. Cambió para la mano derecha la ametralladora que tenía en la izquierda y torció la boca de nuevo. Y entonces le volví a preguntar:

—¿Conocía Machinea a los jefes de la policía represiva?

—¡Claro que los conocía! ¡Todos eran amiguitos de él!

—Entonces... ¿Podrías tú ahora estar aquí hablando conmigo?

Frunció el ceño y no contestó. Sabía que le estaba diciendo verdades pero que él a falta de otros hechos revolucionarios de mayor importancia estaba buscando a personas buenas y nobles como Fernández Machinea para ganar galones revolucionarios convirtiéndolos en sus víctimas sin detenerse a pensar que quien pudo hacerle daño y no se lo hizo merecía respeto y consideración.

—Deja a ese pobre hombre quieto —le insistí— que los movimientos revolucionarios no deben usarse para venganzas personales y menos con quien nunca hizo el menor daño a nadie teniendo en sus manos los medios de hacerlo en un momento determinado.

Volvió a clavar la mirada en mí, se mordió el labio inferior, ensayó un nuevo gesto de fiera revolucionario y echándose la ametralladora al hombro, dio media vuelta y salió de mi despacho.

### *Mis familiares en la milicia*

Aquella misma noche cuando me dirigía hacia mi casa en mi automóvil acompañado de mi esposa, recibí lo que pudiéramos llamar el primer impacto revolucionario de mayor importancia en el seno de mi propia familia cuando al pasar por el Parque de Maceo frente a la Avenida del Malecón vi a un grupo de milicianos marchando y entre ellos se destacaba un primo mío que lleva mi mismo nombre y apellido. Él es alto, usa un bigote espeso y siempre por él he sentido especial afecto debido a que cuando él nació ya su padre Pepito Saíenz de la Peña había muerto siendo huérfano desde antes de nacer.

Siempre lo he tenido por excelente muchacho, quien pese a su aspecto atlético fue enfermizo desde niño padeciendo cuando joven de una lesión pulmonar que puso en peligro su vida y al verlo cruzar marchando junto a aquel grupo sentí profunda pena al verlo tan engañado.

### *Recepción en la Embajada de México*

Una tarde alrededor de las seis fui en misión informativa a la Embajada de México, donde se celebraba una recepción para festejar un aniversario más del Grito de Dolores estando invitados al acto altos funcionarios del gobierno revolu-

rio y miembros del cuerpo diplomático acreditado en Cuba.

Me acompañaba Manolo Huete, reportero de la crónica social quien se ocupaba de ir anotando los nombres de los asistentes al acto y Pepito Collado, repórter gráfico del periódico, quien estaba junto a mí para recibir órdenes en relación con las distintas fotos que debía tomar para brindar una reseña gráfica de la recepción.

Alrededor de las seis y media de la tarde llegó el Embajador de Rusia que se acababa de acreditar ante el gobierno restableciendo las relaciones diplomáticas entre Cuba y dicho país. Fue recibido por el Embajador de México, Licenciado Bosques quien formaba la línea de recibo en unión de su esposa, sus dos hijas y miembros de la mencionada embajada.

Cambiaron los saludos de ritual y el Embajador Ruso en unión de otros miembros de esa misión diplomática pasaron al jardín interior de la lujosa residencia de la familia Del Valle, en el reparto Alturas de Miramar, convertida en sede de la Embajada de México desde hacía varios meses. La entrada del nuevo Embajador Ruso produjo conmoción y natural curiosidad dado los acontecimientos que conmovían ya a Cuba en esos instantes. Se reunió con él el Ministro de Estado, doctor Raúl Roa, quien por medio del intérprete comenzó a hablar con el diplomático ruso.

Como quince minutos más tarde llegó a la recepción el Embajador de Estados Unidos, señor P. Bonsal acompañado de su esposa. Después de saludar al Embajador de México, a la esposa y las demás personas que formaban la línea de recibo al pasar cerca de mí extendió su mano y yo se la estreché. Se acercó ligeramente y me preguntó en voz baja:

—¿Llegó ya el Embajador de Rusia?

—Sí, Excelencia —le respondí— llegó poco tiempo antes que usted.

—¿Dónde se encuentra?

—Está en el jardín interior hacia la derecha hablando con el Ministro de Estado y otros funcionarios.

No teníamos a nadie a nuestro alrededor y entonces el Embajador Bonsal sin levantar el tono de la voz me preguntó:

—¿Tendría usted inconveniente en permanecer un tiempo aquí hablando con mi esposa y conmigo?

—En lo absoluto, Excelencia. Siempre ha sido un honor para mí hablar con ustedes y hoy lo es más que nunca.

La forma en que subrayé mis últimas palabras hicieron que el Embajador Bonsal sonriera levemente en señal de que había captado el significado de mis palabras y en un tono casi imperceptible me respondió:

—Sé que Ud. es un buen amigo de mi país y mío también.

Miró hacia su alrededor y comenzó a hablar de cosas triviales, sin importancia. Me dijo:

—Hemos tenido hoy un buen día. Solo llovió un poco por la mañana y el calor no ha sido fuerte.

Estábamos en el mes de setiembre precisamente el día 15 en que se conmemora el Grito de Dolores y le respondí:

—Pero ya se acerca la temporada de los ciclones y puede que este año sean fuertes.

Él comprendió la intención de mis palabras y volvió a sonreír. Pero como buen diplomático se limitó a contestarme:

—Las lluvias de Cuba son fuertes, torrenciales a veces. Pero después de un fuerte aguacero sale un sol magnífico.

—Sí, es cierto. Esa es la característica nuestra en todos los aspectos, porque hay un viejo refrán que dice "nunca llovió que no escampó".

—Es interesante ese refrán.

—Lo usan mucho los guajiros cubanos aplicándolo a diversas situaciones.

Mientras charlaba con el Embajador Bonsal observaba cómo estaba cambiando el panorama cubano. Un año atrás cuando el Embajador de Estados Unidos llegaba a un acto se veía siempre rodeado de muchas personas que ansiaban cambiar palabras con el mismo y dárseles de que eran sus amigos personales mientras que ahora todos pasaban de largo rumbo al interior de la sede de México para acercarse al Embajador Ruso recién llegado a Cuba y que se encontraba en la parte interior de la Embajada. Aquel detalle ponía de manifiesto con cuánta facilidad cambia la mente de muchas personas.

Al hablar con Mr. Bonsal y su esposa, yo comprendía que el propósito de él era evitar un encuentro con el Embajador de Rusia. Pero como diplomático de carrera deseaba hacer las cosas con altura y naturalidad. Por eso me había pedido conversar conmigo utilizando en la conversación asuntos triviales, sin mayor importancia, sabedor de que en el cuerpo de espionaje ruso existen especialistas que desde lejos por el solo movimiento de los labios captan lo que están hablando las personas en un momento determinado y aunque él no me había señalado nada al respecto, yo me daba cuenta de que él hablaba sobre las condiciones del tiempo para evitar cualquier indiscreción en los instantes en que él se encontraba fuera de la sede de la embajada de su país.

Después de estar un tiempo prudencial hablando conmigo le dije que un muchacho americano que era amigo de mi hijo había estado en Cuba hacía alrededor de un mes y que le había enviado a mi hijo un periódico estudiantil de la Universidad donde estaba estudiando en los Estados Unidos con un artículo escrito por él sobre su impresión de esta nueva etapa de Cuba y entonces el Embajador mostrando interés por el mencionado periódico me preguntó:

—¿Podría usted facilitarme ese periódico y yo después que lo lea se lo devuelvo?

—Con mucho gusto, Excelencia —le respondí— mañana mismo pasaré por la Embajada y se lo entregaré al señor Rogelio Pujol.

Al poco rato el Embajador se despidió de mí agradeciéndome el tiempo que le había dedicado y se dirigió al Embajador de México, le estrechó la mano, cambió unas frases de cortesía y se alejó de la sede de la Embajada, donde en esos instantes la figura que más interés y curiosidad despertaba era el Embajador de Rusia y no el de Estados Unidos de América. -

### *Visita a la Embajada de EE. UU.*

Al día siguiente antes de ir a la Redacción del periódico me detuve un instante en el edificio de la Embajada de EE. UU., en el Paseo del Malecón, frente al mar y pude observar cómo en la parte del edificio que da a la calle Calzada donde estaban las oficinas del Consulado de EE. UU., había una larga fila de personas —hombres, mujeres y niños— tratando de sacar la visa con el propósito de abandonar el territorio y dirigirse a los Estados Unidos.

Entré a la Embajada y me dirigí a la oficina del Departamento de Prensa bajo la dirección del periodista norteamericano Paul Bethel. Allí me encontré con mi viejo amigo Rogelio Pujol, quien desde hacía muchos años realizaba una importante labor en ese departamento de la Embajada dado sus contactos con la prensa cubana. Fue siempre el puente entre los periodistas cubanos y los funcionarios de prensa de la Embajada de EE. UU., realizando una importante labor de acercamiento y facilitando a los periódicos las noticias sobre las actividades de esa sede diplomática en Cuba.

Dada nuestra antigua amistad hablamos en privado y a entera franqueza me dijo:

—Nadie mejor que tú sabe la labor que desde

hace tantos años vengo desempeñando en esta Embajada. Pero las cosas han tomado para Estados Unidos un ángulo muy malo. El Embajador Bonsal como tú sabes, es un diplomático de carrera, un hombre culto y una excelente persona. Pero Castro le está "tomando el pelo".

—¿Tú crees? —le pregunté.

—Sí. Estoy seguro y eso no lo puede ni lo debe tolerar un Embajador de Estados Unidos. Y lo que sucede que éste es un hombre demasiado decente para la actual situación que confronta Cuba en estos instantes. Aquí lo que necesitamos no es un Embajador de ese tipo sino un Embajador que eche a un lado las reglas diplomáticas y de caballerosidad y que pelee frente a esta "pandilla" que se ha apoderado del país.

Las palabras que yo estaba escuchando en aquellos momentos eran graves y yo comprendía la importancia que las mismas tenían en un instante de tanta gravedad para Cuba.

—Cada vez que Bonsal va a entrevistarse con Castro lo tiene esperando largo tiempo y después no lo recibe. ¿Crees que así se debe tratar al Embajador de los Estados Unidos?

—Es cierto. Tienes razón.

Podíamos hablar libremente porque nos encontrábamos en un pequeño salón privado y nadie nos escuchaba lo que estábamos hablando en esos instantes. Y Pujol continuó:

—Fíjate... estamos ya en 1960. Hace un año que bajaron de La Sierra como tú sabes y cuando Bonsal se interesó por el asunto del pago de las expropiaciones de las empresas americanas, Fidel le contestó que "le serían pagadas en bonos como en tiempos del general MacArthur en el Japón". ¿Qué te parece eso?

Seguí escuchando aquella conversación de tanto interés y comprendí que por días se estaba agravando la situación, porque ya por la calle se escucha en todas partes el grito de guerra de:

¡Cuba, sí. Yankees, no!

Las calles se veían llenas de grupos de milicianos que iban de un lado a otro y por las noches se reunían en parques y avenidas para aprender a marchar y al mismo tiempo recibir adoctrinamiento revolucionario de acuerdo con las nuevas normas trazadas por los castristas ante el asombro de todos aquellos que observábamos cómo se estaba engañando a un pueblo que ingenuamente creía que ese era el camino indicado para que Cuba se proyectara hacia un mundo mejor cuando la realidad era bien distante al sueño de los ingenuos.

### *Bailando el zapateo cubano*

El avión continuaba su vuelo rumbo a Nueva York y los recuerdos del pasado inmediato fueron disolviéndose en mi mente haciendo su aparición el ayer remoto de mi niñez en Surgidero de Batabanó: el humilde y quieto pueblito donde pasé doce años de mi vida.

Cuando llegó el fin de curso en el kindergarten recuerdo que tuvimos una fiesta en el Cine Eden Park, donde bajo la organización de los maestros se brindaron varios números interpretados por los alumnos de distintos cursos y recuerdo que me eligieron a mí para bailar el típico zapateo cubano en unión de mi hermana Mary.

Para dicha ocasión mi madre me mandó a hacer una guayabera de dril crudo dando como modelo una de mi abuelo, mejor dicho, era una trochana, prenda de vestir muy parecida a la guayabera. Se completaba la indumentaria con pantalón de dril blanco, zapatos negros y un sombrero de guano, es decir un sombrero de yarey y mi hermana un vestido largo con falda ancha y corpiño, zapatos rojos y un lazo grande en la cabeza del mismo tono de los zapatos.

La fiesta fue en horas de la tarde y el pequeño cine de una sola planta con gradas al fondo, palcos

laterales y la platea llena de bancos de madera se colmó a totalidad con los familiares de los alumnos que iban con el propósito de disfrutar a plenitud de aquel acto de fin de curso organizado por el director del Colegio, el doctor Félix Duarte y el claustro de profesores.

En el pequeño escenario se montó la mesa presidencial y en la parte delantera había un espacio para los distintos números ofrecidos por los alumnos del Centro Escolar. A un lado estaba un pequeño piano vertical, que la profesora Estrella Aguirre utilizaba para el acompañamiento de todos y cada uno de los números. Hubo recitaciones, coros de baile, cantables, números de canto y la representación de un episodio histórico en relación con la proyección histórica de José Martí.

Cuando llegó el momento del baile típico cubano yo no estaba nervioso ni mi hermana tampoco. La nerviosidad del instante estaba centralizada en la maestra que montó el baile, en mis padres y en mis abuelos, quienes rezaban para que no nos equivocáramos al bailar y tanto mi hermana como yo estábamos sin la menor preocupación. Así que cuando la profesora Aguirre comenzó a tocar en el piano las rítmicas notas del zapateo cubano salimos bailando tranquilamente mientras que el público nos premiaba con una salva de aplausos dentro de los cuales como era natural sobresalían los aplausos de mis padres y de mis abuelos. Después de celebrado aquel acto escolar tanto mi hermana como yo nos sentíamos orgullosos del éxito alcanzado por el número ya que recibimos las felicitaciones de profesores y de muchos amigos de mis padres. Pero recuerdo que la más contenta que se sentía era mi abuela materna —doña María a quien con cariño de nietos llamábamos Nía— porque a ella le gustaba mucho el zapateo y antes de la fiesta nos estuvo practicando a mi hermana y a mí, enseñándonos pasos distintos y contándonos que cuando ella era joven había conocido un bailador de za-

pateo que bailaba con un cuchillo amarrado a cada una de sus piernas y que los iba sonando uno contra el otro en forma rítmica sin producirse el menor rasguño pese a que se trataba de dos cuchillos afilados de los que usan los campesinos para sus tareas agrícolas.

Varios días después de la fiesta en la casa se hablaba del éxito de nuestro número. Pero en realidad ni mi hermana ni yo nos preocupábamos de aquellos y nos entregábamos a los juegos infantiles en el parque y en la acera donde corríamos unas veces con un triciclo que montaba mi hermana y un velocípedo que montaba yo aunque algunas veces nos peleábamos porque yo le cogía el triciclo que era propio de las niñas y ella para molestar me gritaba:

—¡Mujercita! ¡Mujercita!

Esto daba lugar a que yo reaccionara contra mi hermana tratando de pegarla o de tirarle de los cabellos o como ella era delgada y alta gritarle:

—¡Gata flaca! ¡Gata flaca!

Entonces era yo quien tenía que correr porque ella me caía detrás con una pequeña escoba tratando de pegarme con ella. Pero yo corría fuerte hacia el parque huyéndole y cuando mi madre que estaba en la botica se daba cuenta de lo que estaba sucediendo, abandonaba el mostrador, nos llamaba a los dos y nos sentaba de penitencia en la sala de la casa. Cada uno en una silla. Entonces ella me sacaba la lengua y yo le gritaba a mi madre:

—¡Mamá! ¡La gata flaca esta me está sacando la lengua!

Venía mi padre y nos separaba. A ella la dejaba de penitencia en la sala y a mí me llevaba para la botica y me sentaba en una silla. Al poco rato aparecía mi abuela, intervenía por nosotros con mi madre fungiendo de madrina para que nos perdonara con la promesa de que no íbamos a volver a pelear. Así lo prometíamos hasta un tiempo después en que nos reuníamos con otros amigos. Ella con

Josefina y Rosita Fraga y yo con el hermano Juanito Fraga, jugábamos hasta cansarnos por ser la época de los tres meses de vacaciones que siempre recibíamos con mucha alegría.

Juanito Fraga era mi mejor amigo y siempre andábamos juntos jugando tanto en el parque como en casa que estaba muy cerca de la mía, donde él también venía a jugar. Sus padres eran Ramón Fraga y Rogelia Balbín. Eran dueños de un establecimiento de ropa —“El Fénix”— que estaba ubicado al lado del llamado Callejón del Negro, donde nos reuníamos siempre un grupo de muchachos para jugar a las canicas.

Yo estuve primero en el kindergarten, después pasé al primer grado en la propia escuela pública de Surgidero teniendo como maestra a la profesora Urrutia. Allí también tenía como condiscípulo a Juanito Fraga y siempre recuerdo el patio central —un gran patio central— de este Centro Escolar rodeado de amplios portales y un campo de deportes donde comencé mis primeros intentos en el base ball, deporte que he amado toda mi vida y que se metió en mi corazón desde esa temprana edad escolar.

Después de terminar el primer grado en dicha escuela pública mis padres determinaron enviarme al Colegio Rocaberti, una escuela privada que estaba situada en la calle Carmen, a medianía de la cuadra. Era una casa de madera de dos plantas. En la planta baja estaba el colegio de los varones con un profesor único: el doctor Ramiro Rocaberti. Un hombre de baja estatura, fuerte, pelo canoso con una pequeña barba puntiaguda y bigote de puntas que él acariciaba y las inclinaba hacia arriba.

En la planta alta de la casa estaba la escuela de las hembras. Era un solo salón y tenía una sola maestra: la señora Fila, esposa del señor Rocaberti. Ella era alta, un poco gruesa, de rostro siempre muy serio y que vestía en forma conservadora con falda larga y blusa así como el cabello largo recogido en

la parte posterior de la cabeza. En esa escuela de niñas estaba mi hermana Mary y tenía allí como condiscípulas a Josefina y Rosita Fraga, hermanas de mi amigo Juanito Fraga.

Este colegio del maestro Rocaberti era un colegio un poco especial pero que los padres gustaban de enviar a sus hijos al mismo por ser el único colegio privado del pueblo que tenía fama de ser muy rígido con los alumnos, cosa que agradaba a los padres quienes suponían que los muchachos necesitan una disciplina férrea para progresar en los estudios.

El señor Rocaberti no era maestro graduado. Su profesión era tenedor de libros y en unión de su esposa la señora Fila como le llamaban las alumnas montó el Colegio Rocaberti, que muy pronto ganó fama en Surgidero porque las familias de mejor posición económica comenzaron a trasladar a sus hijos de la escuela pública a dicho colegio.

Como el señor Rocaberti era tenedor de libros le dio mucha relevancia a la aritmética logrando que sus alumnos se destacaran en esa asignatura mientras que en las demás asignaturas utilizaba el viejo método de memorizar las lecciones que él marcaba en cada libro haciendo que los alumnos recitáramos aquellos trozos de los libros de historia, geografía, fisiología, ciencias naturales y cuando no lo hacíamos o cuando fallábamos en las tareas de aritmética pues la penitencia era pararnos en una esquina o encima de un banco con los brazos en cruz sosteniendo una piedra en cada mano.

La escuela contaba con una sola aula. No había pupitres sino bancos de madera a semejanza de los pupitres que se usaban en las escuelas públicas. El piso y las paredes eran de madera. Él se sentaba en un pequeño estrado de madera, donde estaba su mesa y a un lado y otro estaban los pizarrones. Sobre el piso había unos troncos de madera donde teníamos que subírnos los más pequeños para escribir en la pizarra.

En un ángulo del salón había un esqueleto que colgaba del techo y muchos de los alumnos nos sentíamos impresionados. Durante los primeros días de asistir a la escuela aunque al correr del tiempo nos íbamos familiarizando con aquel esqueleto que el profesor Rocaberti usaba para las clases de fisiología haciendo que ya no le prestáramos mucha atención considerándolo como algo propio de la escuela. Pero que siempre ya los que nos considerábamos veteranos por ser alumnos antiguos del plantel lo utilizábamos para meter miedo a los alumnos nuevos diciéndoles que había otro esqueleto en un cuarto oscuro que tenía el maestro en los altos de la escuela donde metía a los que no se sabían bien las lecciones. Como era natural esos alumnos estaban aterrorizados al principio hasta que al correr de los días comprobaban que aquello no era cierto y entonces cuando llegaba otro alumno pues ellos mismos le decían igual haciéndole sufrir el mismo miedo.

Al fondo había un patio grande con árboles frutales y en un extremo la letrina que estaba alejada del propio edificio del colegio. En este patio nos divertíamos a la hora del recreo pero siempre bajo la vigilancia del maestro Rocaberti quien observaba el comportamiento de cada uno de los alumnos y cuando veía que hacían alguna maldad o surgía algún problema, llamaba al alumno para dentro del aula y le decía:

—¡Agacha el tanque!

Eso significaba que los hacía inclinarse hacia adelante, le metía la cabeza entre sus piernas y con una palmeta de madera le pegaba fuerte en los fondos haciendo que el alumno saliera llorando y después si continuaba con el llanto lo llevaba para su pupitre, le ordenaba subirse y le mandaba a abrir los brazos en cruz, obligándolo a permanecer por largo tiempo en esa difícil posición.

Ya recuerdo que a la hora de la lectura la inquietud se apoderaba de todos los alumnos. Él nos obli-

gaba a ponernos en dos filas. Una a cada lado de su mesa y por turno íbamos leyendo un trozo del libro de lectura. Cuando pronunciábamos mal una palabra nos daba un fuerte aletazo con el reverso de la mano y el alumno algunas veces caía al suelo rodando el libro a varios metros de distancia.

Había una palabra que a la hora de la lectura significaba para mí el terror. Cada vez que tenía que leer un pasaje donde figuraba el vocablo "héroe", yo sin darme cuenta le quitaba el acento y al leer "heroe", el maestro Rocaberti me daba fuerte en el rostro con el reverso de la mano, yo caía al suelo por un lado y el libro por otro mientras que los compañeros me miraban con ojos asombrados al tiempo que yo salía llorando a sentarme en mi puesto mientras que Rocaberti empuñando una vara que solía usar en ciertas ocasiones se me acercaba ordenándome que escribiera cien veces dicha palabra poniéndole grande el acento a fin de que no se me volviera a olvidar. Pero en realidad parece que a la hora de la lectura los nervios me traicionaban de nuevo y volvía a cometer el mismo error de pronunciación repitiéndose la escena hasta que al fin cuando abandoné la escuela ya había superado aquel problema que tan espinoso resultó para mí.

Otro de los castigos que solía imponer el maestro Rocaberti era poner a los que habían cometido alguna falta a limpiar las jaulas de los pollos. Eran unas jaulas grandes con el piso de madera y cubiertas por los lados con tela metálica. Ahí tenía metidos varios pollos y cuando había que lavar esas jaulas cambiaba los pollos para otra mayor y obligaba al penitenciado a meterse dentro de la jaula y con un cuchillo sin punta tenía que raspar todo el piso mientras que el castigado tenía que estar sosteniendo la respiración porque el olor en el interior era demasiado penetrante. Pero había que hacerlo en evitación de recibir un castigo mayor con la palmeta.

El maestro Rocaberti era aficionado a la cerveza y con frecuencia se le veía sentado en una mesa del Centro Mallorquín, café que estaba situado en la calle de Maceo esquina a Independencia. Tenía la costumbre de pedir una botella de cerveza, servirse la mitad en un vaso dejando un poco en la botella mientras leía el periódico de la tarde. Un día Héctor Rodríguez, el hermano de quien más tarde fuera mi esposa, un muchacho muy despierto y aficionado a las maldades, se fue acercando muy despacio a la mesa en que estaba sentado Rocaberti y sin que él se diera cuenta, cogió la botella con mucho cuidado y se tomó la cerveza escondido debajo de la mesa. No es necesario decir el vapor que levantó el maestro Rocaberti al ir a buscar la cerveza para servirse de nuevo y encontrar la botella vacía. Los demás parroquianos que estaban sentados en otras mesas y vieron la maldad, se estuvieron riendo varios días.

### *Un "regalo" de Castro al pueblo*

El avión continuaba su vuelo rumbo a New York y observé que mi esposa había cerrado los ojos, tenía recostada la cabeza en el espaldar de su asiento y parecía que dormía. Pero yo conociendo sus reacciones sabía que en realidad no estaba dormida y que su pensamiento giraba alrededor de todas aquellas cosas que ya habíamos dejado atrás sabiendo que era muy difícil que algún día volviéramos a ellas.

Las imágenes del pasado remoto de mi vida fueron desapareciendo de mi mente para dar paso a recuerdos del pasado reciente. Recordé la transformación que en menos de dos años había sufrido Cuba. Aquel pueblo confiado, bondadoso y feliz se iba transformando por días. Yo había observado cómo el "líder" máximo de aquella "revolución" que en un principio él calificara como "más cubana que las palmeras" era una gran mentira por su empeño

de avivar odios de unos cubanos contra otros a fin de que todo jugara a su favor y lograr sus siniestros propósitos.

Una mañana llegué al periódico y como de costumbre fui al taller para observar si ya las páginas del día anterior habían sido distribuidas para comenzar a montar los anuncios que iban en la próxima edición en el sector de la crónica social que estaba bajo mi jefatura. En uno de los ángulos del taller donde estaban montadas las veinte linotipos que se usaban para componer el material del periódico, observé con el entusiasmo que aquel grupo de obreros estaba hablando de los logros de la revolución pensando —inocente o equivocadamente— que todo iba a jugar en su favor. Comprendí lo equivocados que estaban y sentí pena al ver la forma en que estaban siendo engañados por las figuras centrales de la revolución.

Uno de ellos —Sergio, un mestizo que trabajaba como cajista— se me acercó y muy ufano me dijo:

“Dóctor”, el domingo voy a “cargar” con la mujer y todos los negritos para ir al Casino Español.

Lo miré y me sonreí. Él estaba eufórico con esa oportunidad que tenía su familia y yo en realidad la encontré justificada. Ellos por su posición no habían podido visitar nunca a un “club” privado pero iban a la Playa de Marianao, muy cercana precisamente a la playa del mencionado casino y también iban a Guanabo, Varadero y otras playas donde podían disfrutar a entera libertad de un día de expansión en unión de su familia. Pero él insistió:

—Esos “clubs” que eran “na más” que “pa” los millonarios ahora podemos entrar los negros pagando menos que los ricos.

—¿Cuál es la tarifa que ahora ha señalado la revolución para entrar a esos “clubs”? —le pregunté.

—Un “billete” por cabeza, “na” más —me contestó.

—¿Cuántos son ustedes de familia?

—Pues... cuatro negritos, la mujer y yo.

—Entonces tienen que pagar seis pesos por un solo día en el “club”, ¿no es cierto?

—Sí. Eso es un regalo de Fidel “pa” nosotros los pobres.

—Pues... de acuerdo con esa tarifa si fueran todos los días en el verano les costaría ciento ochenta pesos mensuales.

Se quedó un rato pensando al parecer sacando la cuenta de lo que le había señalado y como satisfecho de la gran oportunidad que le brindaba la revolución, me contestó:

—Sí. Eso es. Por ciento ochenta pesos al mes podemos ir todos los días a ese “club” de los millonarios.

—¿Y sabes tú lo que estaba pagando mensualmente una familia rica por ir a ese mismo “club”?

—No. Pero seguro que era un “carretón de pesos”.

—Pues esa familia rica sólo pagaba una cuota de doce pesos al mes.

—No, eso no puede ser —me respondió abriendo los ojos ante lo que le había informado.

Por eso sentía yo tanta pena al ver la forma en que el pueblo estaba siendo engañado por los que se titulaban sus “genuinos defensores”.

### *Campesinos en La Habana*

Recuerdo que un día La Habana amaneció conmovida. Cientos de campesinos llegaban invitados por Castro para pasar unos días en la capital y las familias habaneras llenas de esa tradicional generosidad que caracteriza al cubano les abrieron sus hogares para alojarlos, atenderlos y festejarlos. Los jóvenes habaneros tomaron parte muy directa en aquella iniciativa y por todas partes se veían humildes campesinos circulando asombrados por las vías habaneras admirando las calles llenas de vehículos, las grandes tiendas —“El Encanto”, “Fin de Siglo”, “La Época”, “La Sortija”, “La Filosofía”— así como los teatros —“El Nacional”, “Payret”, “Mar-

ti", "El Auditorium", "Fausto", "El Alkazar"— sin olvidar los grandes hoteles —el "Habana-Hilton", "El Hotel Nacional", "El Comodoro", "El Riviera", "El Capri"— los cabarets —"Tropicana", "Montmartre"— que servían para darles una moderna visión de la vida.

Esos millares de bondadosos guajiros se sentían satisfechos con aquella aparente muestra de bondad de la figura que centralizaba la revolución que ya empezaba a teñirse de rojo sin que ellos lo captaran y considerando que se trataba de un hombre con el corazón lleno de amor para todos se expresaban públicamente con las mayores frases de agradecimiento para quien sólo era un farsante que se regocijaba con su forma artera de engañar a todo un pueblo.

Recuerdo que en el Hotel Comodoro, donde alojaron a muchos de aquellos guajiros tuve la oportunidad una tarde de hablar con dos de ellos. Era un viejo guajiro procedente de Santa Clara que venía acompañado de su hijo. Respondiendo a una de mis preguntas me señaló:

—"Carijo", este es un hombre bueno. Ahora Cuba se va a salvar con él. Fíjese cómo se ha "acordao" de nosotros los guajiros.

—¿Y tiene usted en su finca mucho ganado? —le pregunté.

—Sí, bastante. Tengo varias vacas "parías" que dan muy buena leche.

—¿Tiene cría de gallinas?

—También y muy ponedoras.

—¿Vende bien los huevos?

—Sí. ¡Cómo no! Los vendo en el pueblo y me los pagan bien.

—¿Tiene arboleda en su finca?

—Y muy buena, "carijo". En la época de los mangos y en la temporada del aguacate le saco muy buenos pesos.

—¿Y tiene cría de cochinos?

—Sí. ¡Cómo no! Ahora tengo cuatro puercas

“parías” y “pa” la Navidá tendré buenos lechones “pa” vender.

La sinceridad que palpitaba en las palabras de aquel humilde guajiro cubano me impresionaron. Las respuestas a mis preguntas revelaban cómo era de fructífera la vida de esos nobles campesinos que luchaban por el sostenimiento de sus familias con el producto de sus esfuerzos. Pero yo me daba cuenta que todo eso iba a desaparecer entre las tenazas destructoras de organismos como el INRA creados para acabar con esa iniciativa privada que tanta felicidad llevaba a esos hombres modestos que desde hacía varias generaciones ganaban el sustento de los suyos por medio del trabajo honrado que no cabe dentro de los dominios de un régimen comunista donde todo es controlado por el Estado.

—¿Y qué le ha parecido La Habana? —le pregunté antes de despedirme.

—Muy linda, “carijo”. Pero no la cambio por mi finca. Aquí hay mucho bullicio y ya yo estoy extrañando a mi familia, a mis animalitos y a mis siembras.

—Entonces... ¿Es usted más feliz allá con su gente?

—¡Ah, sí! Esto es muy hermoso. Pero aquello es lo mío y no lo cambio por nada del mundo.

Comprendí cuánta verdad había en aquellas palabras y cuánta demagogia y mentira había en aquel espectáculo de trasladar a miles de guajiros a la capital para darles un “caramelo” antes de comenzar a través de los organismos que ya estaban en actividad, a despojarlos de todo lo que a ellos les pertenecía.

### *Incendio en los cañaverales*

El recuerdo de este contacto con algunos de los miles de guajiros trasladados a La Habana en un acto del nuevo gobierno revolucionario destinado a producir un impacto en la clase campesina de Cuba

me llevó al pasado remoto haciéndome recordar cuando yo siendo un niño iba a pasar temporadas a la finca "El Caimán", propiedad de mi abuela paterna doña Concepción Martínez Capote, quien después de enviudar de mi abuelo contrajo matrimonio con don Pancho López, un hombre noble y bueno, quien por haber desenvuelto toda su vida en el campo conocía a la perfección todos los secretos de la agricultura.

La finca "El Caimán" tenía alrededor de diez caballerías de tierra sembradas en casi su totalidad de cañas de azúcar, que eran molidas en el central "La Julia". Dicha finca distaba alrededor de una legua y media del pueblo de Batabanó. Era toda de tierra colorada y tomaba su nombre de una gran laguna que había en la misma, en la cual señalaban los campesinos de aquellos alrededores existía un caimán tan grande que en la parte superior del mismo se le había acumulado tal cantidad de tierra y vegetación que muchas veces fue tomado como una pequeña isla. Esta leyenda se agrandaba por la imaginación de los guajiros que decían que de noche aquel caimán se aventuraba por los potreros matando a las reses de una sola dentellada.

Aquella leyenda me impresionaba cuando yo estaba en la finca y no me gustaba ir por la laguna temeroso de que en cualquier momento pudiera hacer su aparición el citado caimán. Por eso mis actividades se proyectaban hacia ángulos distintos. Me levantaba temprano en la mañana. Alrededor de las cinco se acercaba a mi cama don Pancho. Me despertaba y yo deseoso de salir con él al recorrido de la finca me desperezaba con rapidez. Me vestía e iba al comedor donde Lila, una tía buena que nunca se casó y dedicó todos sus afanes y desvelos al cuidado de sus sobrinos, me tenía preparado el desayuno. Ya don Pancho había ordeñado la vaca y la leche era fresca como la mañana. El desayuno era a base de café con leche, pan y galletas untados de mantequilla.

La casa de la finca estaba construida toda de madera. El techo cobijado de guano. Era alto para que la casa fuera más fresca. El piso era también de madera así como los tabiques que servían de división a las piezas de la casa que tenía tres habitaciones de dormir, una sala central, comedor y amplia cocina además de baño con bañera mientras que la letrina estaba alejada de la casa. Al frente tenía portal y un jardincito muy cuidado.

Después del desayuno yo salía en unión de don Pancho al recorrido matutino de la finca. Íbamos al potrero y traíamos los caballos. El de él era un caballo de pura sangre, buen caminador y con mucho brío. Era necesario ser buen jinete para montarlo y don Pancho desde niño tenía la costumbre de montar buenos caballos a los cuales sabía también domarlos. Pero el caballo mío era pequeño y carecía de brío y elegancia al caminar. Pero era muy manso y apropiado para un niño que no tiene mucha costumbre de montar caballos briosos. Le llamábamos "Virulilla". El nombre significaba que era "poca cosa". Pero para mí era el caballo ideal al que le tenía mucho cariño.

Don Pancho acostumbraba a vestir la típica guayabera criolla cubriendo la cabeza con un sombrero de jipi y un machete paraguayo colgado a la cintura donde también llevaba un cuchillo de mucho filo metido en su vaina. Ambos los utilizaba para las labores campesinas y los manejaba con mucha habilidad. Su bigote era blanco y el cabello también. Tenía la estampa del verdadero colono cubano y era una persona sumamente respetada en aquellos contornos por sus dotes de caballerosidad y hombría de bien que ponía de manifiesto siempre. Sus maneras eran sencillas y al hablar nunca alzaba mucho la voz.

Él iba delante en su caballo y yo trataba de seguirlo en el mío aunque no era una tarea fácil. Pero me sentía muy feliz en esa hora temprana de la mañana cuando un airecillo frío azotaba mis mejillas.

Cuando llegábamos al corte de caña ya estaban los macheteros iniciando la faena con sus clásicas “mochas” cortando la caña que estaba a tres trozos, cosa que revelaba la calidad de la misma.

Don Pancho sin bajarse de su caballo saludaba a aquellos hombres que trabajaban en su colonia y los arengaba para que trabajaran ligero antes de que el tiempo se “metiera en agua” haciendo más difícil la tarea. Los trozos de cañas volaban por el aire hasta caer en la pila central del corte de donde la levantaban los carreteros para colocarlas en las carretas que después de estar llenas hasta la parte más alta de las mismas se dirigían a la pesa, donde los pesadores las pesaban en bruto para después reducir la tara y trasladarla a los vagones de ferrocarril dispuestos a llevarlas hasta el ingenio “La Julia”, donde eran volcados en los trapiches que le extraían el rico jugo que más tarde a lo largo de un proceso de elaboración se transformaba en azúcar.

Don Pancho no era mi abuelo paterno. Pero yo le tenía como tal debido a que mi verdadero abuelo paterno —el Licenciado José Saíenz de la Peña— había muerto siendo yo muy pequeño y como mi abuela varios años más tarde había contraído segundas nupcias con él, el tratamiento que él me daba era el de un abuelo aunque él tenía otros nietos por parte de su hijo Pablo, quien estaba casado con la señora Rafaela Quintero y de esa unión tenían varios hijos. Eran Mirta, Pablito, Panchito, Nereida y Marta.

Después de ese recorrido por los distintos cañaverales de la finca regresábamos a la casa. Dejábamos los caballos amarrados debajo de dos frondosos árboles que estaban cerca del corral de los cerdos, un tanto alejado de la casa, disponiéndose don Pancho a echarle el maíz a la cría de aves. Iba a un pequeño granero donde tenía varios sacos de maíz, llenaba dos cubos y un pequeño recipiente que me entregaba a mí. Nos dirigíamos al batey y él co-

menzaba con un sonido especial que hacía con la boca a llamar a la cría de pollos, gallinas, gallos y palomas los cuales corrían hacia donde nos encontrábamos para comer la ración diaria de maíz. Esa ceremonia diaria lo llenaba de satisfacción al observar las gallinas con sus crías que contribuían a aumentar el número de pollos que en el futuro al crecer adquirirían mayor valor.

Después yo lo acompañaba al pozo que estaba cercano a la casa. El mismo tenía una bomba de mano para extraer el agua a sifón y también un recipiente que bajaba hasta el fondo sostenido por una larga cuerda que giraba en una roldana. Él prefería usar la bomba de mano para llenar los cubos que más tarde trasladábamos a la cocina de la casa donde en un extremo estaba colocado un tinajón en el cual el agua se conservaba muy fresca. Además tenía una piedra de filtro que servía para garantizar la pureza del agua que se usaba para beber y cocinar. La cocina era amplia. Tenía un fogón grande de cinco hornillas donde se cocinaba con carbón vegetal, ya que en aquella época —1920— era el tipo de fogón más moderno que se conocía por aquellos contornos. En otro ángulo de la misma estaba la alacena donde se guardaban los víveres que se compraban en una bodega mixta que había como a un kilómetro de distancia de la casa y para llegar a ella se usaba una vereda primero y después un camino vecinal llamado así porque lo podían usar para trasladarse de un lugar a otro todos los vecinos de aquellos contornos. Cerca del fogón habían dos depósitos de barro donde se guardaba la carne de puerco en su propia manteca por la falta de refrigeración.

Don Pancho a la hora del mediodía después del almuerzo como buen criollo le agradaba una media hora de siesta que muchas veces la tomaba en una hamaca que tenía colgada debajo de dos frondosos árboles que estaban en la parte de atrás de la cocina. Después se levantaba, iba hacia el comedor

donde mi abuela o mi tía Lila le servía una taza de aromático café negro que él tomaba con acentuado deleite y me solía dar un sorbo que echaba en el pequeño plato de la taza porque según él siempre decía “los niños no deben tomar en la misma taza de los viejos” y seguidamente tomaba el dominó o la baraja para jugar un rato conmigo. Él era un experto jugador y llevaba a la memoria todas las cartas que se jugaban dando lugar a que resultara muy difícil ganarle por la habilidad que desplegaba en ambos juegos.

Y recuerdo que una tarde que estábamos jugando a las cartas llegó uno de los trabajadores a toda carrera montando un caballo en pelo. Al llegar al batey se tiró de la cabalgadura y entró corriendo al comedor a avisarle a don Pancho que en uno de los cañaverales se había declarado un incendio. Él se incorporó con rapidez y yo me quedé impresionado. Fue al lugar donde solía colgar su machete paraguayo y con rapidez se lo colgó en la cintura. Salió hacia el batey en busca de su caballo y yo lo seguí. Se detuvo un instante y miró hacia la parte norte de la finca. Allí vio la gran columna de humo que ponía de manifiesto que se trataba de un incendio importante. Llegó hacia el lugar donde estaba su caballo. Tomó la rienda y al darse cuenta de que yo lo seguía se volvió hacia mí y me dijo:

—No vengas tú...

Yo me quedé paralizado ante aquella orden y lo vi partir velozmente en su brioso caballo al que hincó las dos espuelas para reclamar del mismo la mayor velocidad. De pronto reaccioné y fui hacia el lugar donde estaba amarrado mi caballo “Virullilla”. Tomé la rienda, puse el pie en el estribo y monté. Lo conminé a correr. Pero no se dio ni por enterado. Le pegué en las ancas varios correazos con lo que me sobraba de la rienda y entonces como haciéndome una concesión aligeró un tanto el paso pero sin tomar demasiada velocidad y yo ansiaba

llegar pronto al lugar del incendio. Al ver que no lograba que tomara más velocidad, me tiré y agarré un gajo seco que había en la guardarraya. Volví a montar y le pegué fuerte con el mismo con un resultado similar. Pero como yo quería llegar para ver de cerca lo que estaba ocurriendo en el cañaveral lo dirigí hacia el lugar guiándome por la columna de humo que se levantaba hacia lo alto del cielo.

Al fin llegué al lugar del incendio y quedé sorprendido. Yo tenía alrededor de diez años de edad y aquel espectáculo me resultó impresionante. Veía a los trabajadores correr de un lado a otro y desde mi caballo "Virulilla" que ya se negaba a continuar avanzando también impresionado por las llamas, observé cómo salían los animales desde el interior de los cañaverales aledaños a aquellos que ardían con mayor intensidad. Vi salir grandes ratas, hurones, gallinas, guineos y algún que otro majá (especie de culebra que rara vez pasa de un metro y medio de longitud) tratando de salvarse de las llamas que se extendían con velocidad asombrosa.

Desde el lugar en que yo me encontraba observé cómo don Pancho pese a su avanzada edad había asumido la dirección de aquella batalla contra las llamas dando órdenes a sus trabajadores y a otros vecinos de aquellos contornos que se habían unido en gesto de solidaridad para dominar aquel gran incendio. Lo primero que había ordenado hacer era abrir una amplia faja entre dos cañaverales para de esa forma evitar que las llamas pasaran de uno a otro hasta quemar toda la cosecha. Después de observar con mucho cuidado la dirección del viento ordenó que iniciaran lo que se conoce como la "contra-candela", operación consistente en dar candela contraria a la que viene avanzando para de esa forma al encontrarse las dos se extinguen una frente a la otra quedando dominado el incendio.

Yo lo observaba con orgullo de nieto al verlo con su machete paraguayo en la mano dando órde-

nes que eran obedecidas sin la menor discusión porque todos los trabajadores vecinos que reconocían su experiencia y don de mando seguían sus instrucciones conoedores de que era un hombre que sabía lo que estaba haciendo. Los macheteros con agilidad asombrosa movían de un lado a otro sus machas cortando toda clase de vegetación pero principalmente la caña y tratando de apartar las hojas que eran las mejores conductoras de las llamas. Yo sentía cómo el corazón me golpeaba dentro del pecho de emoción al observar aquel espectáculo impresionante en extremo cuando las llamas avanzaban en sentido contrario hasta acercarse unas a otras y comenzar en esos instantes a disminuir la intensidad del incendio hasta quedar totalmente dominado.

Al fin volvió la calma entre la agitación reinante de aquel centenar de hombres que entre trabajadores, amigos y vecinos se reunieron en labor colectiva de mutua cooperación para extinguir aquel gran incendio. Todos se veían sudados y algunos con el cabello chamuscado a causa de acercarse demasiado al lugar donde las llamas tenían mayor intensidad. Don Pancho al centro de aquellos hombres desde el sitio donde yo lo observaba me lucía a través de mi imaginación de niño como un verdadero gigante y sentí íntimo orgullo en ser un familiar allegado.

Él al verme se quedó un tanto asombrado. Fijó desde lejos en mí su mirada serena y yo sentí temor al recordar que mi presencia allí revelaba que había desobedecido su orden de quedarme en la casa y no ir a correr un riesgo en aquel lugar del incendio. Al verlo dirigirse hacia el sitio donde yo me encontraba, palidecí. Mientras caminaba hacia el lugar donde yo estaba parado sentí que las piernas me temblaban. Venía seguido de otras personas y yo bajé la cabeza en señal de sumisión temiendo lo peor. Miraba hacia el suelo y vi acercarse su sombra. Llegó a mi lado, me puso la mano en la barbilla y con cariño me levantó la cabeza.

Su mirada se cruzó con la mía y cuando yo esperaba un fuerte regaño lo vi sonreír al tiempo que me preguntaba:

—¿No estás asustado?

—Un poco —le respondí.

Me pasó la mano sobre el hombro y comentó:

—Qué mala es la candela, ¿verdad?

—Sí, es verdad.

—Pero... muchas veces sirve para probar que uno tiene buenos amigos.

Se quitó el sombrero. Extrajo su pañuelo y comenzó a secarse el sudor de la frente al tiempo que miraba con satisfacción el grupo de hombres que le rodeaba formado por amigos, trabajadores y vecinos que en aquellos instantes acudieron solícitos a cooperar con él en la difícil tarea de dominar un incendio de grandes proporciones que pudiera haber destruido la cosecha completa llevándolo a la ruina.

### *La gran mentira: tractores y Reforma Agraria*

El recuerdo del ayer remoto se fundió con el ayer inmediato y mi mente se llenó de imágenes de la etapa en que las clases vivas del país con la cooperación de los obreros que formaban los centros de trabajo se lanzaron a colectar fondos para adquirir tractores de todo tipo. Por todas partes se observaba la intensidad de esta campaña puesta en juego al señalar que la adquisición de cientos de tractores servirían para contribuir a la liberación económica de Cuba.

Nadie sabía de cómo iba a funcionar la Reforma Agraria y la creación de la misma no se consultó con nadie. Todo se ocultó como si fuera un secreto militar de grandes proporciones y el texto de la ley se mantuvo en el más absoluto secreto hasta que Castro lo dio a conocer cuando lo leyó por televisión. Los propietarios todos quedaron aterrados y empezaron en afán de salvar algo a ofrecer parte

de sus tierras y a regalar maquinaria agrícola y todo tipo de tractores, los cuales ni siquiera se llegaron a usar como correspondía dándose el caso de que muchos campesinos usaban los tractores para llevar a las familias de paseo al pueblo y cuando se rompían ni siquiera se molestaban en tratar de arreglarlos. Los arrinconaban y todo quedaba ahí sin la menor preocupación porque después de todo no les había costado un solo centavo. Era un regalo de la revolución triunfante.

Yo recuerdo que las confiscaciones y la pena de muerte se impuso con mano militar, por la fuerza. La Reforma Agraria se impuso por un "orden y mando" de Castro. Se impuso un Instituto al que llamaron INRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria) en el que ni siquiera estaban representadas las clases campesinas. Era un organismo creado por Castro, quien además, lo presidía. El mismo tenía a su disposición las fuerzas armadas de la nación y no tenía que rendirle cuenta a nadie de sus actividades.

En su empeño de que todo se realizara por "lo alto", lo que en principio llamaron ley y su modo de ponerse en vigor —el INRA— formaron parte de la ley constitucional de 6 de febrero de 1959. Por tal motivo Castro le había dado nada menos que rango constitucional y quedaba por arriba de todos los poderes con la categoría de un "superestado". Fue otro de los tantos engaños del "castrismo", que daba la fachada de ayuda a los guajiros sin que tuviera el menor sesgo de realidad. Se jugaba con una mentira más y al observarla sentí pena profunda por aquellos campesinos humildes que todo lo que habían logrado de aquellos que tanto le prometían era un simple viaje a la capital, donde fueron atendidos no por Castro sino por el pueblo.

El engaño encerraba la promesa de la propiedad de las tierras a los guajiros, la integración de cooperativas con la promesa de ganancias lícitas, la

repartición de tierras y equipos así como la indemnización a quienes expropiaban por medio de bonos redimibles. Con esto querían tirar una cortina de humo sobre leyes de tanto beneficio al campesino como la Ley de Coordinación Azucarera que amparaba la permanencia de la tierra hasta para los precaristas.

Cuando la actividad del INRA andaba a todo tren llegó a Cuba como invitado del gobierno revolucionario Sukarno. Deseosos de impresionar al visitante lo llevaron a una de las primeras cooperativas del INRA. Era acompañado en aquella visita por Raúl Castro y una persona que estaba prestando sus servicios en aquella cooperativa me contó que Sukarno tuvo frases de reconocimiento para aquella actividad que estaba desarrollando el gobierno. Pero como los comunistas juegan mucho con la mentira Castro le dijo que todo aquello era obra de la Revolución. Pero Sukarno se agachó, tomó en la mano un puñado de tierra y la olió. Se volvió hacia Castro y comentó:

—Esta tierra se viene cultivando desde hace muchos años.

Parece que algo desagradable expresó el hermano menor de Castro en relación con Sukarno. Pero éste abandonó Cuba al día siguiente del incidente en la granja.

La gran mentira estaba caminando a todo tren. Por la ley podía Castro fijar el precio de las indemnizaciones, adquirir maquinarias por valor de varios millones de dólares en Inglaterra y Canadá. Y dentro de toda esa agitación en que andaba el pueblo de Cuba con una ingenuidad que conmovía a cualquiera logró Fidel Castro que le entregaran a su nombre un cheque girado por 20 millones de dólares firmado por Danilo Mesa y Faustino Díaz a nombre del Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados, cuyo verdadero destino jamás se supo ni nadie se ha atrevido a hablar más del famoso cheque.

Yo observaba con las fotos que los corresponsales de Información remitían del campo en relación con las actividades del INRA con cuanta ingenuidad los guajiros sonreían satisfechos ante lo que ellos creían ingenuamente que se estaba realizando en su beneficio. Pero todo estaba reducido a las fotos porque las tierras no se entregaron nunca a los campesinos, las cooperativas ni comenzaron a funcionar, sus integrantes no tenían ni voz ni voto y ganaban menos que antes.

### *No me dejaban salir de Cuba*

El avión sufrió una somera sacudida y mi esposa se volvió hacia mí ligeramente. Su rostro aparentemente se veía sereno. Pero yo sabía cuántos pensamientos bullían en su mente y a mi memoria vino la lucha que habíamos tenido que desplegar para lograr nuestra salida de Cuba.

Recordé que aunque todavía en ese año de 1960 se mantenían los vuelos regulares yo me había encontrado con un problema bastante complicado. Había ido en el mes de enero al DIER para solicitar la autorización de salida y me encontré con la sorpresa de que estaba en la lista de las personas a quienes se les prohibía la salida de Cuba.

Con ese motivo fui a la oficina del teniente Morive. Hablé con él y me hizo saber que yo no podía salir de Cuba porque me encontraba bajo investigación del gobierno revolucionario. Le pregunté cuál era la causa de esa investigación, me contestó que yo era periodista y que como tal tenía que pasar la investigación para que se pudiera otorgar el permiso de salida de Cuba. Entonces le dije:

—Está bien. Si esa es la disposición del gobierno revolucionario yo solicito en estos instantes que se me someta a cualquier tipo de investigación.

Se echó para atrás en el asiento de su escritorio, sonrió con intención respondiéndome:

—¿No tiene usted preocupación de que lo sometamos a investigación?

—En lo absoluto —le respondí— porque no tengo nada de qué arrepentirme. Soy un periodista que sólo ha cumplido con su deber profesional.

—Bueno, yo he llegado hace poco de Santiago de Cuba y allá yo leía su periódico.

—Me alegró porque así sabrá de primera mano que lo que le acabo de decir es cierto. No tengo nada que me haga bajar la cabeza ya que siempre me he limitado a cumplir con mi deber profesional.

—Yo he visto en su periódico muchas fotos de bodas y recepciones donde aparecía gente del gobierno junto con los ricachos de Cuba.

—Es cierto. Pero yo no ofrecí esas fiestas. Me limité a reseñarlas cumpliendo mi deber profesional como responsable de ese sector.

Se me quedó mirando. Extrajo la cajetilla de cigarrillos, sacó uno, lo prendió y me lanzó una interrogación que al parecer creyó me iba a afectar profundamente:

—Pero... Era gente de la "alta sociedad" ¿no es cierto?

—Es cierto. Yo no lo he negado.

—También en esas fiestas había miembros del gobierno ¿no es cierto?

—Le repito que no lo he negado en ningún instante y eso no constituye delito alguno para un periodista profesional. ¿Cree usted que un reportero de las planas de policía por ejemplo es un delincuente por el hecho de que reseña actos delictivos?

Mi pregunta quedó sin respuesta y seguidamente volví a abrir una nueva pregunta:

—¿Cree usted que un cronista deportivo al reseñar una pelea de boxeo o un juego de base ball es indicativo de que es un boxeador o un pelotero?

También esta interrogación quedó sin respuesta e insistí con una tercera y última interrogación:

—¿Cree usted que el hecho de reseñar un acto social significa que soy un miembro de la alta so-

ciudad? Y por otra parte estimo que el hecho de que una persona haya ofrecido o participado en un acto social no lo convierte en delincuente hasta el extremo de prohibírsele la salida de su país.

—Bueno, yo no tengo que contestarle tantas preguntas. También yo cumplo con mi deber al ordenar que usted sea investigado antes de darle el permiso de salida.

—Es cierto. También cumple usted con su deber. Pero lo que le voy a pedir es que se me haga la investigación lo antes posible.

—La investigación llevará el tiempo que la misma demande —me respondió poniéndose de pie— pero creo que será antes de mi boda.

—¿Se va a casar usted pronto?

—Aún no tengo la fecha. Pero será cuando mi novia llegue de Santiago.

—En ese caso le agradeceré que me avise al periódico para reseñarle su boda.

Sonrió levemente y la tensión de la entrevista disminuyó. Aproveché la oportunidad señalándole:

—Al matrimonio no se debe ir demasiado viejo. Es usted joven y creo que está en buena edad para casarse.

Le estreché la mano y me despedí. Abandoné aquel local policíaco un tanto preocupado por el tiempo que pudiera tomar una investigación de ese tipo considerando que tanto mi esposa como yo estábamos ya dándole vuelta a la idea de abandonar el país por la serie de acontecimientos que estábamos observando indicativos del rumbo que habían tomado las cosas inclinándose cada día más hacia el socialismo como antesala del comunismo.

Pasaron varios días y continué trabajando en el periódico como era mi costumbre. Ya en la Redacción no existía la camaradería tradicional que allí se había mantenido por tantos años. Habían antiguos compañeros vistiendo el uniforme de milicianos, otros estaban ocupando posiciones en dependencias bajo el control del gobierno revolucionario

aunque la mayoría nos manteníamos en un plano neutral pero expectante ante los diversos acontecimientos.

Un día por la tarde llamé por teléfono al teniente Morive y al preguntarle sobre el informe de la policía me señaló que no había aparecido nada contra mi persona pero que no podía aún darme el permiso de salida porque faltaba el informe de La Cabaña. Yo quedé un tanto sorprendido de ese nuevo trámite pero decidí esperar por el mismo aunque de momento me pareció que estaban levantando un muro que sería un tanto difícil de saltar. No le dije nada a mi esposa para no inquietarla más de lo que ella estaba con los problemas que ya venía ella confrontando en la Escuela Primaria Superior donde ella prestaba servicios como profesora de inglés desde hacía diecisiete años y seguí esperando.

Ya había pasado el primer año del castrismo y el mismo cada vez se proyectaba más hacia el ángulo en que su figura central quería colocarla. El tono rosado de los primeros tiempos iba subiendo hasta irse acercando hacia su propósito definido: el comunismo y una noche en que Castro estaba ante las cámaras de la televisión lanzando otro de sus discursos kilométricos hizo una referencia al Marqués de Vellisca y ante el asombro del propio Castro y del grupo que siempre lo acompañaba a todas partes, se apareció el citado diplomático español que representaba a su país en Cuba en el propio estudio donde hablaba Castro. Llegó acompañado de Jaime Caldevilla, agregado de prensa de la Embajada de España y enfrentándose con Castro le dijo: "Usted es un embustero". Ante aquel gesto valiente del diplomático español que en aquel instante estaba salvando la honra de su país, Castro vaciló, se incorporó en la mesa y no supo qué actitud tomar ante la aparición inesperada del diplomático a quien acababa de insultar. La totalidad del pueblo de Cuba estaba presenciando aquel episodio

inolvidable pero de pronto se vio avanzar una mano hacia el lente de la cámara y oscureció la escena. Nadie supo más de lo ocurrido. Pero el hecho conmovió a Cuba entera y más tarde se supo que Castro había pedido la expulsión del Embajador Español de Cuba. El gobierno de Franco aceptó aquella petición y no dio respaldo a su Embajador.

Al día siguiente cuando yo estaba en la Redacción del periódico llegó el fotógrafo Rubén González, ya convertido en figura relevante del régimen actuando como fiscal en tribunales revolucionarios, proclamando con euforia:

—Yo fui quien tapó anoche el lente de la cámara en la televisión cuando el “gallego” ese se apareció allí a llamar embustero a Fidel y salió bien porque lo que debimos hacerle fue meterle cuatro balazos en la cabeza. Si me cae en mi tribunal lo mando al paredón.

Al escuchar aquellas frases varios compañeros cambiamos las miradas en señal de la forma en que se estaban desenvolviendo los acontecimientos en Cuba, donde la irresponsabilidad de las figuras centrales de la revolución se reflejaba en los de abajo quienes ni siquiera sabían lo que significaba una representación diplomática en un país.

Al día siguiente volví a llamar al teniente Morive por teléfono. No estaba en su oficina o no quería salirme al teléfono. No sé en realidad la verdad. Pero ya yo estaba decidido a hacerlo y mi esposa también. Con ese motivo al día siguiente fui a la oficina del Premierato que estaba situada en uno de los nuevos edificios de la Plaza Cívica. Allí Juan Orta \* un viejo amigo mío —un amigo de mi niñez que había trabajado siendo un muchacho en la farmacia de mi padre en Surgidero de Batabanó— ocupaba la posición de secretario del Premier Castro. Le pasé mi tarjeta y me recibió en seguida. Le

\* Juan Orta, viejo revolucionario, se asiló en la Embajada de Brasil, donde estuvo un largo tiempo. Ahora se encuentra en el exilio pese a la alta posición que ocupaba.

expliqué mi situación y sin vacilar en nombre de la vieja amistad que nos unía pero conociendo también mi vida limpia me extendió una carta con su firma en la que garantizaba a la policía que me conocía desde que yo era un niño sabiendo también que mi labor periodística se había desenvuelto siempre sin militancia alguna y sólo desde un puro nivel profesional. Al despedirme me dijo:

—Todas estas cosas que están sucediendo y que le hacen mucho daño a la revolución se deben a que estamos rodeados de “truncos de yucas” que no saben siquiera dónde están parados.

Sonreí, le estreché la mano y fui hacia la oficina del teniente Morive. No estaba en su despacho pero le dejé la carta que Orta me acababa de dar pensando que eso sería más que suficiente para que se me extendiera el solicitado permiso de salida considerando que la carta llevaba el membrete del Premierato y la firma del secretario particular del Premier Castro. Pasaron varios días y como no tuve ninguna llamada del Teniente Morive, lo volví a llamar a su oficina y me contestó:

—Sí. Recibí la carta. La tengo aquí sobre mi mesa de trabajo pero aún no le puedo dar el permiso de salida.

—¿Por qué? —inquirí.

—Porque en estas cosas La Cabaña está por encima del Premierato.

Ante aquella respuesta, me despedí y colgué el teléfono. Me quedé meditando y me di cuenta de que ya estaba funcionando el Estado Policiaco en Cuba.

### *Peleas entre niños -*

La distancia entre La Habana y Nueva York continuaba acortándose y volvieron a aparecer en mi mente imágenes del pasado remoto. Recordé cuando una vez siendo niño de diez años fui “detenido” en Surgidero de Batabanó.

Sucedió que yo había ido a un terreno amplio que había cerca de la estación de ferrocarril. Era el lugar donde, cuando llegaban los circos, instalaban la carpa para dar funciones. Pero ese terreno por su amplitud también era utilizado por los muchachos para jugar a la pelota y para empinar papalotes, deporte que de tiempo en tiempo se ponía de moda.

Los muchachos acostumbábamos a ponerle cuchillas en el rabo a los papalotes con el propósito de "pelear" unos papalotes con otros siendo el objetivo cortarle el hilo al contrario a fin de que el papalote del mismo se fuera "a volina" y ganar de esa forma la competencia establecida.

Yo fui con mi papalote y empecé a tratar de cortar el papalote de otro muchacho de apellido Vila a quien jocosamente le dábamos el apodo de "Tubería" por ser bajito y gordito mientras que el hermano era flaco y alto al cual apodamos "Cañería". Eran dos hermanos que solían andar muy unidos y todo el mundo decía al verlos llegar: "Ahí vienen ya Cañería y Tubería".

Eran cosas propias de muchachos y aquel día por pura casualidad "Tubería" que era el más pequeño de los dos hermanos andaba solo empinando su papalote y yo empecé a tratar de cortarle su hilo con las cuchillas que mi papalote tenía colocadas en el rabo, cosa que estaba prohibida porque también resultaba un peligro. Al fin logré mi empeño y el papalote de "Tubería" se fue "a volina".

La reacción inmediata fue que cogió una piedra y me la tiró con violencia en represalia por la pérdida de su papalote. Al ver venir la piedra me tapé la cabeza con las manos, volví la espalda y me pegó fuertemente en el hombro izquierdo. Me repuse del ataque y le fui para arriba. Como era más pequeño fácilmente lo tiré al suelo de dos o tres golpes. Se incorporó y salió llorando en busca de su hermano mayor.

Al poco rato apareció el hermano mayor —Cañe-

ría— en tono desafiante por haberle yo pegado a su hermano sin considerar que la reacción mía fue a causa del golpe recibido con la piedra que me tiró y que por fortuna no me llegó a pegar en la cabeza. Al verlo avanzar en esa forma hizo que yo me pusiera en guardia. Al acercarse a mí comenzó a lanzarme golpes que yo paré con los brazos y a la vez riposté logrando darle un golpe en la frente que detuvo por un instante su impulso. Al ver la pelea los demás muchachos que estaban por aquellos contornos formaron un cerco alrededor de nosotros alentándonos con sus exclamaciones para que siguiéramos peleando.

Volvió Cañería al ataque mientras que su hermano lo alentaba gritándole:

—Arriba, mi hermano. Rómpele un ojo.

Me atacó con fiereza apoyado en el largo alcance de sus brazos y yo inclinando el cuerpo logré que la mayoría de los golpes pasaran por encima de mi cabeza. Aproveché la circunstancia pegándole por el estómago con todas mis fuerzas. Nos abrazamos en aquel cuerpo a cuerpo y caímos al suelo. Varios de los muchachos que presenciaban la pelea se acercaron a separarnos. Lo lograron y nos incorporamos. Volvimos a la pelea y esta vez logró darme un golpe fuerte en un ojo. Por primera vez comprobé en mi persona lo que tantas veces había visto pintado en las caricaturas: las clásicas estrellas que en realidad se ven cuando el golpe es directo en el ojo. Los muchachos que presenciaban la pelea aplaudieron y oía con claridad cuando el hermano le gritó:

—Ya le rompiste un ojo.

No sé si en verdad fue la dureza del golpe o las palabras de su hermano lo que me enfurecieron. Pero le fui arriba tirándole con las dos manos y logré darle un directo a la boca, rompiéndole el labio. Al pasarse la mano por la boca y mirarla después, observó que tenía sangre y comenzó a llorar. Al verlo yo me asusté y fui hacia él para tratar de con-

solarlo. En ese instante hizo su aparición un policía. Al verlo los demás muchachos salieron corriendo. Pero los dos fuimos detenidos. Nos agarró a cada uno por el brazo y comenzó a caminar con nosotros rumbo a la calle de Independencia. Ambos estábamos asustados. El corazón me latía con fuerza. El policía que se llamaba Chinano y que era amigo de nuestros padres estaba tratando de darnos una lección pero nosotros no lo comprendíamos así en aquel instante. Yo me veía ya cerrado detrás de una reja y parece que mi contrincante también porque ambos íbamos llorando mientras que despertábamos la curiosidad de aquellas personas que pasaban por nuestro lado. Como es lógico yo pensaba que se trataba de un asunto muy grave y las piernas me temblaban de miedo. Por fin el policía llegó conmigo a la botica de mis padres. Allí junto al mostrador estaba mi madre quien al verme llegar en esa forma le preguntó al policía:

—Chinano... ¿Qué fue lo que pasó?

—Que lo traigo detenido por estarse fajando allá en la calle de la Línea. Pero se lo voy a entregar hasta que limpien el calabozo del precinto que está lleno de cucarachas y ratones.

Al escuchar estas palabras me estremecí. Por un instante me vi detrás de las rejas rodeado de aquellos animaluchos que el policía acababa de mencionar con el deliberado propósito de darme un escarmiento. Me soltó y mi madre después de darle las gracias me llevó para el interior de la botica donde me regañó fuertemente mandándome para casa a fin de que mi abuela me bañara y me cambiara la ropa. Así lo hizo ella mientras me decía:

—Los niños no pelean y la suerte fue que el policía Chinano es amigo de nosotros porque si es otro policía te llevan para el precinto.

Mi adversario Cañería fue llevado al establecimiento de su padre que era un barbero muy conocido en el pueblo. El policía Chinano hizo lo mismo con él porque días más tarde que hablamos

en el colegio —ya nos habíamos hecho amigos de nuevo— me lo contó. A él en su casa no le pusieron penitencia pero a mí sí. Mi madre me puso a fregar pomos en la parte posterior de la farmacia. Pero cuando mi abuelo lo supo habló con mi madre y me levantaron la penitencia al tiempo que me llevaba para el patio, donde me dijo:

—Mira, niño. Los hombres no pelean por gusto. Pero cuando llega un momento en que no queda más remedio se pelea de verdad. Tú no has hecho nada malo. Peleaste porque te atacaron y quedaste como un hombre. Así me gusta.

### *Me detienen por el atentado al comandante Morgan*

El avión continuaba avanzando en su ruta hacia Nueva York y tratando de alejar un tanto los pensamientos que me llenaban la mente tomé un número de la revista “Bohemia” que estaba en el bolsillo de la parte posterior del asiento delantero al nuestro. La abrí al azar y me encontré con una plana en la que habían fotos de varios policías junto a una perseguidora sosteniendo una ametralladora cada uno entre las manos. El gesto de los mismos era hosco.

Con rapidez aparecieron nuevos recuerdos. Fue el de un episodio muy lamentable en que hacía unos pocos meses nos vimos envueltos mi esposa y yo. En horas de la mañana habíamos ido a nuestra finca de recreo llamada “Don Bosco” —denominada así en honor de San Juan Bosco de quien somos muy devotos— con el propósito de pasar la máquina de cortar yerba.

Alrededor de la una de la tarde nos dispusimos a regresar a nuestra casa de Miramar. Tomamos la avenida central del Chico Country Club y después pasamos a la carretera que conduce hacia “El Cano” primero y después a Arroyo Arenas. Mientras guiaba mi automóvil observé por el espejo retro-

visor un carro de la policía que venía a cierta distancia detrás de nosotros.

A este detalle no le presté mucha importancia ya que por aquellos alrededores siempre se movían “perseguidoras” de un lado a otro. Pero al salir de Arroyo Arenas y tomar por la Avenida de las Arecas en el reparto “La Coronela” observé que otro carro de patrulla de la policía se unía al que venía detrás del nuestro. Tampoco le di mayor importancia a aquel detalle y seguimos nuestra ruta hasta llegar a la rotonda frente al antiguo “Habana Yacht Club” y tomamos hacia la derecha incorporándonos a la Quinta Avenida. Los carros policíacos seguían detrás de nosotros y al llegar a la calle 90, otro patrullero se reunió con los otros dos y en un rápido movimiento envolvente al tiempo que sonaban las sirenas nos obligaron a detener la marcha. Con rapidez de los tres carros se lanzaron policías empuñando ametralladoras. A los pocos instantes estábamos mi esposa y yo rodeados en una forma espectacular de varios policías como si se tratara de dos peligrosos pistoleros acostumbrados a vender caras sus vidas. Al vernos en aquella situación tan impresionante le pregunté al que aparecía al frente del grupo:

—¿Qué es lo que ocurre?

—No se muevan y levanten las manos.

Aún sin salir de la sorpresa ante el sesgo de los acontecimientos obedecemos la orden mientras que uno de los policías nos ponía la ametralladora en la espalda y el jefe del grupo nos ordenaba:

—Abra el baúl para ver las armas que traen ahí adentro.

Ante aquella situación tan peculiar sonreímos levemente al tiempo que le respondíamos:

—Bueno... ya verá usted la clase de “armas” que traemos ahí.

El policía que estaba detrás de mí me pegó el cañón de su ametralladora a la espalda y ante esa situación me dirigí hacia la parte posterior de mi

automóvil al tiempo que observaba que el resto de los policías con las armas en la mano me vigilaban pensando posiblemente que en el baúl del carro estaba convertido en un verdadero arsenal. En un movimiento instintivo me volví hacia el lugar donde estaba mi esposa contemplando impresionada la actitud de aquel grupo de policías. Dos de ellos al observar el intercambio de miradas posiblemente pensaron que se trataba de una señal convenida para comenzar a disparar contra ellos y se pusieron a un lado y otro en el sitio donde estaba mi esposa empuñando con fiereza sus armas. El momento era bastante embarazoso por lo que nos dispusimos a cumplir fielmente la orden y abrimos el baúl de la máquina rodeada de policías quienes centralizaron con avidez sus miradas en el interior del baúl donde lo único que vieron fue la goma de repuesto y un racimo de plátanos recién cortado en mi finca.

Me volví hacia ellos en la creencia de que todo había terminado. Pero no fue así. El que estaba al frente del grupo vaciló un instante. Me pareció que no sabía la determinación que debía tomar en aquel instante. Se sentía como frustrado. Pensó que se iba a realizar un importante servicio policiaco y ahora no sabía el rumbo a tomar ante aquel "peligroso" racimo de plátanos. Lo miramos frente a frente y cuando yo esperaba que se disculpara ante nosotros fue hacia uno de los carros patrulleros y comenzó a hablar por el teléfono del mismo al parecer explicando a un superior la situación en que se encontraba en aquel instante. Cuando terminó de hablar con paso lento se dirigió hacia donde yo me encontraba parado junto al baúl de mi carro con el racimo de plátanos como humorística pieza acusatoria que le daba a la situación un ambiente de "sainete" callejero. Para tomar la iniciativa le preguntamos:

—Bueno... como no hay más "armas" que un racimo de plátanos... ¿podemos marcharnos?

—No, señor —respondió con terquedad policíaca— este carro suyo está circulado y tiene que acompañarnos.

Mi señora centró su mirada en aquel sabueso empeñado en prestar un importante servicio policíaco y después me miró a mí en forma inquisitiva. Me encogí de hombros y me limité a responderle:

—Bien... nosotros vivimos a cinco o seis cuadras de aquí. Al menos permítanos ir hasta la casa a dejar la perrita que viene con nosotros porque es mordedora y a cambiarnos de ropa.

—Está bien. Iremos a su casa a dejar la perra nada más. Pero ninguno de los dos se puede bajar.

Ante aquella terquedad aceptamos. Fuimos hacia nuestro automóvil y rodeado de los tres carros policíacos llegamos a nuestra casa. Abrimos la puerta trasera del carro y “Bambina” —que así se llamaba la perrita— acostumbrada a bajarse sola, saltó al exterior y corrió hacia dentro de la casa. A los pocos instantes apareció una sirvienta y mi señora le pidió que trajera mi chaqueta y su pequeña bolsa de cosméticos. Cuando llegó la sirvienta cumpliendo la petición de mi esposa el jefe del grupo que ya había descendido del carro patrullero la interceptó arrebatándole de las manos mi saco y la bolsa de cosméticos de mi esposa. Para demostrar su responsabilidad policíaca comenzó una minuciosa inspección de ambas cosas y al ver que no había nada peligroso un tanto frustrado se dirigió hacia nosotros y con gesto severo nos entregó ambas cosas. Con las cosas negativas que estaban ocurriendo parecía que su dignidad policíaca se sentía afectada.

Abrió la puerta de la parte trasera de nuestro automóvil y montó empuñando su ametralladora. Mi esposa estaba a mi lado y él poniendo el cañón del arma en mi nuca ordenó con voz áspera:

—Siga al carro de adelante que vamos para el DIER...

Con una ametralladora amenazando la vida las órdenes como es lógico suponer no se discuten y

obedecimos. Mi señora miraba de soslayo impresionada por aquel cañón que me rozaba la parte posterior de la cabeza temerosa de que en cualquier descuido o imprudencia por parte de aquel oficial de la policía represiva de Castro pudiera ocurrir lo peor.

Al fin llegamos frente al local que ocupaba el DIER. Era la antigua casa del Coronel Salas Cañizares, quien muriera cuando el asalto de la Embajada de Haití y que ahora servía de recinto para esa entidad policíaca. Nos hicieron entrar con nuestro carro al patio interior. Parqueamos y nos ordenaron descender siempre bajo la amenaza de las ametralladoras. Pasamos a una oficina y allí nos sentamos sin saber qué camino tomar. Vi un teléfono y pensé llamar a la Redacción de mi periódico para dar a conocer la situación en que me encontraba. Pero no me autorizaron. Al preguntar qué tipo de acusación había para que se nos comunicara aquel oficial de aspecto hosco me contestó:

—Casi nada. Su carro fue el utilizado por un grupo de esbirros del gobierno de Batista para hacerle el atentado al comandante Morgan.

Aquella noticia me sorprendió y capté toda su gravedad extraordinaria. El comandante Morgan \* en aquellos momentos era un ídolo para los revolucionarios y una acusación de esa forma era en extremo peligrosa para cualquier persona.

Me di cuenta del instante difícil en que me encontraba en unión de mi esposa. Nos sentamos en una pequeña oficina a esperar la forma en que se fueran desarrollando los acontecimientos y no hice el menor comentario. Mi esposa me miraba y yo captaba la interrogación que había en sus ojos expresivos. Ya estaba funcionando el "estado policíaco" y nosotros éramos unas víctimas más del mismo. Sabía que en cualquier instante por una disposición caprichosa nos podían enviar a la prisión

\* Después el comandante Morgan fue fusilado acusado de traición a la Revolución.

de La Cabaña o El Príncipe, donde ya los prisioneros no podían casi ni moverse. Esto lo conocíamos porque un día la visitamos en los primeros momentos del triunfo de la revolución para ver algunos amigos detenidos como Paco Ichaso, Carlos Fernández, Oscar Sigarroa, Ferrer de Couto y otros, detenidos bajo acusaciones caprichosas y sin base jurídica alguna.

Yo estaba seguro de que la acusación que pesaba sobre mí era falsa porque mi automóvil no se había usado para realizar dicho atentado ya que siempre estuvo bajo mi control y no se lo había facilitado a nadie en ningún instante. Pero en la forma en que se estaban desarrollando los acontecimientos en Cuba cualquier persona inocente podía enfrentarse con una situación difícil privándola de libertad indefinidamente y al mismo tiempo corriendo el riesgo que uno de los tantos tribunales que funcionaban sin respetar ley alguna pudiera ser condenada a enfrentarse con el pelotón de fusilamiento como tantas veces sucediera y aún continúa ocurriendo.

Frente a nuestra casa vivían los padres de mi señora y ellos al observar la forma anormal en que se habían desenvuelto los acontecimientos cuando fuimos a dejar a "Bambina", la fiel perrita que nos acompañaba, alarmados llamaron por teléfono a mi primo hermano, el doctor Antonio Pérez y Saíenz de la Peña, abogado, quien comenzó a recorrer los distintos centros policíacos para prestarnos sus servicios profesionales los cuales lamentablemente dentro de un régimen policíaco su valor es muy endeble. Por fin llegó al DIER donde nosotros nos encontrábamos y comenzó a hacer valer su condición de abogado para representarnos.

Allí conoció la acusación que pesaba sobre nosotros y como profesional inteligente se dio cuenta de la gravedad que la misma encerraba dadas las circunstancias imperantes en Cuba. Estaba tratando de lograr una entrevista privada conmigo cuando por fortuna hizo su entrada en el lugar donde nos

encontrábamos el comandante Palmero. Era muy joven y llegó rodeado de un grupo al parecer de ayudantes. Traía en la mano un rollo de "tape" de una grabadora y se veía excitado. Hablaba sin darse cuenta de que pudiera ser escuchado. Decía:

—Ya habló ese cabrón. Aquí tenemos toda la confesión grabada.

Al entrar en la oficina y verme allí sentado al lado de mi esposa, reaccionó y me preguntó:

—¿Y usted qué hace aquí?

—Bueno... eso es lo que yo quisiera saber, porque me han traído detenido en unión de mi esposa.

—¿No se acuerda usted de mí?

En realidad yo no recordaba su cara. Pero ante la situación delicada en que me encontraba para tratar de ganarme su simpatía le respondí:

—Sí, como no. Su cara me resulta muy conocida.

—Yo era mensajero en el periódico "El País" y yo lo vi a usted allí en varias ocasiones cuando Ud. iba a ver a su cuñado Héctor o a Pablo Alvarez de Cañas.

Aquellas palabras eran como una tabla de salvación que Dios había puesto en nuestro camino como ocurría siempre cuando al correr de la vida me veía en una situación difícil y con rapidez le respondí:

—Sí, es cierto. De allí es donde nos conocemos.

—Yo soy el jefe de todo esto.

Sonrió satisfecho y me di cuenta de que aquella circunstancia no la podía dejar pasar para superar aquel momento tan difícil bajo una acusación tan peligrosa en que me encontraba y le contesté:

—Por eso le dije que su cara me era muy conocida. Precisamente allí en "El País" lo vi muchas veces.

Me invitó a sentarme y pidió a uno de sus asistentes que le trajera el expediente para ver de qué se me acusaba. Lo leyó un momento. Se quitó la gorra. Se rascó la cabeza mientras leía y yo lo observaba sin perder un solo detalle pendiente de su reacción. Levantó la cabeza y me preguntó:

—¿Dónde está su carro?

—Ahí afuera en el patio interior.

Se levantó. Fue hacia la ventana y miró hacia el exterior. Un instante después se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Ese Cadillac que está ahí afuera es su carro?

—Sí. Ese mismo —le respondí.

Volvió hacia su mesa y tomó de nuevo el expediente. Comenzó a leerlo mientras que yo lo observaba sin perder un solo detalle. Lo mismo hacía mi esposa. Ambos sabíamos que de aquello dependía nuestro futuro: la prisión o la libertad.

A los pocos momentos se volvió hacia nosotros y en voz alta como para que lo escucharan sus hombres exclamó:

—Bien... el número de la chapa es el mismo. Pero aquí en esta acta consta de que el carro usado para el atentado a Morgan es un Hudson negro y este es un Cadillac, de color claro.

Se quedó un instante meditando y como satisfecho de su dictamen señaló:

—No se trata del mismo carro. Además yo lo conozco muy bien a usted que es un cronista social muy decente y no es capaz de estar ligado a los atentados que están haciendo esos perros esbirros.

Nos extendió la mano al tiempo que nos decía:

—Pueden irse y perdonen la confusión que han tenido mis hombres al detenerlo. Pero es que su carro estaba circulado.

Le estreché la mano con sincero agradecimiento. Sabía de la importancia de su decisión. Lo mismo que nos ponía en libertad pudo hacer todo lo contrario. Antes de retirarnos le pedí:

—Mire, comandante. Este carro está circulado y yo desearía que usted conocedor del error cometido diera orden de que esa circulación desaparezca.

—No se preocupe que de eso me encargo yo.

Le reiteramos nuestro agradecimiento y mi esposa y yo liberados de un peso terrible abandonamos el local del DIER en unión de mi primo el abogado

que había sido testigo de la forma favorable en que se habían desenvuelto los acontecimientos en el último minuto.

Al regresar a nuestra casa la encontramos llena de familiares y amigos quienes conocedores de las cosas ocurridas se encontraban alarmados por lo que pudiera ocurrirnos enterados de la forma en que las cosas se estaban ya desenvolviendo en Cuba, donde los principios fundamentales de los derechos humanos ya no funcionaban.

Dos días después mi hijo Rolando me pidió el automóvil para ir hasta el Comodoro Yacht Club y fue detenido de nuevo. Por fortuna ya conocíamos al comandante Salcedo y al llamarlo por teléfono explicándole la nueva situación pidió lo disculparamos pero sucedía que las órdenes policíacas se cruzaban unas con otras en relación con los distintos cuerpos policíacos dando lugar a esas detenciones.

Cuando mi hijo regresó ya libre me fui a nuestra habitación acompañado de mi esposa y allí le dije:

—Estas cosas están sucediendo en una forma anormal y es necesario que tratemos de que Rolando salga de Cuba primero y después lo haremos nosotros, porque en el país ya no hay libertad ni garantía para nadie.

—Es cierto —me respondió ella—, y debemos hacerlo cuanto antes mejor.

Fue este acontecimiento el que nos hizo que tomáramos la decisión de abandonar la tierra donde nacimos al darnos cuenta de que en cualquier instante podíamos caer detenidos en otro centro policíaco donde no hubiera un comandante Salcedo que nos sirviera de garantía para obtener la libertad perdida momentáneamente.

## *Un circo de niños*

Y retornaron a mi mente los recuerdos del pasado remoto: En Surgidero yo tenía un amigo, Juanito Fraga, con el que iba al colegio y en las horas libres jugábamos unas veces en su casa y otras en la mía y otras en la calle. Eran cinco hermanos: Ramón era el mayor, Juanito, el segundo y Mario, el tercero así como dos hermanas llamadas Josefina y Rosita, quienes eran amigas de mi hermana Mary. Con ese motivo con mucha frecuencia estaban en mi casa con los juegos propios de las niñas.

Juanito y yo teníamos gran afición por los circos y siendo niños fundamos un circo al que remedando a Santos y Artigas llamábamos Circo "Juan-José". El lugar de nuestras actividades era el traspatio de la casa de la botica. Allí mi abuelo había construido un gallinero de tela metálica y tenía una cría de palomas y de gallinas. Tenía un tamaño aproximado de cuatro por cuatro metros. Era nuestro sitio preferido para las funciones del circo "Juan-José" al cual asistían los muchachos de los alrededores quienes pagaban las entradas con botones. Juanito tenía un perro el cual utilizábamos primero como un león poniéndole una melena alrededor del cuello y después en un acto propio de un perro amaestrado al que hacíamos pararse en dos patas y caminar de un lado a otro. También mi abuelo tenía un hermoso gato al que hacíamos saltar por un aro. En uno de los ángulos sostenido por una fuerte rama de una alta mata de güira cimarrona había un trapecio en el que Mario Fraga—el más audaz del grupo pese a ser menor que nosotros— hacía piruetas colgándose de los pies a modo de un acróbata consumado.

Un día en que estábamos dando una función en horas de la tarde de un domingo y contábamos con un grupo de alrededor de diez espectadores la función estaba muy animada. Ya habíamos ofrecido el acto del gato saltarín y el perro amaestrado ha-

bía cumplido en su doble "role" de perro y "león". Juanito había hecho un acto de malabarismo con tres pelotas las cuales era más las veces que andaban por el suelo que en el aire. Pero había conquistado aplausos porque cada vez que se le escapaba una pelota él tenía la habilidad de hacer aparecer que era parte de su acto y yo me presenté esa tarde como "mago" haciendo escamoteo de una moneda y unos naipes que la mayoría de las veces descubrían los espectadores el sitio donde yo pretendía el escamoteo. Pero todo marchaba bien y algunos espectadores estaban disfrutando de unos vasos de limonada que vendíamos a centavo cada uno. Llegó el momento culminante del acto del trapecio y yo salí como todo un maestro de ceremonias a anunciarlo. Los espectadores aplaudieron y Mario salió con unos pantalones cortos y una camiseta atlética, cubriéndose con una bata de casa que le había hecho su mamá con una tela muy llamativa que él había conseguido en "El Fénix", la tienda propiedad de su padre. Los espectadores los aplaudieron y él se trepó al trapecio. Comenzó a hacer sus acostumbradas piruetas y cuando ya estaba llegando al final fue a tratar de dar una vuelta completa finalizando con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo con la fatalidad de que se le zafó la mano derecha cayendo desde lo alto del trapecio a la tierra. Al caer al suelo se le escapó un grito. Corrimos hacia él y tratamos de incorporarlo. Pero el dolor del brazo era fuerte. Los espectadores estaban todos de pie con motivo del accidente. Yo corrí hacia la botica a buscar al doctor Badosa, que era el farmacéutico. Vino con rapidez y al reconocerle el brazo dijo:

—Creo que hay fractura.

Lo recostó al tronco del árbol y le ordenó:

—Espérate un momento que estás muy pálido.  
Yo vuelvo en seguida.

Fue hacia la botica y al poco rato regresó con una pequeña copa conteniendo un poco de Poción

Jacoud. Se la dio a beber y me ordenó a mí que fuera al consultorio del doctor Godínez para que viniera a atenderlo. Cumplí la orden sin vacilar porque yo estaba muy asustado con lo ocurrido. Al poco rato regresé acompañado del citado médico y entre él y el doctor Badosa trasladaron a Mario hacia la farmacia de mi padre. Lo sentaron en uno de los sillones que allí había y entre el doctor Godínez y el doctor Badosa con mucho cuidado lograron llevar el hueso partido a su lugar. Después se lo "entablillaron" y lo llevaron para su casa.

Esto dio motivo a que las funciones del circo se suspendieran por unos días. Pero pronto ya andaba Mario con su brazo entablillado asistiendo a la escuela y jugando como si tal cosa en espera de que pasaran los cuarenta días inevitables para la soldadura de todo hueso que se quiebra y al siguiente domingo reanudamos las funciones del Circo "Juan-José" en su lugar de costumbre y con la asistencia de los muchachos que andaban por aquellos contornos.

Entre los actos que ofrecíamos a nuestra pequeña pero entusiasta audiencia habíamos suprimido el acto del trapecio debido al accidente sufrido por Mario aunque su hermano Juanito trató de ensayar pero no se atrevió a realizar las piruetas que corresponden a un trapecista. Con ese motivo sustituimos ese acto por el lanzamiento de cuchillos y al que pusimos frente a la tabla para ese acto "audaz" fue precisamente a Mario con su brazo entablillado.

Como no teníamos cuchillos afilados para realizar los clásicos lanzamientos de este acto típico de todos los circos, yo busqué en la botica dos espátulas viejas sin mucho filo aunque le afilamos la punta con una piedra de amolar que tenía mi abuelo para sacarle filo a su cuchillo y a la hoja de su machete. Cuando llegó el acto del lanzamiento de "cuchillos" convertido en lanzamiento de "espátulas" los espectadores estaban atentos al mismo. Los encargados de los lanzamientos éramos los "propie-

tarios" del circo, es decir, Juanito Fraga, hermano mayor de Mario y yo. El primer lanzamiento fue perfecto. La espátula se clavó al lado de uno de los brazos. A mí me tocó el segundo lanzamiento que también fue perfecto y los espectadores aplaudieron. Le tocó de nuevo el turno a Juanito, quien lanzó la "espátula" sin lograr que la misma se clavara en la tabla frente a la cual estaba colocado Mario demostrando una serenidad y valor a toda prueba. Fui y la recogí. Era mi turno correspondiente al último lanzamiento. Tomé bien la puntería tratando de clavar la espátula entre las piernas que mantenía Mario abiertas al igual que los brazos. Pero hubo un ligero fallo y la hoja se le fue a clavar un poco más abajo de la rodilla. Mario dio un grito de dolor y se llevó la mano hacia el lugar donde había sido herido mientras que la sangre le comenzaba a correr por la pierna. Yo me quedé petrificado. No sabía qué hacer en aquellos instantes y mientras que los espectadores se ponían de pie impresionados por el accidente que acababa de ocurrir salió Juanito corriendo hacia la botica a buscar de nuevo al doctor Badosa, quien llegó con rapidez al tiempo que exclamaba:

—Estos muchachos y el circo me van a volver loco a mí.

Trasladó a Mario hacia la botica y allí lo curó. Por fortuna la herida no fue profunda y no le interesó ninguna arteria importante. Pero ese fue el último día de existencia del circo "Juan-José" y yo fui castigado a estar un mes sin ir al cine, ni salir a jugar con los amigos en el parque.

### *La boda de mi hija Hedy*

Mi hija mayor, Hedy, estaba comprometida con el joven norteamericano Eugene M. Charney, quien se encontraba en Cuba como uno de los hombres del Proyecto Minitrack encargado de la labor de rastreo de los primeros satélites artificiales lanzados

por los Estados Unidos en los albores de la Era Espacial.

Pertenecía él a un grupo de técnicos que desarrollaba sus labores en la Estación de Rastreo ubicada en la base aérea de San Antonio de los Baños y por conducto de la Embajada de Estados Unidos habían rentado en unión de tres compañeros más, participantes en dicho proyecto, el piso alto de una casa situada frente a nuestra residencia en el reparto Miramar.

Era a principios del año de 1958 y como se trataba de un grupo de jóvenes pronto trabaron amistad con las muchachas que por allí residían entre las cuales se encontraba mi hija Helydy. Esa amistad se fue estrechando, brotó el idilio y después el proyecto de boda.

Fue en ese tránsito del año 1958 al 59 en que cayó el gobierno del general Fulgencio Batista y el triunfo de la revolución castrista. Posiblemente con el propósito de evitar incidentes la Embajada de Estados Unidos les ordenó colocar en la puerta de la residencia de ellos una nota oficial señalando que esa residencia se encontraba bajo la protección de dicho país, indicándoles a los cuatro que allí residían que no debían alejarse más de cien metros de distancia del lugar de donde ellos vivían.

Con ese motivo los cuatro venían con mucha frecuencia a nuestra casa y se sentaban frente al televisor situado en la sala para presenciar el desenvolvimiento de los distintos acontecimientos que tenían conmocionada a Cuba entera por el sesgo que iban tomando los acontecimientos que se sucedían continuamente y que ellos observaban sin perder un solo detalle posiblemente impresionados de la forma en que se desarrolla una revolución en Latinoamérica, acontecimiento que ellos presenciaban por primera vez en sus vidas.

Una tarde en que se estaba efectuando una de las primeras concentraciones en la Plaza de la República —hoy Plaza Roja de la Revolución— cuando

Castro hablaba desde la tribuna lanzando una de sus ya conocidas catilinarias, recuerdo que Gene —como todos le llamamos cariñosamente— lo escuchaba con mucha atención pese a que sus limitados conocimientos del español en aquella época le impedían captar todas las cosas que Castro enfocaba en su largo discurso, volviéndose hacia nosotros, comentó:

—This is a dictator.

Mi esposa y yo nos volvimos hacia él. Eran los primeros días del año 59 y la frase se podía tomar con cierta duda y mi señora le respondió:

—Aunque yo tengo mis dudas es posible que sea muy temprano para juzgarlo.

Él sonrió levemente y respondió:

—Don't forget... lo que yo digo ahora: this is a dictator.

Pese a su juventud y a su falta de antecedentes en relación con el conocimiento directo de las dictaduras de América Latina su dictamen fatalmente se cumplió. Su natural inteligencia y sus estudios históricos le daban base para aquella profecía que después le reconocimos a plenitud.

Días más tarde mi hija y él que ya estaban comprometidos nos hablaron de sus planes matrimoniales que fueron aceptados por mi esposa y por mí. Durante el tiempo que lo habíamos tratado captamos sus grandes cualidades y de que un bello amor los unía. Comenzaron los preparativos de la boda y unos meses después Gene en cumplimiento de sus deberes se trasladó a los Estados Unidos.

Durante su ausencia mi hija se sintió afectada de la garganta y el coronel Reynaldo de Villiers —talentoso especialista, otorrinolaringólogo de gran prestigio, y amigo muy querido— vino a mi casa a reconocerla. Su fino olfato profesional captó que no se trataba de una afección ligera y ordenó una serie de análisis que arrojaron que padecía de mononucleosis, diagnóstico que nos llenó de natural inquietud aunque como siempre nuestra confianza en

Dios y la Virgen era grande, nos sentimos muy preocupados. Pero como siempre la capacidad profesional del doctor Villiers se puso de manifiesto una vez más logrando la total recuperación de mi hija.

Al conocer Gene que ella estaba enferma tomó un avión y se trasladó a La Habana. Era una prueba más del grande cariño que ya los unía y que por fortuna se ha mantenido fresco como el primer día. Estuvo él varios días en La Habana y aprovecharon la oportunidad de fijar la fecha de la boda: el día 4 de julio de 1960.

Era una fecha simbólica —la Independencia de EE. UU.— que dadas las circunstancias imperantes en Cuba podía tomarse como un gesto de rebeldía que en sí lo encerraba. Pero que yo como padre me sentía satisfecho de que así lo determinaran ellos y a mi esposa le ocurría igual aunque en realidad nos dábamos cuenta de que dada la resonancia que la boda pudiera tener debido a mi condición de cronista social del periódico “Información”, en el futuro pudiera ser un detalle que se manifestara en contra nuestra, uniéndose ya a los diversos problemas confrontados dentro de la maquinaria comunista que iba tratando de cerrar el círculo de todos aquellos que no nos sometíamos a sus dictámenes dictatoriales manifestando de una forma u otra nuestra oposición a los diversos acontecimientos que conmovían en esos instantes a Cuba.

En el mes de junio de ese propio año de 1960 comenzaron los preparativos para la boda. Mi hija por sus sólidos principios católicos al igual que los de su elegido, determinó que fuera una ceremonia de acentuado matiz católico y escogió una hora propicia: las once de la mañana para que la ceremonia nupcial fuera seguida de misa de velaciones.

Algunos días antes de la boda mi esposa habló conmigo una noche en que yo regresé temprano del periódico y me dijo:

—Estoy muy satisfecha de esta boda. Ellos se quieren y van a ser felices. Además hay algo muy importante: han determinado irse a vivir a los Estados Unidos y aunque sé que para nosotros es dura la separación, yo me alegro que ellos salgan de Cuba lo antes posible porque aquí las cosas se están agravando por momentos y el futuro va a ser muy malo para todos.

Comprendí cuánta verdad encerraban sus palabras y dadas las estrechas relaciones que siempre había existido entre ellas, captaba a plenitud la intensidad de su íntimo dolor de madre al separarse de su hija. Era la primera vez que eso ocurriría ya que nunca mi esposa quiso que sus hijos fueran a estudiar al extranjero sabedora de que en Cuba podían educarse perfectamente bien sin necesidad de una separación.

—Ya cuando sean mayores —siempre me decía— por ley de la vida habrán de separarse de nosotros. Por eso es mejor tenerlos el mayor tiempo posible a nuestro lado.

Y como madre buena jamás se separó de sus hijos dedicando a ellos lo mejor y más puro de su gran corazón de mujer.

En el día de una boda hay mezcla de alegrías y tristezas. Es algo difícil de definir. La separación de una hija o de un hijo es siempre dura para los padres aunque se compensa con el rostro feliz de los contrayentes y como es natural nosotros no íbamos a ser la excepción en ese aspecto.

La boda tuvo por marco el Santuario Nacional de San Antonio de Padua, en el reparto Miramar, donde a pesar del carácter íntimo de la ceremonia se reunió una extraordinaria concurrencia integrada por familiares, amigos y compañeros del periodismo quienes gentilmente nos acompañaron en aquel momento de tanta trascendencia espiritual para nosotros.

Procedente de los Estados Unidos llegó tres días antes de la ceremonia George M. Charney, padre

de Gene, acompañado de su hija Anna, quienes fungieron de padrinos de la misa de velaciones, iniciándose desde ese día estrechos lazos de familia que se mantienen muy sólidos porque somos dos consuegros que nos llevamos muy bien y sentimos gran satisfacción cuando nos visitamos para charlar, tomar una copa y fumar un buen tabaco habano.

Como buenos amantes de la música mi señora y yo seleccionamos el programa musical que estuvo a cargo de una buena amiga, la soprano Bebita Viada, acompañada al órgano por el maestro Luis Borbolla, maestro acompañante de la clase de ballet de Pro Arte Musical donde mi hija completó sus estudios de danza que iniciara cuando sólo tenía cinco años de edad con la profesora Marta Andrews de Godoy. El resto de la parte musical estuvo a cargo del Orfeón Vasco bajo la dirección del padre Sudupe, sacerdote muy humilde a la par que un concertista sacro de renombre continental.

Tuvimos el honor de que oficiara en la ceremonia nupcial el Obispo Monseñor Eduardo Boza Masvidal, prelado cubano a quien siempre nos ha unido una sólida amistad por nuestras actividades dentro del Escultismo donde él prestara sus valiosos servicios como capellán y miembro activo del Consejo Nacional de Boy Scouts de Cuba, institución que en dos oportunidades me concedió el alto honor de presidir dos delegaciones de scouts: la primera en El Salvador y la segunda en Inglaterra con motivo del Jamboree del Jubileo conmemorativo del centenario del nacimiento de Baden Powell, su fundador.

Una de las primeras personas que invitamos a la boda fue el Embajador de Estados Unidos, Phillip Bonsal, a quien no le fue posible asistir a la ceremonia a causa de que a esa misma hora tenía un "open house" en la Embajada al conmemorar un aniversario más de la Independencia de su país.

Después de la boda el grupo de amigos íntimos

y de testigos se trasladó a nuestra finca de recreo "Don Bosco", en el "Chico Country Club", donde celebramos un almuerzo que fuera amenizado por un conjunto musical que es genuino orgullo de Cuba: Los Violines de Pego, quienes brindaron un selecto programa de melodías internacionales predominando las cubanas que ponían una pincelada mezcla de alegría y tristeza en todos los corazones.

Recuerdo que entre los testigos de la boda estaba un excelente amigo: Oscar de Tuya \*, quien unos días después bajo una falsa acusación del teniente Morive, fue detenido en unión de su hijo, pese a sus simpatías iniciales con la revolución castrista y encerrado en la fortaleza de La Cabaña, donde su vida se destruyó por ser un hombre ya mayor, enfermo, sin resistencia física para soportar la rudeza del presidio político de un régimen comunista. Hoy ya no está entre nosotros aunque su recuerdo permanece fresco en el corazón de todos los que nos honramos con su amistad.

Después de pasar Hedy y Gene los primeros días de su luna de miel en Varadero, prepararon su traslado a los Estados Unidos. Para poder llevar su pequeño automóvil "Simca" que ellos poseían utilizaron para su viaje el ferry-boat que cubría la distancia entre La Habana y Key West para después continuar por carretera hasta Pensilvania, lugar de residencia de los padres de Gene, en Estados Unidos.

La mañana de la despedida fue triste para ellos y para nosotros. Los acompañamos hasta el último momento y cuando la sirena del ferry sonó anunciando la salida sentimos cómo el corazón se nos apretaba. Lanzaron los amarres y la nave comenzó a alejarse del muelle. Ellos estaban en la baranda del barco agitando sus pañuelos en señal de despedida. Por nuestras mejillas corrían lágrimas mezcla de tristeza y de alegría. De tristeza por la separación y de alegría porque sabíamos que se iban a

\* Oscar de Tuya, fallecido en el destierro.

radicar en tierras donde nunca se ha puesto el sol de la libertad.

Al regresar a nuestra casa sentíamos el dolor profundo que la partida de un hijo produce en el corazón de los padres. Allí todos eran recuerdos y tanto mi señora como yo sentíamos ese vacío que queda en el corazón sin poderlo llenar.

Y mi esposa siempre afanada por buscarme un consuelo a una pena me dijo:

—Es cierto que Hedy se ha ido. Pero va junto a un gran compañero. También tú y yo hace veinticuatro años nos separamos de nuestros padres y envueltos en nuestra felicidad no supimos captar el dolor que le causábamos a ellos. Y yo ahora me siento más tranquila por haber podido sacar a Hedy de Cuba. Sólo nos queda Roly a quien tenemos que sacar también y después iremos nosotros.

Aquellas palabras me tranquilizaron un poco aunque recordé que no me iba a ser fácil salir de Cuba debido a que como periodista de vida muy activa me encontraba en la lista de aquellos a quienes no se les permitía la salida del país posiblemente pensando que pudiéramos escribir en publicaciones extranjeras lo que ya estaba ocurriendo dentro de Cuba y que en esos instantes pudiera perjudicar los planes futuros de total dominio del país por las fuerzas del comunismo que extiende sus tentáculos desde Moscú.

Unos días después de la partida de Hedy y Gene hacia los Estados Unidos me encontré con Rodrigo Pardo, un viejo amigo, quien en su calidad de fotógrafo le había tomado las fotos de novia a mi hija en su moderno estudio fotográfico de la calle Calzada, precisamente frente al edificio de la Embajada de EE. UU. en Cuba y con esa forma explosiva característica que él tiene de expresarse me dijo:

—Chico... yo iba en el mismo "ferry" donde iba tu hija con el esposo y quisiera que los hubieras visto cómo los dos lloraban junto a la baranda cuan-

do se despedían de ustedes. No sabes cuánto lamenté no tener la cámara conmigo porque les hubiera tirado una foto para dártela a ti.

Aquellas palabras del viejo y siempre querido amigo nos hicieron sonreír levemente al saber que nuestros hijos pese a la natural felicidad de la luna de miel sentían el dolor del alejamiento de sus padres y retorné con rapidez a mi casa para contárselo a mi señora.

### *Mi padre se dedica a las actividades políticas*

Las actividades políticas ejercían cierta fascinación sobre mi padre. Su carácter comunicativo, su facilidad para atraerse a las personas con quienes departía en cualquier instante, su personalidad y "don de gente" eran puntos de apoyo para triunfar. Pero a mi madre no le agradaba que él se dedicara a la política, porque abandonaba un tanto la farmacia a la que ellos habían dedicado todos sus afanes y desvelos hasta lograr que resultara un negocio lucrativo que les permitía vivir aunque no como ricos pero sí dentro de un elevado nivel económico.

No obstante mi padre ejerció sobre mi madre un gran dominio. No en forma áspera sino por medio del cariño y en el razonamiento basado en su facilidad de palabra y de argumentación para cualquier asunto. Ella empezaba indicándole que no debía hacer una cosa pero él siempre al final la convencía y ella accedía porque reconocía su talento, su actividad y voluntad firme para todas las cosas que decidiera emprender primero y desarrollar después.

Así mi padre comenzó primero a tomar parte en la política local de Surgidero de Batabanó siempre dentro del Partido Liberal que era uno de los partidos políticos tradicionales de Cuba enfrentándose siempre con el Partido Conservador. Él contaba con muchos amigos que se había ganado a través de su trato afable en la farmacia, porque los pescadores

que vivían en Surgidero de Batabanó cada vez que “se hacían a la mar” —como llaman en su típico argot a la tarea de pasar una temporada pescando en alta mar alejados de sus hogares respectivos— pedían a mi padre que atendiera a sus hijos en caso de enfermedad y como mi padre era un hombre muy servicial, lo hacía de esa forma sin preocuparle la parte económica, detalle que mi madre observaba previendo que aquello afectaría económicamente a la farmacia, pues como eran amigos dentro del propio partido se olvidaban de pagar las cuentas y las mismas se acumulaban afectando el buen desenvolvimiento del negocio.

No obstante las observaciones de mi madre de que no se debía mezclar la política con el negocio, mi padre continuaba en sus actividades dentro del Partido Liberal ampliando su campo de relaciones con políticos importantes que al tener que ir a las elecciones provinciales necesitaban de los votos del núcleo político de Surgidero de Batabanó que mi padre en su mayoría controlaba y cuando había algún acto político que casi siempre se celebraba en el parque principal del pueblo, mi padre ocupaba un turno en la tribuna.

Era él un hombre de palabra fácil. Sus discursos en los “mítines” tenían gran resonancia entre los asistentes cosechando fuertes ovaciones. Pero nunca logró que mi madre asistiera y cuando algunas amigas de ella le preguntaban a qué se debía su ausencia, con aquella leve y a la par maravillosa sonrisa que con frecuencia iluminaba su rostro solía responder:

—Lo que sucede es que me pongo muy nerviosa al oírlo hablar porque creo que se va a equivocar y que no va a poder seguir hablando.

Pero la realidad fue que siempre mi padre habló en los actos políticos con palabra vibrante y encendida sin que se confirmaran las inquietudes de mi madre de que se pudiera “atascar” en medio del discurso como ella sabía que le había ocurrido a

otros políticos que se quedaban en las primeras palabras y no podían terminar el discurso preparado y hasta aprendido de memoria mientras que mi padre siempre improvisaba muy bien sus piezas oratorias ganándose el aplauso de los correligionarios y las felicitaciones del resto de los organizadores del acto.

*Mi hermana y su esposo salen de Cuba y tienen que regresar*

Mientras que el avión continuaba avanzando en su vuelo a Nueva York recordé lo que le había ocurrido a Concha, mi hermana menor, y a su esposo Manolo Huete, quienes después de haber salido de Cuba se vieron en la necesidad de regresar después de haber permanecido tres semanas en Nueva York.

Manolo Huete, trabajaba junto a mí como reportero en la sección social del periódico "Información", desarrollando una labor muy eficiente. Pero yo sabía que él simpatizaba con la revolución castrista desde que estaba la misma gestándose en La Sierra. No obstante nunca hablamos a fondo sobre ese asunto.

Él es un hombre honrado, cumplidor y fiel. Sabedor de su modo de pensar yo procuraba no enviarlo a reseñar actos sociales que tuvieran relación con el régimen de Batista enviando casi siempre a Fernández Machinea, quien se sentía muy satisfecho de realizar las reseñas de dichos actos.

La crónica social de los periódicos no tiene matiz político alguno. Pero para cumplir a plenitud con el deber informativo es necesario reseñar todos los actos haciendo caso omiso al matiz o a las ideas políticas de las personas. Fue de esa forma como siempre enfoqué mi responsabilidad como jefe de las planas sociales de "Información" a lo largo de diecisiete años contando siempre con el respaldo de las figuras centrales de dicho periódico: el doctor

Santiago Claret Martí como director, periodista de amplia visión y mucho talento; Joaquín Claret Martí, su hermano, quien como Administrador sabía a plenitud cómo enfocar el asunto económico en cualquier instante; José Fernández de Villalta, Subdirector quien con sus conocimientos técnicos del periodismo desarrollaba una gran labor desde su posición; el doctor Ángel Fernández Varela, abogado, hombre de talento que rindiera una magnífica labor en cuanto a la política editorial del periódico y los compañeros Carlos Gómez e Ivan Llorente como jefes de información nocturna y diurna se responsabilizaban con la difícil tarea diaria del cierre de cada edición del periódico.

El padre de Huete era un hombre emotivo y una noche escuchando por radio un discurso del doctor Ramón Grau San Martín \*, que fuera Presidente de Cuba en dos oportunidades, bajo un impacto emocional sufrió un ataque al corazón y murió. Es posible que ese detalle lo haya situado siempre al lado del doctor Grau sabedor de las simpatías de su padre por la política nacionalista del doctor Grau San Martín, quien siempre fue el rival tradicional del general Batista.

Por eso en los primeros instantes creyó que la revolución traía un matiz nacionalista favorable a Cuba. Pero cuando observó, por las cosas que estaban ocurriendo, que se encontraba en un error, como hombre sincero cambió sus puntos de vista dando lugar a choques dentro del periódico con aquellos que allí representaban las tendencias castro-comunistas y un día chocó con Tirso, quien representaba dentro del periódico la línea roja que seguía a Castro por todas partes.

Este incidente colocaba a Huete en la acera de enfrente y eso ya era peligroso. Fue así que decidió abandonar a Cuba en unión de mi hermana Concha, quien desde soltera trabajaba en la tienda "El

\* Dr. Ramón Grau San Martín, fallecido en Cuba.

Encanto”, donde también ya ella confrontaba una situación delicada con aquellas empleadas que seguían la línea castrista como estaba ocurriendo en los distintos centros de trabajo a lo largo de toda Cuba. Era el cerco de hierro del comunismo que hacía su aparición por todas partes aprovechando el fanatismo de unos, la ingenuidad de otros y el modo acomodaticio de la mayoría.

Para no despertar sospechas que le pudieran traer complicaciones esperaron que les llegara el mes de vacaciones que ellos acostumbraban a ausentarse de Cuba pasando una temporada en los Estados Unidos. Con ese motivo tenían visa de turistas para entrar en territorio norteamericano siendo el propósito de ellos no regresar. Lo consultaron en privado conmigo y les señalé que esa era la mejor forma de realizarlo sin conflictos que les impidieran abandonar el territorio nacional.

Lo hicieron de esa forma. Volaron de La Habana a Nueva York. Entraron con visa de turista. Era el año 1959 y todavía para los cubanos no había status de refugiados. Pero como ellos no llevaban dinero suficiente para una larga estancia se dispusieron a buscar trabajo. Mi hermana es pintora. No obstante se encaminó a la línea de menor resistencia: una fábrica. En la misma le dieron trabajo y rentaron un “furnished-room” modesto para empezar a desenvolverse.

Recibí a la semana una carta de ellos donde sin darme detalles específicos me decían que estaban contentos de cómo habían podido organizar su vida en Nueva York. Pero dos semanas después ante mi sorpresa regresaron a La Habana. Cuando me reuní con ellos en la casa de mis otros hermanos Francisco Barinaga, fallecido hace dos años en Miami, y de Mary, donde también residía mi madre, me dieron a conocer lo sucedido: los habían denunciado y un inspector de Inmigración los llevó detenidos a la oficina central y allí les señalaron que

habían trabajado teniendo solo visa de turistas teniendo por ese motivo que regresar a Cuba.

Posiblemente la denuncia partió de algunos de los castristas radicados en Nueva York.

### *Incidente en los Boy Scouts*

Mi esposa abrió su cartera para extraer un pañuelo y yo vi un llavero que tenía con la "flor de lis", símbolo del escultismo mundial y ese detalle trajo a mi mente un incidente en que nos vimos envueltos.

Nosotros éramos lo que se conoce como "una familia scout". Mi esposa era Comisionada Nacional de Lobatos ocupando el lugar que durante muchos años desempeñara Mrs. Corona, la fundadora de esa rama en Cuba, quien se había retirado debido a su avanzada edad después de haber realizado una brillante labor en la organización de la misma. Era ella una señora inglesa muy culta, llegada a Cuba en plena juventud y desempeñando el puesto de institutriz dentro de la familia Gutiérrez-Falla, donde se le tenía como un miembro más de dicha familia.

Mi hijo Rolando, era "boy scout", mi hija Heldy pertenecía a las girl scouts y yo era jefe de grupo y en dos oportunidades había presidido delegaciones en el extranjero llevando la representación de Cuba a El Salvador y a Londres, donde tuve el honor de saludar personalmente a la Reina Isabel y al Príncipe Felipe, en un té ofrecido en Sutton Park, el coto de caza del Rey Enrique VIII, cerca de Londres.

Por esta circunstancia comisionaron a mi señora para que desarrollara una charla en la Hora Scout que desde hacía mucho tiempo se ofrecía los domingos en horas de la mañana en un tiempo cedido por la radioemisora CMQ. Ella con su entusiasmo característico por todas las cosas "scouts" preparó su charla y un programa especial en el que

tomarían parte otros miembros de esa institución.

Como era domingo y esa mañana yo no tenía trabajo en el periódico la acompañé. Tomé mi carro y la llevé a los estudios de la CMQ. Al llegar, mi olfato periodístico me indicó que allí las cosas no estaban desenvolviéndose con normalidad. Nos encontramos con milicianos y miembros del Ejército Rebelde estacionados en la puerta de los estudios de radio.

Llegó mi esposa y al disponerse a entrar es interceptada. Ella sacó su carnet que la acreditaba como Comisionada Nacional de Lobatos diciéndole al oficial que estaba al frente del grupo:

—Yo soy la persona designada para dirigir el programa de hoy en la Hora Scout.

El oficial con gesto fuerte, característico de los que estaban apoderándose de los puntos claves de la nación le respondió:

—Lo siento señora pero los que van hoy a dirigir ese programa ya están adentro.

Mi esposa insistió:

—Tiene que haber un error porque el Jefe Nacional Scout me designó para esta actividad y esa transmisión se ofrece siempre los domingos bajo el control de nuestro organismo oficial.

Como la persona designada para esa actividad era mi esposa y ella iba de completo uniforme como se acostumbra siempre en los casos oficiales del scoutismo yo no quise intervenir por no llevar encomienda oficial alguna. El soldado no respondió. Pero ante la insistencia de mi esposa de cumplir con su deber, le respondió:

—Mire, señora. Por sobre el Jefe de los Scouts está Fidel, que es el jefe de todos y le repito que los que van hoy a transmitir la Hora Scout están ya en los estudios para empezar y nadie más puede ya entrar.

Ante aquella situación la indignación prendió en mi esposa y al darme cuenta tomé yo la iniciativa y le dije:

—Yo soy periodista y deseo pasar a presenciar esa transmisión.

Me miró de pies a cabeza respondiéndome:

—La orden es de que nadie puede pasar.

—¿Ni los periodistas? —le pregunté para confirmar las limitaciones que ya encontraba la prensa.

—Tampoco los periodistas. Son órdenes superiores que yo tengo que cumplir.

—¿Quién dictó esas órdenes? —insistí.

—Pues el único que hoy puede dictar órdenes en Cuba: Fidel, el jefe de todos.

Aquella actuación y aquellas palabras ponían de manifiesto dos cosas: que los boy scouts de Cuba estaban ya infiltrados por un grupo de rebeldes formado por resentidos y fracasados, que usaban el triunfo de la revolución para tomar el control de esa prestigiosa institución y de que la dictadura roja estaba ya en plena actividad en Cuba.

Ante aquella situación de fuerza me retiré en unión de mi esposa. Ella por el amor que siente por todas las cosas scouts se sentía profundamente afectada y nos dirigimos a la oficina central de los boy scouts situada a sólo dos cuadras de la CMQ para informar oficialmente de lo ocurrido.

Después fuimos al parqueo situado al fondo de la CMQ donde estaba estacionado nuestro automóvil. Lo tomamos y al salir vimos venir al grupo que abandonaba los estudios de radio después de realizar su acto arbitrario sin autorización oficial alguna. Intenté detener la marcha del auto para bajarme y enfrentarme con ellos. Pero mi esposa me lo impidió sabedora de que un incidente de esa naturaleza podía traerme mayores complicaciones obstaculizando nuestra proyectada salida de Cuba.

Nosotros no habíamos podido escuchar esa mañana la transmisión de la Hora Radial Scout por los incidentes ocurridos. Pero hablando más tarde con personas amigas supimos que todo el tiempo lo habían usado para atacar y difamar a las figuras rectoras del Consejo Nacional y a nosotros en par-

ticular, siguiendo de esa forma la línea directriz del castro-comunismo de calumniar a todos aquellos que a lo largo de la vida habían realizado alguna labor constructiva dentro de la comunidad para de esa forma socavar los cimientos de las más prestigiosas instituciones que ellos aspiraban a controlar para sus planes futuros.

El viejo aforismo de "calumnia, que algo queda" era la consigna del momento a lo largo de toda Cuba.

### *Intento de asalto a mi padre*

Llevábamos ya alrededor de tres horas de vuelo y a medida que el avión avanzaba en su vuelo hacia tierras de libertad la tensión de los pasajeros iba cediendo un tanto al captar que por minutos nos alejábamos de Cuba, la tierra amada en la que día a día las fuerzas materialistas del comunismo daban un paso al frente en su afán de un dominio total de la isla por medio de su arma predilecta: el terror.

Mi esposa continuaba con la pequeña estatuilla de San Juan Bosco entre sus manos. Mientras rezaba la apretaba con fuerza como tratando de hacer tangibles las palabras inolvidables de Don Bosco a su paso por la tierra: "Fe, tened fe y veréis lo que son milagros". Nosotros teníamos fe. Esa fe en Dios que nunca nos ha abandonado a lo largo de nuestras vidas.

Y en mi mente continuaban apareciendo unas veces estampas del ayer cercano o del ayer lejano en una sucesión sorprendente a modo de película retrospectiva. Así nos vino a la mente sin que mediara nuestra voluntad un lejano recuerdo de la vida de mi padre allá en Surgidero de Batabanó.

Alrededor de las diez de la noche acostumbraba mi padre dejar salir a los empleados de la farmacia y él se quedaba solo hasta las once en que definitivamente cerraba para abrirla al día siguiente a las ocho de la mañana. Mi madre siempre iba para la

casa a las ocho de la noche para acostarnos a nosotros y preparar las cosas para el próximo día.

Pero una noche ya mi padre estaba solo en la farmacia. Había cerrado las dos puertas principales y sólo quedaba abierta una pequeña puerta por la que únicamente podía entrar una persona. Él estaba de espaldas al mostrador contando el dinero de la venta del día y de pronto sintió ruido a su espalda revelador de que alguien había penetrado por la citada puerta. Al volverse se encontró frente a él a un hombre de la raza negra que era conocido en el pueblo como hombre peligroso, adicto a lo ajeno. Tenía en su mano derecha un puñal enarbolado con gesto amenazador, y, además, mi padre observó por el tufo a bebida que había ingerido alcohol con exceso.

Como en todo pueblo de campo pasadas las diez de la noche las calles están desiertas. Sólo de tiempo en tiempo pasa alguien y el sereno —vigilante nocturno— que hace su habitual recorrido de una hora a otra sin que el mismo normalmente se vea turbado por algún acontecimiento histórico.

Mi padre sabía que estaba solo y que su situación en aquel instante era muy comprometida. Frente a él estaba un hombre muy peligroso en estado de embriaguez que lógicamente aumentaba el riesgo para la integridad física de su persona.

Así con la voz ronca y la dicción anormal del beodo con firmeza conminó a mi padre:

—Dame todo el dinero ese que tienes ahí.

Mi padre sin demostrarle temor extendió la mano y le entregó el paquete de billetes de banco que tenía cuando los estaba contando. Como cerca de la máquina contadora que era la que estaba abierta en aquellos instantes había una caja fuerte de seguridad que era donde mi padre depositaba el dinero de los cobros mayores, el asaltante afanoso de que le fuera más fructífera su labor, lo conminó a que la abriera.

Y mi padre que era un hombre de mucha agilidad

mental viendo que había surgido un ángulo un tanto riesgoso pero favorable para su persona, le respondió:

—Yo te abro esa otra caja donde hay más dinero. Pero guárdate el puñal porque como esa caja es de combinación con un puñal en la espalda no puedo pensar bien y se me olvida con facilidad la numeración.

Es posible que como la mente del asaltante estaba un tanto turbada por la ingestión excesiva de bebidas alcohólicas y pensando al mismo tiempo en el logro de una mayor cantidad de dinero en efectivo, no captó cuál era en aquel instante el propósito que perseguía mi padre.

Voluntariamente accedió y se guardó el puñal colocándolo en el cinto por dentro de la camisa que usaba. Mi padre se dirigió hacia el lugar donde se encontraba la caja fuerte de seguridad y dándole la espalda al asaltante comenzó a mover hacia un lado y otro el dispositivo numerado que marcaba la combinación por medio de la cual la podía abrir con facilidad. A los pocos instantes el sonido peculiar le reveló que había funcionado el mecanismo de combinación y movió la pequeña palanca que abría la puerta de la caja. Introdujo su mano hacia el interior simulando que iba a coger los fajos de billetes que había allí. Pero lo que en realidad aprisionó su mano derecha fue el revólver que allí guardaba y volviéndose con rapidez hacia el asaltante le hizo un primer disparo por encima de la cabeza.

Al escuchar el seco estampido de la detonación el asaltante se impresionó sin atreverse siquiera a volver a empuñar el arma que tenía en la cintura. Se volvió con rapidez para ganar la salida a la calle a la mayor brevedad posible y en ese instante mi padre le hizo el segundo disparo a sus espaldas. Con velocidad sorprendente salió hacia el exterior y mi padre le siguió atrás. Ya en el medio de la calle desierta le hizo el tercer disparo pro-

curando siempre no herirlo, ya que lo que perseguía era librarse del mismo sin mayores consecuencias ulteriores.

El ruido de los disparos conmocionó la tranquilidad del pueblo y a los pocos minutos la calle estaba llena de personas tratando de conocer lo ocurrido. Mi padre permanecía en el centro de la calle con el revólver en la mano aún humeante por los disparos. Llegó el jefe de la policía para conocer de lo sucedido y al interrogar a mi padre él se limitó a decirle:

—Fue que un sujeto desconocido trató de asaltarme dentro de la farmacia y me defendí con el revólver haciéndole huir.

Le preguntó de que si lo conocía y mi padre le respondió:

—No. Es la primera vez que lo veía. Parece que no es de aquí del pueblo.

Levantaron el acta correspondiente y todo quedó así sin mayores consecuencias aunque el día siguiente todos los comentarios estaban relacionados con el asalto y los disparos hechos por mi padre. Yo que ya era un muchacho de diez años me sentía feliz cuando escuchaba a las personas hablar sobre la serenidad y valentía demostrada por mi padre en una situación tan peligrosa.

Pasó algún tiempo y un día escuché a mi madre mientras hablaba con mi padre en relación con aquel suceso. Ella como esposa cariñosa se sentía preocupada que en cualquier tiempo el sujeto en cuestión pudiera tomar represalia y escuché claramente cuando mi padre le señalaba:

—Mira. No tengas la menor preocupación. ¿Sabes quién es la persona encargada ahora de cuidar por las noches la farmacia?

—¿Quién? —le preguntó mi madre con sumo interés.

—Pues... precisamente el hombre que intentó asaltarme la otra noche.

—No me digas —exclamó mi madre.

—Es el mismo a quien encontré el otro día en el muelle y lo llamé. Estaba sereno y no había bebido. Me dio excusas por lo ocurrido atribuyéndoselo a la bebida. Entonces lo contraté por una pequeña cantidad semanal para que fuera encargado de cuidarme la farmacia por las noches. Recuerda que el mejor policía es el delincuente cuando se le sabe dar un trato apropiado.

Mi madre sonrió satisfecha y tranquila. Besó a mi padre comprendiendo una vez más la grandeza de su talento y el conocimiento práctico que tenía sobre la conducta de los hombres en la vida.

### *Un ejército con rosarios y medallas de la Virgen*

El silencio más absoluto imperaba dentro del avión pese a que no había un solo asiento desocupado. Sólo se veían cruzar por el centro del pasillo a las azafatas y alguno que otro pasajero que se dirigía hacia la parte posterior donde se encontraban los servicios sanitarios del avión.

Mi esposa había depositado amorosamente dentro de su cartera la pequeña estatuilla de San Juan Bosco y ahora tenía entre sus manos un rosario. Este detalle trajo a mi mente el recuerdo de los días siguientes al triunfo de la revolución castrista en que los soldados del llamado Ejército Rebelde bajaban de la Sierra Maestra.

En las películas tomadas por los “cameramen” de los distintos noticiarios y que solían exhibirse a diario por la televisión y en los cinematógrafos antes de la proyección de la película principal del programa, se observaban a esos soldados con rosarios al cuello y también con medallas de la Virgen de la Caridad del Cobre prendidas en sus uniformes.

Tal parecía un ejército de cruzados que seguían las más firmes normas del catolicismo. Era algo que llamaba poderosamente la atención al captar el empeño de Castro de que el pueblo en general pen-

sara que eran soldados que respondían a las firmes normas católicas. En esos primeros instantes Castro con su astucia trataba de impresionar al pueblo de Cuba sabedor de su fidelidad religiosa demostrada a lo largo de la vida.

Aquel detalle tan acentuado y el interés puesto en que todos los miembros del Ejército Rebelde llevaran medallas y rosarios me resultaba un tanto sospechoso dándome la impresión de que se quería mantener una pantalla para que el pueblo de Cuba eminentemente católico respaldara las primeras actividades castristas en esa etapa en que aún no tenían el control absoluto del país.

Pero un día en que yo me encontraba en la iglesia de Jesús de Miramar con mi esposa observé con asombro que dos de aquellos soldados rebeldes habían entrado al templo sin descubrirse. Tenían puestas sus gorras respectivas y miraban con curiosidad hacia un lado y otro como tratando de mirar todos y cada uno de los detalles del templo. Toqué a mi esposa ligeramente en el brazo y en voz baja le señalé:

—Mira a esos dos pero sin llamar la atención.

Ella con suma discreción miró hacia el sitio que yo le indicaba y se sorprendió al igual que yo al ver a aquellos dos soldados rebeldes con las gorras puestas dentro del templo en que se estaba oficiando una misa.

Al salir hacia el lugar donde estaba estacionado nuestro auto no hicimos comentario alguno porque el temor se había ya extendido por todas partes imperando el refrán que señala que "las paredes tienen oídos".

Cuando nos encontramos solos en el interior de nuestro automóvil le pregunté:

—¿Qué te parece lo que acabamos de ver?

—Lo que siempre nos ha estado llamando la atención respecto al catolicismo de los soldados del Ejército Rebelde. Todo es una farsa porque

no existe un solo católico que verdaderamente lo sea que penetre a un templo sin descubrirse.

—Exacto. Por eso te llamé la atención cuando vi a esos dos soldados en plena misa con la gorra puesta lo que pone de manifiesto que era la primera vez que entraban a un templo. Entonces... ¿qué significan para ellos esos rosarios que llevan colgados al cuello? Nada, absolutamente nada.

—Otra de las grandes mentiras que se están poniendo de manifiesto y que la ceguera de un pueblo confiado no acaba de comprender.

Llegamos a nuestra casa y después de estacionar el auto me senté en el jardín a leer el periódico. Al poco rato pasaron dos soldados rebeldes por el frente. Me saludaron y los invité a sentarse a tomar una taza de café. No sé exactamente si eran aquellos mismos soldados que habían penetrado en la iglesia sin descubrirse. Pero mi deseo de ahondar un poco más en todos aquellos detalles que yo venía observando desde la instauración del nuevo régimen castrista comencé a hablar con ellos en forma natural a fin de que no tuvieran la menor sospecha.

Mientras ingerían el humeante café que nos había servido Zoila, nuestra cocinera, yo los observaba. Eran dos hombres del campo, sencillos, humildes, quienes no tenían la menor idea del importante papel que estaban jugando en aquellos instantes en que los tentáculos comunistas se estaban extendiendo a lo largo de toda Cuba. Les pregunté:

—¿En qué combates tomaron ustedes parte allá en La Sierra?

Uno miró al otro y respondió:

—Bueno... yo estuve en un tiroteo que hubo "celca" de un caserío.

—¿Y cuántos muertos hubo en ese combate? —le volví a interrogar.

—Bueno... el único muerto fue un burro que estaba allí en un potrero.

—¿Y usted disparó muchos tiros ese día?

—No, “polque” yo na más tenía un “machetico” a la cintura.

—¿Y ese rifle que ahora tiene ahí?

—Bueno... ese me lo dieron allá en el cuartel de Santiago antes de “venil” “pa” la “Bana”.

Con estas sencillas y a la vez ingenuas respuestas yo me estaba dando cuenta de que el cacareado Ejército Rebelde lo habían formado después del día 1º de enero de 1959 porque al interrogar al compañero me respondió:

—No. Yo no estuve en ningún combate ni en ningún tiroteo.

—¿Y qué usted hacía en Santiago de Cuba?

—“Pué”... yo trabajaba allí en un puesto de viandas.

—Y... ¿dónde les dieron esos uniformes?

—“Pué”... allí en el Cuartel. Me enteré por un amigo que a “toito” el que iba le daban “unifolme” y una escopeta y yo fui... y me la dieron. “Dispué” vine “pa” la “Bana” en el tren...

La sencillez de la confesión me resultaba impresionante. Eran gentes simples y fáciles de controlar que estaban utilizando para otra de las grandes farsas del castrocomunismo.

—¿Y fue mucha gente a buscar uniformes y armas al cuartel? —le pregunté.

—Oh, sí. A “to” el que iba le daban. “Pué” cuando se corrió la voz el cuartel se llenó de gente y éste y yo vinimos juntos en el mismo tren.

—¿Y usted no estuvo allá en La Sierra?

—No, yo no estuve allá arriba. El que estuvo fue mi compañero. Pero fue pocos días antes del triunfo de la revolución.

Miré las medallas y los rosarios que colgaban del cuello de uno y del otro. Fingiendo curiosidad les dije:

—Estas medallas y estos rosarios están muy bonitos. ¿Hace mucho tiempo que los usan?

—No... —respondió el que era más comunicativo— esto también nos lo dieron allí en el cuartel. Se

los daban a "toiticos". Tenían dos sacos así llenos y unas muchachas eran quienes nos lo daban.

Tomaron el último sorbo de café. Se pusieron de pie y siguieron calle abajo con sus flamantes uniformes, sus medallas y sus rosarios. Yo quedé allí en mi jardín meditando el bien preparado andamiaje comunista para engañar a un pueblo ingenuo y confiado.

### *Una isla de prisioneros*

Solo nos faltaba ya una hora y media más o menos para que el avión aterrizara en Nueva York. A medida que nos íbamos acercando la fuerte tensión de los primeros momentos iba disminuyendo y mi esposa volviéndose hacia mí, sonrió levemente y me dijo:

—¿Sabes quién viene también en este mismo avión?

—¿Quién? —le pregunté.

—El doctor Belisario López \* y su esposa.

—Yo no los vi al tomar el avión.

—Yo sí. Pero se me había olvidado decírtelo. Van en los asientos de la parte izquierda.

Belisario López era la figura central de una popular orquesta cubana y él siempre se distinguió como un excelente músico. Su flauta en la interpretación de los típicos danzones ponía una pincelada de cubanía que llegaba muy hondo en el corazón. Siendo músico y pese a su mucho trabajo estudió en la Facultad de Derecho y se graduó de abogado. Ya no tocaba en su orquesta dedicándose por entero a la atención de su bufete en La Habana. Ahora era uno más en la larga caravana de los que abandonábamos la tierra que nos viera nacer.

Al mirar el reloj y darme cuenta de que continuábamos acercándonos a la meta ansiada pensé que allí estaría ya nuestro querido hijo Rolando

\* Belisario López, fallecido.

esperando por nosotros en unión de Gene, el esposo de nuestra hija Heldy, quien no podía ir al aeropuerto debido a que su primera hija Joanne era una bebita y por mi imaginación apareció el recuerdo del día en que fuimos a despedir a Rolando.

Tres meses antes logramos que obtuviera en el Consulado su visa de residente con la cooperación de Paul Bethel, agregado de prensa de la Embajada Americana y de Rogelio Pujol, funcionario de dicho departamento. Junto con él otro amigo y compañero: Pepito Baret. Eran dos jóvenes que por las circunstancias reinantes en Cuba se dispusieron a abandonar la isla en busca de la libertad que allí faltaba.

No podía yo olvidar cuando lo abracé en el aeropuerto y le entregué una carta escrita especialmente para él para que la leyera en el viaje. Sabía yo en aquel instante que sus alegres años juveniles quedaban atrás y que iba a enfrentarse con la rudeza de la vida en un país que aunque amigo le era extraño. Pero mi señora y yo teníamos confianza en su capacidad, su hombría y los sólidos principios morales que albergaba en su corazón.

Era él estudiante del último año de la carrera Publicitaria en la Universidad de La Habana y trabajaba en Publicidad Guastella, organización presidida por Mariano Guastella, un viejo y fraterno amigo. Pero yo sabía el riesgo que corría en la Universidad. Allí era donde mayor peligro ofrecía para cualquier estudiante, porque el comunismo trata siempre de controlar los centros docentes y allí crean el nido de víboras que más tarde utilizan para atacar a aquellos que no se someten a sus dictámenes.

Aquel día de su partida fue duro para la familia, principalmente para sus abuelos. Sabían ellos al igual que nosotros lo que aquella partida significaba dada su juventud. Pero yo tenía confianza en sus condiciones y por fortuna no me equivoqué y hoy ya ha fundado su hogar y ocupa una posición re-

levante en J. Walter Thompson, la más grande organización publicitaria del mundo.

Me dispuse a limpiar los cristales de mis espejos y al hacerlo recordé a dos buenos amigos quienes aún en aquella fecha se encontraban en Cuba: los hermanos Tomás y Raúl Yanes, quienes lucharon intensamente en la creación de una gran institución de acentuado beneficio para las clases pobres: la Liga contra la Ceguera y que fueron calumniados para arrancarles de sus manos la institución a la que dedicaran tantos afanes y desvelos.

Recordé que unos días antes de que yo saliera de Cuba fui a la Óptica "El Prisma" propiedad de Raúl Yanes y él al verme llegar, me dijo:

—Ven para acá que te voy a reconocer la vista.

—Pero yo creo —le respondí— que todavía no necesito cambiarlos porque me los cambié sólo hace seis meses.

—No importa —me reiteró con marcada intención— es que ahora los cambiamos a los seis meses.

Me di cuenta de su intención y lo seguí hasta el gabinete de examen. Con rapidez cerró la puerta y me dijo:

—Siéntate ahí.

Me senté en el sillón de examen y él me dijo:

—Esto cada vez se pone peor y de aquí hay que irse como sea. Todo el país se va a convertir en una "isla de prisioneros" y después va a ser muy difícil salir.

—Tienes razón. Yo opino igual que tú. El comunismo es como la yerba mala que lo está invadiendo todo. Allá en la Redacción y en los talleres ha hecho su aparición. La libertad de prensa no existe. Eso de las "coletillas" es la primera arma que han esgrimido y después vendrá lo demás. Sólo quedarán uno o dos periódicos controlados por ellos nada más para sus tareas de adoctrinamiento.

Yanes se quedó mirándome con fijeza y me respondió:

—¿Sabes lo que pasó ayer aquí?

—No, porque hace varios días que no vengo por la óptica.

—Pues ayer por la mañana se me aparecieron los operarios del taller con un cuadro en el que habían puesto la “Declaración de La Habana” y me pidieron permiso para ponerla en la pared del taller. Y... ¿sabes lo que les dije? Miren, pónganla ahí al lado de la escalera para que cada vez que yo suba o baje al taller pueda escupirla.

De momento nos reímos. Pero después reaccionamos y le dije:

—Ten cuidado que eso es peligroso.

—Lo sé. Pero me dio tanta indignación que no pude contenerme y se los dije. Ellos la pusieron después en la pared del fondo porque me conocen bien y saben que si la colocan al lado de la escalera por donde yo entro y salgo del taller se la escupo aunque me lleven para La Cabaña.

Conocemos a Raúl Yanes desde hace mucho tiempo y sabemos que es hombre de decisiones firmes. Lo vimos actuar con mucho entusiasmo y entereza desde la presidencia del Club de Leones de Marianao, del Casino Español y en la Liga Contra la Ceguera, presidida por su hermano Tomás. En todas esas posiciones su labor fue intensa y fecunda. Al fin pudo salir de Cuba abandonando la óptica “El Prisma” a la que dedicara todos sus afanes y mejores entusiasmos. Ahora está establecido en Miami, donde es un refugiado más que camina con la frente alta en espera de días mejores.

### *De Batabanó a La Habana*

De nuevo los recuerdos del pasado remoto me llenaron la mente y recordé que en el año de 1922 cuando yo tenía doce años de edad mi padre al resultar electo Consejero Provincial, vendió la farmacia y toda la familia se trasladó a La Habana.

Fuimos a vivir en una amplia casa situada en el número 104 de la calle de San Francisco, en la Ví-

bora. Ya había muerto mi abuelo Gaber, cuya ausencia me había producido intenso dolor por ser siempre mi compañero en la niñez. Ya había nacido Concha, mi hermana menor, estando en esa época integrada la familia por mi abuela materna doña María, mis padres, mis dos hermanas —Mary y Concha— y yo.

En esa misma calle vivían mis tíos José Piñeiro y Lucrecia Saíenz de la Peña con sus hijos Esther, Rigoberto y Ondina. Al doblar la esquina donde ellos residían tenía otra familia cercana formada por otros tíos: Ismael Pérez y María Saíenz de la Peña con sus hijos Antonio, Ismael, Rolando, Arsenio, Nena y Rubén.

En aquella época la Víbora era un lugar muy propio para andar libremente los muchachos, y yo siempre me reunía con mis primos para ir a jugar a la pelota a la loma del Burro y también en un amplio terreno situado en Armas y Santa Catalina.

Después ingresé en el Colegio “Claudio Dumás” donde un profesor de apellido Machado se encargó de prepararme para el examen de ingreso en el Instituto de La Habana, que en esa época estaba situado en un viejo edificio ubicado en la calle de Obispo. El mismo amenazaba derrumbarse y para evitarlo el Ministerio de Obras Públicas dispuso que fuera apuntalado en todo su interior con fuertes vigas de madera. Su aspecto tenebroso hizo que los estudiantes lo bautizáramos con el nombre de “El Caserón de las Sombras”.

En esta etapa ocupaba la presidencia de la República el doctor Alfredo Zayas y había muerto en los Estados Unidos su contrincante el general José Miguel Gómez a causa de una pulmonía. El fallecimiento fue el día 13 de junio de 1921 y su cadáver trasladado a Cuba recibió cristiana sepultura en el Cementerio de Colón. Su entierro fue una manifestación de duelo de extraordinarias proporciones y mi padre que pertenecía a su mismo partido político el Partido Liberal y que era amigo personal

del general Gómez, se encontraba profundamente afectado por la muerte de tan grande figura pública.

El Gobierno del doctor Alfredo Zayas se vio en la necesidad de enfrentarse con acentuadas dificultades políticas a causa de no tener un partido importante que lo apoyara, ya que su alianza con los conservadores había sido puramente incidental. Pero el doctor Zayas era hombre de mucho talento y como conocedor profundo de los problemas de Cuba, se enfrentó a la situación planteada y a los dos años de su gobierno con decretos redactados personalmente por él en una maquinilla instalada en el tercer piso del Palacio Presidencial superó la crisis, en sus ángulos sociales y económicos, logrando un nuevo cauce para el país.

Por esa época cuando la revolución rusa tenía ya seis años de estar en el poder hicieron su aparición en Cuba los primeros amagos del comunismo bajo la dirección de Julio Antonio Mella \*, quien para sus actividades de propaganda utilizó el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana y también la Universidad, que son siempre los centros en que el comunismo empieza a manifestarse aprovechando el idealismo estudiantil en sus diversas manifestaciones.

En esa etapa alrededor del año de 1923 fue cuando Mella escribió los más ácidos panfletos contra el imperialismo americano y también utilizó la injuria y la calumnia como armas de combate contra el presidente Zayas. Siguiendo la táctica comunista penetró en la historia de Cuba atacando a la casi totalidad de sus figuras más brillantes.

Una tarde se organizó una de las tantas manifestaciones estudiantiles y yo como joven curioso fui a ese acto. Salimos del edificio del Instituto, llegamos a la Escuela de Medicina, que estaba en su viejo local de Zanja y Belascoain. Al frente de esa manifestación iba como figura máxima Julio An-

Julio A. Mella, muerto en México.

tonio Mella y recuerdo que antes de llegar a la Universidad donde iba a celebrarse un mitin en el Patio de los Laureles, vi de cerca por primera vez a Mella. Su figura alta, recia, su cabellera intensamente negra y su desenvoltura me impresionaron. Ante el asombro de todos los estudiantes que íbamos en aquella manifestación lo vimos trepar por un alto ventanal de hierro en una de las casas coloniales de la calle de Zanja y allá en lo alto sujetándose con su solo brazo pronunció una arenga vibrante con el propósito de encender el entusiasmo de la grey estudiantil antes de llegar al acto convocado en la Universidad.

Sus pronunciamientos y declaraciones encontraban resonancia en los cintillos que utilizaban los principales periódicos para aumentar la circulación. En una de esas declaraciones hizo saber Mella que ese año el presidente Zayas no concurriría a la inauguración del curso universitario, porque su presencia corrupta en el Aula Magna de la Universidad era una afrenta para el estudiantado. Pero Zayas con la calma y sangre fría que siempre lo caracterizó no se dejó impresionar por la propaganda comunista y ante el asombro de todos llegó al Aula Magna, ocupó la presidencia, hizo sonar la campanilla y con una breve pieza oratoria declaró abierto el curso. De esa forma el comunismo representado por Julio Antonio Mella perdió una batalla importante para sus planes ulteriores, porque como bien señaló con su acostumbrado talento el doctor Carlos Márquez Sterling "era Zayas mucho presidente para dejarse impresionar por un comunista".

Ante el fracaso de este propósito unos días después Mella preparó una manifestación estudiantil y se dirigió rumbo al Palacio Presidencial a lanzar piedras y a provocar a la policía. Pero Zayas al darse cuenta de lo que ocurría salió al balcón y vio avanzar al estudiantado seguido de mucho pueblo. En ese instante con su serenidad inalterable dio órdenes específicas a uno de sus edecanes para que

los estudiantes nombraran una comisión que él iba a recibir dentro de Palacio. Los muchachos no aceptaron y señalaron: "Subimos todos, o no sube ninguno". Ante el asombro de sus colaboradores más cercanos Zayas dio la orden de que subieran todos. En aquella situación el jefe de la policía le indicaba que era un peligro dejarlos subir. Pero Zayas con su talento extraordinario respondió: "Déjelos subir que con esos jóvenes viene otra época".

Fue en esta etapa donde el comunismo hizo sus primeros intentos desarrollando una labor subversiva que aprovechando distintos momentos de la historia republicana de Cuba comenzara alrededor de 1923 para tener su culminación treinta y seis años más tarde en 1959 teniendo como figura central a Fidel Castro, quien traicionando la buena fe de un pueblo y de nutridos grupos estudiantiles entregara a Cuba en bandeja de plata al comunismo internacional centralizado en Moscú y Pekín.

En el año de 1927 me gradué de bachiller en Ciencias y Letras. Ingresé en la Escuela de Medicina porque mi padre deseaba que yo fuera médico. Por no tener vocación abandoné este empeño y me matriculé en el año de 1929 en la Facultad de Derecho. El día 30 de setiembre de 1930 me uní a una manifestación estudiantil que salió de la escalinata principal de la Universidad. Al llegar la misma al Parque Eloy Alfaro fue interceptada por la policía muriendo en el encuentro Rafael Trejo, que era amigo mío desde el Instituto y compañero de curso en la Facultad de Derecho.

### *Mis esfuerzos por salir de Cuba*

Mientras el avión continuaba acortando la distancia entre La Habana y Nueva York vinieron a mi mente los recuerdos de los esfuerzos realizados por salir de Cuba.

Cada día llamaba al teniente Morive por teléfono para que me indicara cómo estaban las investiga-

ciones en relación con mi persona y él invariablemente me respondía:

—Todavía no se han terminado.

Así yo continuaba en mi empeño de que se avivaran las investigaciones sabedor de que mi limpia conducta de siempre me amparaba. Pero ante mi insistencia la respuesta era exacta:

—Todavía no se han terminado.

Como es humano pensar los días iban pasando y yo me daba cuenta exacta de que no habían encontrado absolutamente nada en contra de mi persona. Pero no desconocía que cuando los comunistas no encuentran un cargo, lo fabrican, lo inventan y la prueba estaba en la forma en que Castro actuaba. Varias veces su índice acusador se lanzaba contra una persona o contra una clase basado exclusivamente en un papel que él sacaba en una de sus tantas peroratas ante las cámaras de la televisión diciéndole al pueblo:

—En esta carta está la prueba de nuestra acusación.

No existía prueba alguna. Era la forma en que los comunistas se manifiestan cuando desean lanzar paletadas de lodo contra cualquier persona para más tarde llevarla acusada ante los tribunales y disponer de la misma a su entera disposición.

Fue así que una noche hablando con mi esposa le dije:

—Mira, aquí en Cuba están funcionando tres paredones: el moral, el económico y el físico. Primero llevan a cualquier persona ante el paredón moral poniéndola ante la picota pública lanzándole una descarga de insultos; después ante el paredón económico despojándola de todos sus bienes materiales y por último si lo desean así la llevan ante el paredón físico disparándole una descarga el pelotón de fusilamiento.

Mi esposa comprendió lo que yo le estaba indicando al hablarle de los "tres distintos paredones". Se había montado ya el andamiaje del terror. To-

das aquellas personas que ellos suponían que por alguna razón no eran adictas al régimen estaban siendo perseguidas de una forma u otra. No hacían las cosas a rostro descubierto porque aún no se sentían con dominio absoluto de la situación. Pero trataban de dar cada día un paso más para lograr su propósito final: el control de Cuba entera. Por eso iban con mucha cautela a fin de no correr el riesgo de que aun sin tener el control absoluto en sus manos pudieran dar un paso en falso y tener que enfrentarse con la rebelión del pueblo.

Viendo la forma en que se iban desarrollando los acontecimientos fui a la Asociación de Reporteros y me entrevisté con José Aníbal Maestri \* viejo periodista que me conocía muy bien por haber sido compañeros en "Información". En esos momentos él era Jefe del Buró de Prensa del Ministerio de Comercio, donde el doctor Cepero Bonilla \*\*, fungía como Ministro. También él me conocía personalmente y antes del triunfo de la revolución en distintas oportunidades nos reuníamos por las noches a jugar dominó en la residencia campestre del doctor Arturo Bengochea, quien había sido profesor mío en la Universidad de La Habana. También algunas noches iba Ulises Carbó, hijo de Sergio Carbó, director del periódico "Prensa Libre", amigo y compañero de mi mayor estimación.

Al entrevistarme con Maestri le señalé:

—Vengo a visitarte porque en verdad me encuentro en una situación muy delicada...

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Pues que mi nombre está en la lista de las personas a quienes se les impide la salida de Cuba hasta que termine una investigación y yo llevo meses insistiendo en esa investigación, pero no terminan nunca.

—¿Quién te está haciendo la investigación?

\* y \*\* El doctor Cepero Bonilla y Maestri murieron en un accidente de aviación en Sudamérica cuando iban hacia un congreso azucarero.

—Es el teniente Morive.

—Yo lo conozco. Vamos allá esta tarde que yo le voy a hablar y a garantizar tu persona.

Por la tarde fui a la casa de Maestri en La Sierra a recogerlo y en mi propio automóvil fuimos al despacho del teniente Morive. Cuando llegamos Maestri le pasó su tarjeta y al poco rato llegó un subalterno invitándonos a pasar. Al verme el teniente Morive se sorprendió. No esperaba que yo fuera con Maestri. Pero me saludó con una leve sonrisa. Nos sentamos y Maestri le dijo:

—Teniente, yo conozco a Saíenz de la Peña desde hace muchos años y hemos trabajado juntos en el mismo periódico. Él me dijo que tenía una investigación pendiente aquí y yo vengo a declarar en su favor, porque sé que es un hombre de vida limpia.

Morive se echó atrás en la butaca que ocupaba y le respondió:

—Yo no dudo que eso sea cierto. Pero la investigación que se está haciendo sobre su persona aún no se ha terminado.

Yo intervine y le aclaré:

—Usted sabe que yo soy el primero que quiero una investigación exhaustiva sobre mi persona. Pero ya han pasado muchos meses y no se ha terminado.

Y él intervino diciendo:

—Lo que sucede es que usted ha sido cronista social...

Lo interrumpí aclarándole:

—Y lo soy aún y no deseo dejar de serlo.

Él se quedó mirándome con fijeza y yo continué:

—¿Es acaso un delito ser cronista social? Esa es una posición como otra cualquiera dentro del periódico.

—Sí, pero usted reseñaba las fiestas del gobierno de Batista y de la gente de la alta sociedad.

—Es cierto, yo no lo niego. Como periodista

profesional estaba cumpliendo con mi deber de informar cubriendo ese sector.

Sacó un cigarro y lo encendió. Yo continué:

—El compañero Maestri reseñaba en mi periódico los sucesos policíacos y no es ni policía, ni delincuente. Es sólo un profesional que cubre un sector determinado dentro del periódico. Hace muchos años en “El Crisol” primero y en “Prensa Libre” después yo era redactor jefe de las planas de espectáculos y no era artista. Sólo periodista igual que lo soy ahora. Nada más.

Le dio una fumada a su cigarro, lanzó una bocanada de humo y me respondió:

—Bueno... yo tomaré en cuenta las palabras del amigo Maestri y cuando sepa el resultado de la investigación yo le avisaré.

—¿No será mejor que yo le llame cada dos o tres días?

—Tiene usted mucha prisa en esto. Pero eso no va a acelerar la investigación que lleva su curso correspondiente.

Me di cuenta de que el Estado Policiaco estaba funcionando y que resultaba muy difícil alejarse de sus garras. La actitud siempre era la misma. El propósito también. Yo me encontraba en esos instantes lo mismo que millares de ciudadanos en Cuba bajo el imperio del terror utilizado siempre por el comunismo para lograr el dominio de un pueblo.

Al marcharnos Maestri insistió:

—Bueno, teniente, ponga de su parte para que la investigación se termine lo antes posible.

—Es que no está sólo en mis manos. Hay que esperar los informes.

Sonrió y en aquella sonrisa comprendí cuál era mi situación en aquellos momentos.

## *Problemas en la Editorial "Juventud"*

Yo deseaba que mis hijos Hedy y Roly aprendieran a desenvolverse solos en la vida y con ese motivo les fundé una revista titulada "Juventud" en recuerdo de un magazine al que yo había pertenecido cuando tenía alrededor de veinte años.

Era una publicación mensual que ellos atendían con verdadero cariño y en un local que arrendé en la Quinta Avenida esquina a 84, en Miramar, les monté la redacción y el taller. Como se trataba de una revista mensual ellos también utilizaban el taller para hacer distintas clases de impresos ya que las máquinas instaladas podían imprimir en color también.

En el taller trabajaban cuatro obreros pertenecientes al Sindicato de Artes Gráficas y en la parte administrativa prestaba su colaboración una amiga de la familia, África Feros, quien aunque no tenía con nosotros lazos de sangre sí los tenía espirituales y la consideramos siempre como un miembro más de nuestra familia. Ella trabajaba en la Editorial con lealtad ejemplar preocupándose siempre porque la misma progresara dado el cariño que ella sentía por nuestros hijos.

Cuando observamos la línea que tomaba el movimiento revolucionario que se había apoderado del país y como la libertad de prensa cada día se veía más afectada pretextando problemas económicos, dejamos de publicar la revista "Juventud" indicándoles a los miembros del taller que reiniciaríamos su publicación cuando mis hijos Hedy y Roly regresaran a Cuba ya que en esos momentos se encontraban en los Estados Unidos y mi trabajo en el periódico "Información" me impedía atenderla como era debido. Fue así que "Juventud" dejó de editarse voluntariamente.

Ya dentro del taller de "Juventud" la actividad comunista comenzaba a manifestarse con el deliberado propósito de apoderarse del mismo y un día

que mi esposa estaba sentada en el pequeño saloncito que era utilizado por los clientes para esperar que le terminaran algún trabajo observó que en el taller había una persona extraña, que hablaba con los obreros sobre demandas a la empresa. Como dicha persona no conocía a mi esposa pensaba que se trataba de una cliente y no se ocupó de guardar la discreción correspondiente.

Esa noche al regresar en horas de la madrugada de mi trabajo en "Información" encontré a mi esposa despierta esperándome. Me dio los detalles pormenorizados de las cosas que había oído que hablaban los obreros del taller de la editorial y me dijo:

—Parece que esa persona es miembro del sindicato y cuando hablaba yo observé que Abreu le hacía señales de que no siguiera hablando porque él como operario del taller se daba cuenta de que yo estaba allí sentada. Pero ese individuo no se dio por enterado y siguió hablando de un pliego de demandas que te van a presentar.

Yo comprendía la natural inquietud de mi esposa y la tranquilicé un tanto diciéndole:

—Lo que dices es cierto. Precisamente un operario que trabaja allá en el taller de "Información" y es buen amigo mío me impuso de todo hoy por la tarde. Él estaba en el local del sindicato de Artes Gráficas y allí supo de que estaban preparando un pliego de demandas para presentármelo. Por eso me lo vino a decir para que no me sorprendieran.

—Entonces —me respondió mi esposa— eso coincide con lo que yo estuve oyendo hoy.

—Claro. Es una vieja táctica comunista de presentar demandas que hagan incosteable un centro de trabajo para después apoderarse del mismo con mayor facilidad. Pero como ya tú sabes que tenemos a los "muchachos" fuera de Cuba y en cuanto yo pueda arreglar mi asunto para poder salir del país, nos vamos así es que no te preocupes por ese

asunto que sabemos que todo nuestro trabajo de toda una vida está perdido.

Mi señora comprendió y bajó la cabeza. Suspiró hondamente y cuando levantó el rostro hacia mí, gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Su dolor de madre y de esposa era profundo. Pero lo aceptaba con valentía. Se enjugó las lágrimas y comentó:

—Las cosas materiales poco importan. Vamos a salvar las espirituales que son en definitiva las que tienen un verdadero valor.

Dos días después una tarde llegaron a mi casa Luis y Abreu —dos miembros del taller de la Editorial a los cuales siempre habíamos dado nuestro apoyo y protección— y me dejaron un sobre cerrado dirigido a mí. Era lo que esperaba. Un pliego de demandas.

Lo abrí y comencé a leerlo. Estaba muy mal redactado, y lleno de faltas de ortografía. Pero todas y cada una de las demandas que venían en el mismo llegaban hacia un mismo propósito: la incosteabilidad en el futuro de aquel centro de trabajo donde ellos ganaban hasta ese momento el sustento y donde habían recibido un tratamiento humano por parte de mis hijos contando en todo instante con nuestro respaldo económico, porque en las etapas en que el trabajo no era suficiente para cubrir la hoja de gastos nosotros de nuestro peculio la nivelábamos para que la Editorial pudiera cubrir sus compromisos económicos.

No sólo había demandas sino algunos párrafos ofensivos en los que señalaban que yo no estaba trayendo en los últimos meses trabajo suficiente para que el negocio prosperara y que lo hacía con el propósito de que el taller quebrara. Lo que ocurría es que ellos con su ceguera de personas sin visión amplia de las cosas no captaban que ya las actividades comerciales del país se estaban viendo afectadas por la penetración comunista a lo largo de toda la isla, dando lugar a que los trabajos mer-

maran y los distintos negocios se vieran afectados hasta el máximo.

Al día siguiente fui al taller y les propuse convertirlos a todos en socios del negocio para repartir entre ellos las grandes "utilidades", que yo disfrutaba hasta esos instantes. Aceptaron con mucho entusiasmo y se convirtieron en "dueños" también del negocio. Al correr del tiempo comprendieron la triste realidad porque las supuestas "utilidades" no aparecían por ninguna parte.

### *La Escuela Pública afectada por el comunismo*

Menos de una hora de viaje nos separaba de Nueva York y ya aquel silencio impresionante que se mantenía entre los pasajeros iba desapareciendo. Hasta mis oídos llegaba el vago rumor de la conversación sin captar lo que se hablaba ya que pese a que el avión se acercaba a su destino la preocupación de los pasajeros en cuanto a su seguridad personal no había desaparecido en su totalidad. Yo miré hacia mi esposa y recordé una serie de episodios interesantes en relación con su profesión de maestra y que fueron determinantes en la decisión del abandono de nuestra patria.

Durante diecisiete años ella había sido profesora de inglés en una Escuela Nocturna primero y después en una Escuela Primaria Superior. Ella amaba el magisterio. Cuando nos casamos en el año de 1936 ella trabajaba en la tienda "El Encanto" y dejó dicho trabajo para terminar sus estudios en la Escuela Normal para Maestros de La Habana y en el año 1936 cuando estaba al nacer nuestra primera hija Heldy, ella estaba realizando los exámenes finales, porque siempre amó su profesión apoyada en su vocación para el magisterio.

Cuando el triunfo de la revolución ella era profesora de inglés en la Escuela Primaria Superior "Simón Bolívar", en La Habana. Precisamente en el nivel de esa escuela fue donde primero se sintió

el impacto de la Reforma Educacional en Cuba. El plan puesto en acción era de "re-estructuración" pero la desorganización fue tan grande al fundir dos escuelas en una que infinidad de maestros quedaron excedentes.

Entre esos profesores figuraba mi señora, quien estuvo cobrando sin trabajar por espacio de seis meses hasta que fue relocalizada en otra escuela. La misma la situaron en el edificio que ocupaba la Séptima Estación de Policía, en la calle de Belascoain casi frente al Ministerio de Salubridad. El edificio era bueno. Pero como fue construido para cuartel no ofrecía las características adecuadas para un plantel de enseñanza. La acústica era muy mala y como estaba situado en una calzada de mucho tránsito de vehículos, los profesores debido al intenso ruido tenían que dar las clases a gritos sintiéndose al final agotados y afectados de las cuerdas vocales mientras que los alumnos también se afectaban al no poder captar muchas de las palabras de los profesores.

En este tipo de escuelas primarias superiores las edades del alumnado fluctúan entre los trece y los dieciocho años. Como este nuevo local estaba situado muy cerca de la CTC (Confederación de Trabajadores de Cuba), ya dominada por los comunistas en ese año de 1959 cada vez que tenían una concentración enviaban un delegado para que fueran los alumnos a aumentar el número de integrantes de la misma a fin de dar la sensación de que contaban con una mayoría abrumadora y como eso divertía a los jóvenes que no captaban el significado de su actuación se iban hacia la misma afectando el natural desenvolvimiento de aquel centro educacional. Todo esto lo observaba mi esposa y cuando llegaba a la casa me decía:

—Esto cada día marcha de "mal en peor". La disciplina dentro de la escuela está afectada y los maestros estamos confrontando una situación muy difícil.

Para agravar el problema dentro de la escuela designaron administrador de la misma a un joven revolucionario. Era un joven cuya edad era alrededor de los 25 años. Pero sin mayor educación. Me contaba mi esposa que usaba siempre revólver al cinto, cosa no propia del cargo que desempeñaba y continuamente se jactaba de que había en cierta oportunidad estado preso en unión de Fidel Castro, cosa que para él en aquellos momentos era como una condecoración que llevaba con mucho orgullo colgada al pecho.

Por las facultades que le confería el cargo que desempeñaba y para el cual no tenía capacidad alguna, se dedicaba a conocer los datos personales que figuraban en los expedientes personales del cuerpo de profesores y continuamente hacía insinuaciones sobre el catolicismo de los maestros, principalmente después que en las iglesias un domingo se leyera la "Carta Pastoral" que daba a conocer la posición de la iglesia frente al comunismo y al iniciarse la semana estaba averiguando quienes eran los maestros que al asistir a misa habían escuchado la citada "Carta Pastoral".

Un día mi señora salió de la escuela y yo la recogí en mi automóvil para llevarla hasta la casa. Al notar que estaba un tanto disgustada le pregunté qué era lo que ocurría y me dijo:

—Del Ministerio de Educación mandaron hoy un cuestionario con preguntas científicas muy interesantes pero al final viene un cuestionario con preguntas basadas en el historial revolucionario de cada maestro... Quieren saber qué tipo de cooperación prestó cada maestro a la revolución y que si hemos desarrollado alguna actividad entre grupos juveniles.

—¿Y qué contestaste tú?

—Pues, la verdad. Yo no presté ninguna cooperación a la revolución. Pero sí he trabajado para grupos juveniles dentro de los Boy Scouts.

—Está bien. Esa es la verdad.

A los pocos días le llegó una comunicación del Ministerio de Educación dándole a conocer que había sido designada "profesora guía". Ella no le prestó mayor atención a este asunto. Pero ya entre el grupo de maestras comenzaba a florecer la desconfianza como ocurría en todos los centros de trabajo del país. Poco a poco comenzaron a notarse la ausencia de profesoras que pedían licencia y no volvían al trabajo. Nadie decía nada, ni se hacía el más leve comentario sobre este detalle siendo la realidad que ya comenzaba el éxodo de maestros hacia el extranjero.

Un día le llegó a mi señora una citación para una Asamblea de Profesores Guías de la provincia de La Habana. Ella tuvo que asistir porque de no hacerlo cometía una falta grave y en dicha asamblea habló un funcionario del Ministerio de Educación, quien comenzó destacando la importancia de la función de los maestros guías en lo referente al alumno. En los primeros momentos se ganó la atención de los maestros reunidos en la asamblea. Pero al final cuando señaló que los maestros tenían que someterse a un cursillo de adoctrinamiento revolucionario para después trasmitirlo al alumnado, se notó la inquietud de los profesores allí reunidos y otro funcionario que estaba junto al que informaba al notar la reacción de los que estaban escuchando el informe, se puso de pie y gritó:

—Y al que no le guste... ¡paredón!

Y la asamblea terminó al grito de "Paredón... paredón... paredón..."

Mi señora regresó indignada con lo que acababa de ocurrir en aquella asamblea convocada por el Ministerio de Educación que terminara con el grito de guerra favorito de los comunistas para llevar el terror a todos los sectores de la nación. Su reacción contra aquello era tan fuerte al sentirse profundamente herida en su condición de maestra que ha dedicado toda una vida a la enseñanza de sus alumnos, que ni siquiera quiso sentarse a la mesa. Fue

para su habitación, encendió el equipo de aire acondicionado a la más baja temperatura y se acostó, porque sentía —según sus propias palabras— “que la sangre le hervía en las venas” al darse cuenta de cómo estaban penetrando a fin de adoctrinar a la juventud cubana.

Cuando yo regresé del trabajo aún no se había podido dormir. Sólo había ingerido un vaso de leche y estaba esperando por mí para contarme todo lo sucedido en la asamblea. Entre otras cosas me dijo:

—Figúrate que entre el adoctrinamiento figura el diagrama y la forma en que debe usarse un rifle. También nos piden que les enseñemos a los muchachos que no deben leer tiras cómicas ni las “estúpidas” novelas policíacas del FBI y también a organizar círculos de jóvenes para un mejor adoctrinamiento.

Se detuvo un instante y finalizó:

—Lo ocurrido hoy en esa asamblea es indignante y yo no puedo enseñarle a mis alumnos lo que yo no siento. Así es que ya tú lo sabes: cuanto más pronto nos vayamos de Cuba, mejor. Yo estoy dispuesta a todo.

### *En peligro con los cocodrilos*

A medida que el avión se acercaba a Nueva York los nervios ocupaban un primer plano y con objeto de calmarme un poco, encendí un nuevo cigarrillo y para distraerme tomé una revista comenzando a mirarla por segunda vez.

En una de sus planas me encontré con el anuncio de una fábrica de calzado que anunciaba zapatos y carteras de piel de cocodrilo. En la parte superior estaba dibujado un cocodrilo con la boca abierta y por asociación de ideas esa imagen me trajo a la mente un recuerdo del pasado remoto en la etapa de mi niñez.

Pese a que yo sentía mucho respeto por mi madre, un día, embullado por dos amigos muy queri-

dos —Juanito Fraga y Pelayo Samalea— me fui a las afueras del pueblo de Batabanó donde había un río de no mucha profundidad que llamaban la Zanja de Don Mariano. La misma estaba como a un kilómetro de distancia del centro del pueblo. Un sendero solitario conducía a ese lugar rodeado de una vegetación primaria de mangles. Íbamos entusiasmados para bañarnos en lugar ya conocido por los dos amigos que me animaron para emprender aquella aventura.

Me decían que como había llovido fuerte la noche anterior la zanja tendría más agua que otras ocasiones y que podíamos nadar en una poceta que estaba cerca del puente que los peatones usaban para cruzar de un lado al otro. Era un lindo día de sol y yo había pedido permiso para ir a jugar a la pelota con mis dos amigos. Pero el plan trazado era otro distinto.

Mientras nos dirigíamos a dicho lugar íbamos saltando alegremente los charcos de agua que encontrábamos en el camino y lanzando piedras a las ratas y los lagartos que abundaban por aquel lugar. La aventura era fascinante para los tres y cuando llegamos al lugar solitario nos quedamos impresionados por la belleza de la poceta donde nos íbamos a bañar. La misma estaba como a unos veinte metros del puente. Miramos hacia todas direcciones y no vimos venir a nadie. Con rapidez nos ocultamos en lugar bastante apartado donde la vegetación era un tanto espesa y allí nos despojamos de toda la ropa y de los zapatos. Como no teníamos trajes de baño los tres, con alegría propia de los diez años de edad, nos lanzamos a nadar en la poceta que no era muy profunda.

Estábamos excitados y alegres disfrutando de aquella aventura sin pensar siquiera en las consecuencias que la misma nos podía traer en cualquier instante. Cuando más entusiasmados nos encontrábamos, levantamos la vista y frente a nosotros estaba

un hombre, de pie, a la orilla de la poceta, quien nos preguntó:

—Muchachos... ¿Cómo es que ustedes se están bañando ahí? ¿Sus padres lo saben?

Pelayo Samalea que era muy comunicativo le respondió:

—Cállese, señor, que nos estamos bañando escondidos.

—Pero... ¿Ustedes no saben que en esta zanja hay cocodrilos que salen cuando hay llenante?

—Nosotros hasta ahora no hemos visto ninguno —respondió Juanito Fraga.

—Claro —contestó el marinero— porque si los ven no hace el cuento ninguno de ustedes. Salgan de ahí porque ahora yo voy para el pueblo y si no salen le voy a avisar a sus padres, porque yo a ustedes los conozco muy bien. A los tres y sé quienes son sus padres.

Ante aquella amenaza salimos hacia el lugar donde teníamos escondida la ropa, en un zarzal, y nos pusimos a secarnos al sol porque no teníamos toallas con qué secarnos. Al ver que le habíamos obedecido el marinero se marchó. Al poco rato cuando lo perdimos de vista, Pelayo que era el más activo de los tres, nos señaló:

—Vamos para el agua otra vez que ya el marinero se fue y no va a decir nada.

Como el sol estaba fuerte y había calor, el agua fresca invitaba a la aventura. Los tres volvimos a la poceta y como a la media hora de estar chapoteando allí, nos quedamos paralizados los tres al ver acercarse hacia nosotros algo que nos resultaba peor que los cocodrilos. Eran nuestros padres, quienes venían a “paso de carga” y con el cinturón en la mano cada uno. Al verlos salimos del agua con rapidez. Pero ellos fueron más ligeros que nosotros y comenzaron a darnos correazos y nosotros después de recoger apresuradamente la ropa de cada uno, soportando aquellos “cintarazos”, salimos

corriendo y ellos detrás de nosotros pegándonos con el cinto hasta la misma entrada del pueblo.

Allí dejaron de pegarnos y nos conminaron a vestarnos. Los tres llorábamos y pedíamos que nos perdonaran. Pero ellos sabedores del riesgo que habíamos corrido en aquella aventura cerca de los cocodrilos siguieron pegándonos después de habernos vestido, ya que deseaban que el correctivo fuera lo suficientemente fuerte para que nunca volviéramos a aquel lugar donde había tanto peligro para nuestras vidas.

A mí como penitencia adicional me prohibió mi padre asistir al cine durante un mes y por las tardes cuando regresaba del colegio me ponía a fregar pomos en la parte posterior de la botica. Era una tarea bastante pesada para un muchacho de diez años pero que tuve que realizar a plenitud.

Dos días después llegó al pueblo la noticia de que en aquel mismo lugar donde habíamos estado de aventura los tres amigos unos pescadores habían cazado a tiros de rifle a dos cocodrilos que estaban ocultos debajo de las plantas acuáticas que había junto al puente y mi padre me llevó a verlos advirtiéndome:

—Mira el tamaño de la boca de ese animal. De una sola dentellada te corta en dos pedazos.

Así comprendí que los correazos recibidos y la penitencia impuesta por él estaban justificadas a plenitud.

Por fortuna Abelardo, un primo a quien siempre he querido mucho desde niño, vino a pasarse una temporada en mi casa y la penitencia se me hizo más llevadera porque jugábamos juntos en la casa aunque después de algún tiempo bajo la promesa de no volver a aquel sitio se me permitió continuar mi vida normal de ir al colegio y jugar con mis primos y mis amigos.

## *Conflictos en los cines*

La euforia de los primeros momentos de la revolución castrista comenzó a verse un tanto opacada con algunas manifestaciones de rebeldía que se ponían de relieve en los cines.

Todavía en los primeros momentos permitían exhibir películas de las principales firmas productoras norteamericanas y los que ya se estaban dando cuenta de que todo aquel engranaje revolucionario era una farsa y que las cosas iban derivando hacia el comunismo disfrazado en los primeros momentos de socialismo.

Una noche mi esposa y yo fuimos al cine "Rodi" situado en la calle Línea, en el Vedado. Esa noche se había reunido una gran cantidad de público para ver una película en relación con la segunda guerra mundial y cada vez que aparecían las tropas americanas el público comenzaba a aplaudir.

Por momentos iba aumentando la tensión y mi esposa que ya se sentía inquieta por la forma en que se estaban desarrollando los acontecimientos recordando también los diversos problemas que ya nosotros habíamos tenido me dijo al oído:

—Vámonos que aquí puede pasar algo grave esta noche y si en cualquier momento nos vemos complicados en un asunto de esta naturaleza nuestra salida se nos va a hacer más difícil.

Yo comprendía que ella tenía razón. Pero yo tenía curiosidad como periodista en conocer de cerca la reacción de las primeras manifestaciones de rebeldía y tal como ella se lo imaginaba sucedió: cuando al terminar la película apareció la bandera americana la reacción del público fue intensa, comenzando a aplaudir mientras que algunos empleados del cine adictos al régimen castrista llamaban a los milicianos y soldados rebeldes para desalojar el teatro.

Ante aquella situación acertamos a abandonar el teatro por una de las puertas laterales de escape

en caso de incendio y por fortuna pudimos salir sin ser detenidos. Pero cuando llegaron varios carros de la policía y otros de milicianos y soldados el aspecto del asunto cambió totalmente siendo detenidos muchos de los espectadores a los cuales se les acusó de actividades contrarrevolucionarias.

Esas primeras manifestaciones de rebeldía comenzaron a escucharse en la casi totalidad de los cines. En unos con mayor violencia que en otros. Pero era un síntoma de que ya muchos estaban abriendo los ojos al conocer la realidad de lo que estaba sucediendo a lo largo de la isla. Pero comenzaron a tomar medidas para impedir que esas cosas continuaran ocurriendo y determinaron que no se exhibieran películas americanas de guerra. Después impidieron que se proyectaran otras películas que llevaran el sello de las productoras norteamericanas.

Una noche en que yo había ido a la Sala "Arlequín" donde se encontraba actuando la compañía de comedias españolas de Alejandro Ulloa me encontré con el representante de dicha compañía. Él estaba parado a la entrada de dicha sala que está situada en La Rampa y comenzamos a hablar de distintas cosas en relación con la temporada que en dicha sala estaba ofreciendo el mencionado primer actor español a quien yo había presentado en el teatro "Auditorium", propiedad de la Sociedad "Pro Arte Musical", en el Vedado.

Cuando hablábamos vimos venir un nutrido grupo de milicianos por el centro de la calle 23 marchando rumbo al Malecón. El público que en esos instantes paseaba por La Rampa se detenía en las amplias aceras para verlos pasar. Ellos iban muy airoso tratando de seguir las voces de mando de oficiales del Ejército Rebelde que los dirigían en aquellas actividades.

La persona que hablaba conmigo —don Pedro Díaz— se quedó observando aquel espectáculo. Me miró y movió la cabeza en señal de cierta inquietud. Me agarró por un brazo y me llevó hacia una

parte en que nadie podía escucharnos y comentó:

—Le digo a usted que este asunto no me gusta nada. Esto mismo lo presencié yo en Madrid antes de la guerra civil y lo conozco muy bien. Detrás de todas estas cosas está el comunismo.

—¿Usted cree? —le pregunté para que continuara informándome.

—Estoy seguro y los días que aguardan a Cuba van a ser muy malos. Todo lo de los comunistas obedece a un mismo patrón, y yo ese patrón lo conozco muy bien. Mañana mismo voy a arreglar el asunto de mi pasaje y me regreso a España. Yo aquí no me quedo y lo siento por ustedes los cubanos que son muy buena gente pero con lo que acabo de ver me doy cuenta de que al igual que en España hay millares de engañados.

Efectivamente tres días después abandonó Cuba y no volví a saber de él. Pero estoy absolutamente seguro de que si en cualquier instante nos volviéramos a encontrar me pondría la mano en el hombro y me diría:

—¿Recuerda lo que le dije aquella noche? ¿Lo ha visto usted?

También tuve otra experiencia de ese tipo relacionada con otro amigo español figura central de la compañía de operetas y zarzuelas que lleva su nombre. Me refiero a Faustino García, quien estaba brindando en los primeros tiempos de la revolución castrista una temporada en el teatro "Martí", situado en la calle de Dragones, en La Habana.

Una noche hablamos y se puso de acuerdo conmigo para hacer una temporada de abono en el teatro "Auditorium", en el Vedado. Como las señoras que integraban la directiva de la Sociedad "Pro Arte Musical" en otras oportunidades me arrendaron el teatro para actividades artísticas, accedieron nuevamente y comenzamos a preparar dos semanas de actuación de la compañía de Faustino García en dicho teatro.

Las carteleras anunciaban ya la obra del debut:

“Luisa Fernanda”, la zarzuela de Moreno Torroba y una tarde vino Faustino García a mi oficina del periódico “Información” a comunicarme algo de mucha importancia. En privado me dijo:

—Mire, usted, yo conozco esto mejor que todos los cubanos por haberlo vivido en España. Vengo a que usted cancele la temporada porque yo me marcho con mi compañía para debutar en Costa Rica. Lo de aquí es comunismo y yo no quiero que el problema me agarre dentro de Cuba, porque después va a ser muy difícil salir.

Y así lo hizo. Se marchó con su compañía y no regresó más.

### *Falta de confianza entre amigos y compañeros*

Los distintos acontecimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios iban dividiendo a los familiares, los amigos y los compañeros. En el seno de la familia ya había opiniones distintas y lo mismo ocurría entre los amigos y los compañeros en los distintos centros de trabajo.

Yo continuaba cumpliendo con mi deber profesional dentro del periódico “Información”, donde también los amigos y compañeros de otras épocas comenzaron a dividirse. Esto se observaba con mayor agudeza cada vez que se celebraba alguna asamblea en que por la forma de manifestarse los allí reunidos se captaba a qué lado se inclinaban sus sentimientos en aquellos instantes.

La figura más destacada entre el grupo de los “fidelistas” era Tirso Martínez, el fotógrafo convertido de la noche a la mañana por el respaldo de la revolución en Decano del Colegio Nacional de Periodistas. Eso lo hacía que dentro del periódico se manifestara como un personaje de gran relieve aunque en el fondo él se daba cuenta de que tenía el desprecio de la mayoría de los integrantes de la redacción del periódico.

La camaradería de otras épocas. Esa camaradería

tan propicia entre los hombres que dentro de un periódico realizan labores tan diversas y a la vez responsables, se había terminado. Varios de los compañeros vestían el uniforme de miliciano y tenían que soportar en los primeros momentos las bromas de que eran objeto. Pero a medida que el control revolucionario fue ganando más fuerza, ellos comenzaron a manifestarse en forma bien distinta haciendo que los integrantes del grupo opositor ni siquiera nos acercáramos a ellos limitándonos a breves palabras de saludo. Ya la división se manifestaba allí abriendo ancha zanja difícil de salvar en un momento determinado.

Uno de los compañeros más cordiales dentro de la Redacción lo era Julio Quintana y cuando una tarde llegó vistiendo el uniforme de miliciano su presencia causó acentuada conmoción. Yo siempre le tuve una estimación grande como amigo y compañero.

Al verlo con aquel uniforme sentí profunda pena por él, no por mí. Comprendí que estaba equivocado. Pero tratando de buscarle una justificación a aquel modo de reaccionar de un hombre, recordé que en cierta oportunidad su padre, que era una persona ya mayor, había sido detenido y golpeado por la policía represiva del anterior régimen. Posiblemente ahí estaba la raíz de su forma de reaccionar en aquellos momentos. Han pasado los años y no he vuelto a saber de su proyección ulterior aunque abrigo la esperanza de que su pensamiento haya cambiado al observar en forma directa la transformación comunista de aquella revolución en la que él había creído a plenitud.

Es así cómo cuando el comunismo va penetrando en un país se afectan las relaciones familiares y los lazos de amistad se aflojan primero y se zafan después, dando lugar a que la vida familiar se sienta afectada hasta el máximo y las relaciones de amistad mermen hasta crear ángulos conflictivos donde antes sólo brillaba el aprecio personal de tanta im-

portancia en las relaciones humanas al correr de la vida.

Y así había ocurrido en el centro de trabajo del periódico "Información", donde los compañeros y amigos que a lo largo de muchos años habíamos mantenido relaciones cordiales se quebraron desde el instante en que el comunismo comenzó a extender sus tentáculos en la Redacción y en los talleres del periódico.

Un día en que yo me encontraba en la parte baja del taller del periódico donde estaba situada la rotativa grande cerca de la cual se encontraba la estereotipia con sus hornos de fundición de plomo, el edificio todo fue conmovido por una fuerte explosión. Los que estábamos en aquella parte pensamos que la explosión había sido producida en el crisol del plomo. Movidos por la curiosidad fuimos hacia dicho lugar comprobando con sorpresa que allí no había ocurrido absolutamente nada. Uno de los maquinistas del taller tenía encendido su radio y a los pocos minutos escuchamos la primera noticia de que la explosión había ocurrido en un barco con armas que estaban descargando en el puerto. Se trataba del vapor francés "Le Coubre", que procedente de Europa había llegado al puerto de La Habana con un gran cargamento de armas y dinamita.

Iba yo subiendo por la escalera interior del edificio que une a Redacción con la parte de los talleres donde estaban situados las linotipos cuando me crucé con Tirso Martínez, el fotógrafo del periódico ya transformado en un fiero revolucionario de primera línea, quien me preguntó:

—¿Esa explosión fue allá abajo en el taller?

—No —le respondí— no fue en el taller. Por la radio escuché un "última hora" informando que la explosión fue en un barco francés que estaba en la bahía descargando armas y municiones.

—Coño —respondió con violencia captando la importancia de lo ocurrido— lo que tenemos es que

acabar de una vez con todos los “cabrones” contrarrevolucionarios.

En lugar de la cámara de repórter gráfico lo que traía en la mano era una ametralladora. La palanquéó en tono amenazador y exclamó:

—¡Carajo...! lo que tengo es ganas de meterle en la cabeza a cualquier contrarrevolucionario todas las balas que tengo en el “peine”.

Otro compañero Lillo Jiménez \* bajaba en esos instantes por la escalera y al verme me dijo:

—El barco voló en pedazos y hay muchos muertos. Los bomberos no pueden acercarse por temor a nuevas explosiones y la policía está tratando de alejar a los curiosos.

Al escuchar la nueva noticia volvió Tirso a la carga:

—Lo que tiene Fidel es que darnos orden de acabar de una vez con todos los “jodíos” contrarrevolucionarios.

Nos clavó la vista con gesto fiero y salió rumbo al elevador con la ametralladora al hombro y Lillo con su fina agudeza me señaló:

—¿Tú no crees que este nuevo “decano con metralleta” se está refiriendo a nosotros?

### *La exposición rusa*

La Exposición Rusa tuvo por marco el Palacio de Bellas Artes situado frente al Palacio Presidencial y cada vez que yo pasaba por aquel lugar observaba una larga fila de público esperando para entrar a la misma.

Aquel detalle me llamó la atención y un día que estaba en el despacho privado de Fernández Varela, subdirector de “Información”, lo comenté con él y sonriente me respondió:

—A mí me ocurrió igual. Me llamó mucho la atención ese detalle de un interés desbordado por parte

\* Lillo Jiménez, fallecido en el exilio.

del pueblo hacia dicha exposición y por un amigo que antes simpatizaba con la revolución y que ahora no le ocurre así me dio a conocer lo que estaba ocurriendo en ese asunto. El Partido Socialista ha dado orden a sus miembros que mantengan siempre esas filas y como son muy disciplinados, obedecen. Así cuando entran y ven toda la exposición haciendo siempre comentarios favorables, salen y de nuevo hacen la fila. De ese modo se da en todo momento la impresión de un interés desbordado por las cosas que allí están exhibiendo.

En mi interés periodístico de observar siempre todas las cosas de cerca fui a dicha exposición acompañado por mi esposa para ver las "maravillas" que allí estaban dando a conocer y en realidad, fuera de la exhibición del "Sputnik" nada había allí que pudiera deslumbrar.

Pasamos por el lugar donde exhibían la parte interior de una casa y mi esposa me dijo al oído:

—Observa esos muebles. Parece que están fabricados con tablas de cajones. Esos muebles en uso no duran ni seis meses.

Después pasamos por el departamento donde se exhiben las pieles y ella me señaló:

—Fíjate que son buenas pieles pero no tienen belleza. Les falta el brillo y el acabado que las hace atractivas.

Continuamos de un lado a otro sin encontrar absolutamente nada que pudiera llamarnos la atención y al llegar hacia una vidriera donde exhibían varios relojes de pulsera y de bolsillo nos encontramos con un empleado de la Sociedad Pro Arte Musical llamado Mayorquín, quien estaba deslumbrado con aquellos relojes y como yo lo conocía, le señalé:

—Esos relojes no valen nada. En cualquier quin-calla los encuentras mejores.

Se volvió hacia mí airado al darse cuenta de que yo le estaba señalando una verdad y al darse cuenta de que aquel comentario me podía crear algún

conflicto ulterior, mi esposa me tiró del brazo y seguimos hacia el exterior.

Al llegar a un lugar donde estaban exhibiendo varios automóviles de fabricación rusa, volví a encontrarme con otro grupo haciendo elogios desmedidos de los mismos y no pudiendo contenerme les indiqué:

—Salgan afuera y verán en la calle carros americanos de cualquier marca superiores a todos estos...

Y mi esposa sabía lo peligroso que resultaba un comentario de esta naturaleza ante fanáticos comunistas, me volvió a tirar del brazo y me sacó de la exposición aunque yo confieso que me sentía sumamente molesto por aquel deslumbramiento que muchos mostraban ante los artículos y objetos allí exhibidos.

Al día siguiente estaba yo en el periódico haciendo comentarios al respecto con un grupo de compañeros cuando Manolo Huete señaló:

—¿No saben lo que ayer pasó en la Exposición? Todos nos volvimos hacia él, que continuó:

—Pues que los técnicos rusos que vienen con la exposición para mostrarla están deslumbrados con los aparatos automáticos de “Coca-Cola” que están instalados allí y se asombran cómo sale el refresco y después da el cambio de la moneda.

Todos nos echamos a reír, porque los rusos llegaron para deslumbrar a los cubanos con sus supuestos adelantos y les estaba ocurriendo todo lo contrario a ellos ya que cuando esos técnicos recién llegados circulaban por La Habana y sus repartos observando los modernos hoteles, las hermosas casas de apartamentos, las grandes residencias del Vedado, Miramar, Country Club y el Biltmore así como los clubs privados con todos sus adelantos se estaban dando cuenta de que no era Cuba el país subdesarrollado que deseaban los jerarcas del comunismo hacer que apareciera para encontrar base para su dominio del país.

Una tarde llegué al restaurant “El Jardín”, situa-

do en la calle Línea, en el Vedado y allí me encontré con Panchito Muíña, uno de sus propietarios. Nos sentamos en una mesa apartada mientras tomábamos una copa de cerveza y como éramos viejos amigos y él sabía cómo yo pensaba al respecto de las cosas que estaban ocurriendo en Cuba, me informó:

—Ellos a mí me contrataron el servicio del buffet que le dieron ayer a Mikoyan y puedo decirte que la “cacareada” igualdad dentro del comunismo es otra de sus tantas mentiras. Se sirvieron dos tipos de “buffets” distintos. Uno corriente con copas de sidra en el salón grande y otro a todo lujo en el salón pequeño donde estaba Mikoyan con toda la plana mayor de la gente del Gobierno con Fidel a la cabeza. Allí se servían faisanes, caviar y “champan”. ¿Te das cuenta de cómo ellos establecen la diferencia de clases? Y después dicen que se trata de una sociedad sin clases. Otra de sus grandes mentiras.

Hizo una breve pausa. Miró hacia los lados para cerciorarse de que nadie lo estaba escuchando y finalizó:

—Hasta la vajilla pidieron que fuera distinta. Abajo se les sirvió a los invitados en vasos de cartón y arriba en platos de porcelana y vasos de baccarat. ¿Te das cuenta?

La presencia de Mikoyan en Cuba dio base para acentuadas protestas de grupos de jóvenes que se daban cuenta del matiz que ya estaba tomando aquella revolución proclamada en sus inicios por Castro de “tan cubana como las palmas”. En esas manifestaciones juveniles ingenuamente aquellos grupos juveniles aspiraban a desligar al comunismo del “castrismo” y cuando Mikoyan, ofendiendo la memoria de José Martí, fue ante su estatua ubicada en el Parque Central a depositar una ofrenda floral aparecieron los jóvenes enarbolando cartelones que decían:

“Castro salvó a Cuba y Mikoyan la quiere perder”.

Aquella leyenda estaba tan alejada de la verdad que Castro siguiendo su línea de siempre se mostró implacable en las represalias y los jóvenes ingenuos fueron apaleados, dispersados y muchos de ellos llevados a la prisión de La Cabaña.

Y por esos días Nikita Khrushchev declaró: "Es una alegría extraordinaria para nosotros los comunistas ver a los pueblos de América más y más decididos en alcanzar su independencia económica enfrentándose a la extranjera, sea cualquiera el disfraz que intenten lucir. Nuestras simpatías han estado y estarán siempre con países como Cuba, que está decididamente luchando por proteger su independencia nacional y económica".

Ya se había firmado un tratado económico con Rusia representando Mikoyan a su país. Por el mismo Rusia concedía a Cuba un crédito de cien millones de dólares comprometiéndose a adquirir un millón de toneladas de azúcar anuales por espacio de cinco años, abonando en efectivo doscientos mil dólares al precio de tres centavos libra (precio del mercado mundial) y abonando el resto en trueque de maquinarias agrícolas y diversos productos industriales. Pero este primer convenio y los siguientes se limitaron, casi exclusivamente, al intercambio de azúcar por armas y carburantes, convirtiendo a Cuba en la segunda potencia armada de América, de acuerdo con un repórter del Departamento de Estado de Washington.

Entonces el ex presidente Hoover publicó un artículo con el propósito de despertar la conciencia de sus conciudadanos y Mikoyan desde Cuba, le respondió refiriéndose a las nacionalizaciones y señalando con aspereza:

"Así hicimos en Rusia y nuestra revolución ha sido un éxito portentoso".

## *La boda de la hermana de Castro*

Un día estando en mi mesa de trabajo en mis diarias labores relacionadas con las reseñas sociales me llegó la noticia de la boda de la hermana de Castro y fiel a nuestra responsabilidad informativa dentro del campo profesional publiqué la noticia señalando, de acuerdo con los informes recibidos, que se iba a casar con un joven de nacionalidad mejicana, en la Santa Iglesia Catedral de La Habana.

Como era de esperarse la noticia despertó interés y los naturales comentarios dado que en aquellos momentos todo lo relacionado con la familia Castro causaba resonancia entre los lectores del periódico y al día siguiente recibí la visita de un comandante del Ejército Rebelde, quien a nombre de Castro me comunicaba que esa boda de su hermana no se celebraría en la Catedral sino en una iglesia humilde y en la mayor intimidad. La iglesia escogida era la de La Caridad, situada en la calle Salud, en La Habana.

Al día siguiente rectificamos la noticia indicando que la mencionada boda tendría por marco la iglesia de La Caridad. Parece que en esta determinación, como de costumbre, Castro había actuado en forma dictatorial. Pero al parecer la hermana se le rebeló insistiendo que era su boda y que el templo donde se efectuaría lo escogía ella y no su hermano.

Por varios días no se habló más del asunto aunque al parecer había discordia en el seno de la familia Castro y la novia se mantenía en su decisión de que su boda tenía que celebrarse en la Catedral. No había una certeza del lugar en que la ceremonia se efectuaría y fiel a nuestro deber profesional como jefe de las planas sociales del periódico "Información" la noche de la boda destaqué un fotógrafo y un repórter en la iglesia de La Caridad y otro fotógrafo en la Santa Iglesia Catedral de La Habana.

Cuando llegué a este último lugar después de haber estado en la iglesia de La Caridad me di cuenta de que por el movimiento y el adorno floral que lucía el templo era allí donde se iba a efectuar la ceremonia que tanto interés había despertado precisamente por causa del anuncio de dos lugares distintos. La natural curiosidad que la boda despertaba se robustecía por saber en definitiva cuál era el templo seleccionado a última hora para la celebración de la misma.

La ceremonia estaba señalada para las siete y media de la noche. Unos minutos antes de la boda llegó Castro. Todas las miradas de los invitados a la ceremonia se centralizaron en su persona. No vestía uniforme de gala como correspondía a un militar que asiste a un acto formal nocturno. Vestía uniforme de faena. Venía fumando un grueso tabaco. Saludó a algunos de los invitados más conocidos y sin respetar en lo más mínimo el simbolismo de la senda nupcial, la empezó a cruzar rumbo al altar mayor mientras que saludaba a un lado y otro a los invitados que lo miraban con gesto entre curioso y admirativo.

Para la hermana fue un triunfo la celebración de su boda en el templo por ella elegido y no el que Castro deseaba. Pero él tranquilamente con sus botas de campaña había pisoteado la senda nupcial sin importarle nada el significado de pureza que para la novia tiene ese detalle tan relevante.

Minutos después llegó ella, si mal no recuerdo, acompañada por su hermano Ramón Castro, quien fungió de padrino de la boda mientras que Castro abandonaba el templo antes de que finalizara la ceremonia, posiblemente para recalcarle a su hermana su desprecio y lo poco que le importaba su boda.

Estos detalles dieron lugar a una serie de comentarios entre los cuales se señalaban —en voz baja desde luego— que después de la boda hubo otro incidente a causa de que la hermana deter-

minó trasladarse a Ciudad México para fijar su residencia llevando consigo todos los regalos recibidos y el dinero en dólares que le pertenecía diciéndole a su hermano:

—Yo me voy y si quieres da el escándalo mandándome a detener en el aeropuerto.

Sobre este incidente no tengo datos verídicos y lo relato sólo como el rumor que corría en aquellos instantes.

### *Mi lucha por salir de Cuba*

Una mañana llegué al jardín “Le Printemps” situado en la calle 23 y allí me senté a charlar un rato con Gustavo Rey, periodista brillante y un hombre de mucha visión en los asuntos de la política interna de Cuba.

Junto con su hijo Gustavito se dedicaba por entero desde hacía varios años a esas actividades comerciales en el citado jardín. Pero ya su hijo había salido de Cuba en unión de su esposa Oscilia y su menor hijo. Por ese motivo Gustavo se encontraba solo atendiendo el establecimiento.

Los tres empleados encargados de preparar los adornos florales estaban en el taller de la parte baja y nosotros nos encontrábamos en la pequeña oficina aladaña al salón de recibo por lo que podíamos hablar libremente sin que nadie nos escuchara.

Estábamos a mediados del mes de octubre de 1960 y precisamente el día 13 de ese propio mes las actividades castro-comunistas habían dado un paso importantísimo.

—Esto cada día se pone peor —me dijo Gustavo— porque con esa ley 890 que acaba de dictar Castro se nacionalizan casi trescientas empresas cubanas. Son nada menos que dieciocho destilerías, todas las fábricas de cerveza, cuatro de pintura, sesenta de textiles, más de una docena de molinos arro-

ceros, once teatros y trece almacenes. Y entre las fábricas nacionalizadas está la fábrica "Bacardi".

Sonó el teléfono y contestó una llamada. Anotó el pedido de un cliente y después que colgó el auricular continuó:

—Estamos perdidos. Ya está funcionando la ley de Reforma Urbana que termina con la propiedad privada. ¿Qué es lo que nos queda aquí? Un solo camino: irnos o perecer dentro de este régimen comunista. No hay garantías para nada, ni para nadie.

—Tienes razón. Esa opinión es la mía también.

—Y lo más grave es que el pueblo está ciego y cree que ha llegado lo mejor para todos. El peor ciego es el que no quiere ver y el pueblo está ciego. Fíjate que hace unos meses las refinerías de petróleo que son propiedades de compañías americanas e inglesas al negarse a refinar el petróleo ruso en evitación de que echara a perder todo el equipo fueron confiscadas. ¿Qué te demuestra todo esto? ¡Que están haciendo lo que les da la gana!

Se detuvo un instante y finalizó:

—Yo estoy tratando de vender el jardín y después me voy. Si sabes de alguien que lo quiera comprar me avisas. Se lo doy en lo que sea o lo regalo. Pero no te olvides que aquí en la forma en que ya está funcionando la represión hay que irse.

—Además esa nueva ley —le señalé— que autoriza a fusilar a todos los terroristas y a que los procesos deban realizarse en cuarenta y ocho horas, pone a cualquiera frente al pelotón de fusilamiento.

—Precisamente por eso te digo que no queda otro camino que salir de Cuba. Yo estoy tranquilo porque Gustavito, su esposa y su hijo ya están fuera de aquí.

Nos despedimos, fui y tomé mi carro. La opinión de Gustavo Rey, cuyo talento y capacidad siempre he reconocido, me hicieron pensar de nuevo en la necesidad de salir de Cuba en unión de mi esposa. Ya mis dos hijos estaban en los Estados Unidos y con ese motivo me fui a la oficina del DIER a ha-

blar de nuevo con el teniente Morive en mi afán de lograr el permiso de salida.

Me recibió en su oficina. Pero su actitud no había cambiado. Para canalizar la conversación en una mejor forma le pregunté si ya tenía señalada la fecha de su boda y me respondió que la novia aún no la había fijado. Y al volver a inquirir sobre si ya estaban terminadas las investigaciones en relación con mi persona se limitó a responderme:

—Todavía no las han terminado.

Se echó hacia atrás en la silla giratoria que ocupaba y de pronto me preguntó:

—Dígame... ¿Usted no tiene un hermano que es capitán médico del Ejército?

—Bueno... creo que usted se está refiriendo al doctor Rolando Saíenz de la Peña.

—Sí. Ese mismo.

—No es mi hermano. Es primo. Pero yo lo tengo como hermano. Así es que puede decir que se trata de mi hermano.

—¿No recuerda usted que su hermano estaba de médico cuando Fidel atacó al Cuartel Moncada?

—Sí. Lo recuerdo. En esa época él prestaba sus servicios como médico en el hospital del cuartel.

—¿Y él no disparó contra Fidel y los que asaltaron ese día el cuartel?

—No. Porque él es médico y en su condición de tal sus actividades ese día fueron atender a los heridos.

Sonrió levemente y volvió a interrogarme:

—Pero... Él era miembro del Ejército ¿no es cierto?

—Yo no lo he negado. Pero eso no es un delito. Toda su carrera de medicina la estudió siendo soldado y ha ascendido por sus méritos profesionales nada más.

Me puse de pie y me marché. Una vez más me di cuenta de que el Estado policíaco estaba funcionando a plenitud y la policía represiva era la que tomaba todas las determinaciones dentro de Cuba.

*El cerco se va estrechando por días*

Al lado de mi residencia en la Séptima Avenida esquina a 84, en Miramar, vivía el doctor Modesto Arturo Mañas en unión de su esposa Carmen Cao y de sus hijos Arturo y Jorge. Siempre nos unió una estrecha amistad y a medida que se iban dando a conocer los distintos acontecimientos que conmovían a Cuba, venía él a mi casa y me preguntaba:

—Saínz, ¿qué usted opina de todo esto?

Yo opinaba exactamente igual que él. La situación se iba agravando por días porque ya a mediados de 1960 los tribunales revolucionarios estaban celebrando juicios sin garantía alguna para los acusados, la cifra de fusilados se acercaba al millar, los sindicatos obreros estaban controlados por los líderes de franco matiz comunista, los partidos políticos estaban disueltos, la prensa prácticamente no existía ya que la mayoría de los periódicos estaban cerrados y los que aún salían era con una casi total restricción en sus materiales informativos, las cárceles resultaban pequeñas para la gran cantidad de presos, la iglesia católica estaba sufriendo ya el impacto de la persecución y la enseñanza en manos del Estado, ya que las escuelas privadas habían sido cerradas. Entre las mismas se encontraba el Colegio Baldor, tan querido para nosotros por ser la escuela donde se educaron nuestros hijos y al mismo tiempo unirnos una sólida amistad con su director, el doctor Aurelio Baldor, gran educador cubano que había dedicado todo su entusiasmo y capacidad profesional en la organización de ese prestigioso centro docente.

Por eso cada vez que ocurría un acontecimiento que conmoviera a Cuba venía el doctor Mañas a cambiar opiniones conmigo. Yo observaba su natural y justificada preocupación. Médico eminente, hombre de mucho talento y de fina sensibilidad se

sentía afectado por todas las cosas que se sucedían un día tras otro.

—Esto va muy mal —nos decía— y todavía falta por ver lo peor.

Movía la cabeza en gesto de lógica inquietud. Se pasaba la mano por el cabello y nos lanzaba una interrogación:

—¿Qué piensa usted hacer?

—Lo que todos pensamos: irnos lo antes posible.

—Bueno yo ya pude sacar a Jorge y a Arturo. Solo quedamos Carmen y yo... y mi hermano no sé lo que hará.

—En el mismo caso estoy yo. Como usted sabe ya pude sacar a Hedy y a Roly. Solo faltamos Helda y yo.

Pero su sueño no lo pudo realizar. Era mucha su inquietud y su preocupación. Falleció en ese mismo año de 1960 y su muerte nos produjo honda pena.

### *Decreto contra los periódicos*

Una mañana fui a visitar a mi primo el doctor Antonio Pérez y Saínz de la Peña\* en su residencia de Miramar cercana a la nuestra. Allí lo encontramos con su esposa Ildelisa. Hablamos de distintas cosas en relación con todo lo que ocurría. Ya él había podido sacar de Cuba a su hija Marta Rosa y en su mente bullía la idea de abandonar Cuba. Pero su situación era un poco delicada debido a que desde hacía muchos años desempeñaba el cargo de abogado consultor del Ministerio de Comercio y en esos momentos estaba a las órdenes del doctor Cepero Bonilla.

Estábamos allí sentados en el comedor hablando cuando me dijo:

—Ven conmigo que tengo algo importante que comunicarte.

\* Antonio Pérez y Saínz de la Peña, fallecido en el destierro.

Lo acompañamos a una de las habitaciones y él cerró la puerta y la ventana en prevención de alguien que pudiera estar escuchando y se enterara de la noticia que iba a comunicarme en aquel momento.

—No me gusta darte esta noticia —me dijo— pero es mi deber hacerlo porque se trata de algo que a ti como periodista te afecta. Hay un nuevo decreto-ley del Ministerio de Comercio por el cual se limita a doce las planas de los periódicos y eso dada la elevada nómina que tienen que pagar semanalmente significa el cierre de los dos o tres últimos periódicos que están aún publicándose entre los cuales está “Información” que es donde tú trabajas.

Me di cuenta de la importancia de la noticia y comprendí que la intención era hacer desaparecer todo vestigio de prensa libre. Era el propósito desde el primer instante porque un régimen comunista no puede subsistir si hay libertad de prensa y de expresión.

—Tienes razón —le respondí— porque eso significa el cierre de todo periódico al que se le limita el espacio disponible para la inserción de anuncios y por otra parte se le da respaldo al centro de trabajo para que exija aumento de salarios.

—Eso está más claro que el agua y lo que te estoy diciendo es confidencial. Pero ese decreto-ley que ya está redactado va a salir en la gaceta el lunes próximo.

Aquella noticia revelaba que el “castrocomunismo” no se detenía en su afán de dominio absoluto de las instituciones básicas de una república democrática que iba con paso cauteloso en los primeros momentos y a medida de que se sentían seguros tomaban mayor velocidad en el logro de sus propósitos. El decorado cambiaba día a día y quienes no querían verlo así era debido a que cerraban los ojos para no enfrentarse con la realidad. La triste realidad del sometimiento y absoluto dominio de un pueblo que había creído en aquella farsa de una

“revolución más cubana que las palmas” cuando en realidad era “más roja que la bandera de la hoz y el martillo”.

### *Vigilancia por todas partes*

A medida que iba corriendo el tiempo el comunismo avanzaba y la vigilancia sobre el pueblo se iba agudizando por días. Nadie se atrevía a expresar libremente su pensamiento por temor a la represalia y las personas comenzaban a hablar en voz baja y moviendo la cabeza de un lado a otro para observar si había alguien que estuviera cerca escuchando. Era lo que se llamaba la aparición de “el ventilador” por la forma similar en que se movía la cabeza de un lado a otro al igual que lo hace ese equipo eléctrico destinado a refrescar la atmósfera.

Un día estando en mi casa tocaron a la puerta. Era un joven con uniforme del Ministerio de Salubridad quien me dijo:

—Vengo a fumigar los lugares donde tengan ustedes plantas acuáticas.

Lo invitamos a pasar y fue recorriendo todos los departamentos de la casa. Miraba más hacia el interior de los closets que hacia las pequeñas macetas donde mi esposa tenía algunas plantas que crecen en el agua.

Después antes de marcharse me preguntó:

—¿Tiene usted tanques de agua?

—Sí. Hay un tanque de agua en la parte alta del segundo piso.

—Voy a subir a inspeccionarlo.

—Bueno... ese tanque está herméticamente cerrado para garantizar la calidad del agua.

—Pero tengo que inspeccionarlo. Es la orden que tengo del jefe.

—Está bien. Lo comprendemos así pero no hay escalera para llegar al lugar donde está situado.

—Bien... vamos allá que yo buscaré la forma de subir.

Lo acompañamos hacia una terraza superior y desde allí le señalamos el tanque de agua que estaba en la parte alta del segundo piso.

—Ya usted ve. No hay escaleras y es peligroso tratar de subir.

Me lanzó una mirada inquisitiva como tratando de averiguar la razón por la que yo le señalaba el impedimento de llegar a ese tanque. Soltó el equipo de inspección que traía en la mano y como un acróbata se trepó por una ventana y desde la parte alta de la misma alcanzó el techo hasta llegar al tanque. Extrajo una linterna que llevaba en el bolsillo posterior del pantalón, corrió la tapa del tanque, alumbró y comenzó a inspeccionar el interior del tanque con sumo interés. Al no encontrar absolutamente nada, bajó de nuevo, recogió su equipo y nos señaló:

—Por fortuna para usted el tanque está limpio. No hay larvas, ni mosquitos. ¡Sólo agua clara!

Extrajo un block impreso que traía en el bolsillo de la camisa y después de anotar mi nombre y dirección me lo dio a firmar. Bajó y se marchó rumbo a la esquina donde había un automóvil esperándolo con varios milicianos en su interior.

Cuando se alejó la madre de mi señora que es una mujer de mente muy ágil, me dijo:

—Ese hombre no está buscando mosquitos. Ese lo que es está inspeccionándolo todo a ver si aquí hay armas. Por eso cuando tú le ponías impedimentos para ver el tanque grande del agua, pensó que dentro del mismo habían ocultas armas. Por eso se trepó como un mono mientras que los otros que estaban allí en la esquina dentro del automóvil lo estaban viendo y vigilando a ver lo que sucedía.

Yo me sonreí al darme cuenta de que ella tenía razón y una frase cerró su comentario:

—Yo me di cuenta desde que llegó. ¿Tú crees que yo soy boba?

Y efectivamente ella de tonta no tiene un solo pelo.

### *Escuchando "La Voz de las Américas"*

Frente a mi casa vivía Palomares, otro buen amigo, quien observaba muy de cerca las cosas que estaban ocurriendo en Cuba. Esa noche fui a visitarlo en unión de mi esposa. Era una noche cálida y nos sentamos a charlar en el jardín. Es él un hombre de agudeza en el enfoque de los distintos ángulos de la vida y nos dijo:

—En lugar de estar dentro de la casa hablando es mejor hacerlo aquí en el jardín que levanta menos sospechas. Ahora nos sentamos frente a frente. De esa forma usted vigila para allá y yo vigilo para acá. Cuando veamos venir a alguien desconocido porque ya dentro de "esto" hay de todo, cambiamos el tema y "hablamos de pelota".

Tal como lo habíamos convenido lo realizamos y cada vez que observábamos que alguien se acercaba derivábamos el tema sobre asuntos de "beisbol" levantando el volumen de la voz para que la persona que pasaba pudiera escuchar la conversación. Cuando la misma se alejaba volvíamos a tratar los asuntos de palpitante actualidad y él algunas veces con su natural sentido del humor me decía:

—No se vaya a entusiasmar demasiado con el tema y vigile bien que estamos rodeados de "caimanes". Fíjese cómo pasan caminando despacio para oír mejor y tenemos que cuidarnos, porque de lo contrario vamos para La Cabaña, que es un "hotel" donde según me han dicho el "servicio" es malo y la "atención" es peor.

Al poco rato miró el reloj y volviéndose a su esposa y la mía, quienes conversaban también allí en el jardín les indicó:

—Ahora ustedes vayan para allá adentro a oír "La Voz de las Américas". Pongan el tocadisco alto y la radio bien bajita. Pegan el oído al aparato

y después nos cuentan lo que dijeron, que aquí tenemos que estar con los ojos muy abiertos.

Era así cómo ya se vivía en el año de 1960. El terror a las confidencias, la delación y las acusaciones pesaba sobre toda la población. Por los teléfonos nadie se atrevía a mantener una conversación comprometedoras sabedores de que estaban escuchando y que tenían grabadoras disponibles para grabar en el acto lo que les resultara sospechoso.

Por esa época cada vez que usted hacía una llamada tenía que escuchar un disco grabado con las consignas revolucionarias de "Patria o Muerte", "Venceremos", "Cuba, sí, Yanquis, no", que había que oírlas con paciencia y dominándose para no soltar una "palabrota" que después les sirviera de punto de apoyo para una acusación posterior con el riesgo de ir a una de las tantas prisiones que ya estaban atestadas de sospechosos. De no adictos al régimen "castrocomunista".

A la mañana siguiente mi madre vino temprano a visitarme. Entró a mi despacho donde estaba yo escribiendo, cerró la puerta y me dijo:

—Mi hijo, yo creo que tú debes estar pensando en salir de Cuba. Aquí las cosas se están poniendo cada vez peor y tú en el periódico ocupas un puesto importante. Los comunistas están sacando la cabeza por todas partes y en cualquier momento pueden tú y Helda, que es maestra, tener un problema con ellos.

Yo me daba cuenta de cuánta verdad había en sus palabras. Las madres tienen un "sexto sentido" que a modo de "radar maravilloso" actúa siempre en favor de sus hijos y ella estaba en esos instantes muy preocupada por mí y también por mi esposa, mis hermanas Mary y Concha y sus esposos respectivos Paco Barinaga \* y Manolo Huete.

—No te preocupes tanto —le respondí en mi afán

\* Paco Barinaga, fallecido en el destierro.

de tranquilizarla— que todas estas cosas van a ir pasando y retornará la calma de nuevo.

Sonrió levemente con aquella sonrisa suya tan tierna y dulce. En sus ojos brilló una tenue luz de esperanza ante mis palabras y finalizó:

—¡Ojalá que sea así! Pero ya Hedy y Roly están fuera de Cuba y es mejor que ustedes vayan a reunirse con ellos. Para mí es muy duro separarme de ti y de Helda. Pero lo prefiero en estos momentos.

Me levanté de mi asiento, fui hacia ella, le puse el brazo por encima de sus hombros y deposité un beso sobre su frente. Era uno de los últimos besos que yo di a ella.

### *Una luz de esperanza*

Una tarde estando en el periódico supe la noticia de que el teniente Morive había sido trasladado y aquella noticia abrió una luz de esperanza en mis deseos de salir de Cuba.

Comencé a hacer investigaciones en forma discreta y conocí que la persona que en aquellos instantes tenía el control de los permisos de salida estaba muy ligada a un eminente médico cuyo nombre no doy a conocer porque aún se encuentra dentro de Cuba.

Fui a visitarlo, le expliqué mi situación y prometió ayudarme para conseguir el permiso ya que a él le constaba por conocerme desde hacía mucho tiempo que mi conducta siempre había sido limpia en todos los aspectos.

Dos días más tarde la esposa me llamó a mi casa para comunicarme que a las dos de la tarde podía presentarme en la oficina donde extendían los permisos que me iban a dar el mío.

Comuniqué la noticia rápidamente a mi esposa y unos minutos antes de la hora señalada estaba yo en la citada oficina para recibir el permiso que tanto ansiaba.

Llegué, pasé mi tarjeta y alrededor de quince

minutos más tarde entré al despacho que me indicaron. El oficial del Ejército Rebelde —un muchacho joven— me recibió de pie. Ni siquiera me invitó a sentarme. Tenía entre sus manos la tarjeta que autorizaba mi salida. Me la tiró sobre la mesa en señal tangible de que la había extendido contra su voluntad. Vacilé un instante. Pensé no recogerla y volver la espalda para retirarme. Pero rápidamente reaccioné al darme cuenta que si se cerraba esa puerta me sería muy difícil volverla a abrir. Extendí la mano y la recogí. Sin levantar la vista le di las gracias en tono seco y me ausenté de aquella oficina donde por un instante estuve a punto de echarlo todo a perder.

Llegué a mi automóvil que tenía estacionado en la calle, subí al mismo, puse la llave y arranqué el motor. Salí rumbo a mi casa y por el camino sentí que la sangre me hervía por aquel vejamen. Pero el deseo de salir de aquel infierno comunista era superior a mi indignación.

Llegué a mi casa y mi esposa me esperaba con inquietud. La leve sonrisa de mi rostro le reveló que al fin había obtenido lo que necesitábamos para salir de Cuba. Fuimos hacia nuestra habitación y cerramos. Le mostré la tarjeta y dos lágrimas rodaron por su rostro. Me abrazó y con emoción exclamó:

—¡Al fin nos podemos ir!

Le señalé que no hiciera el más leve comentario con nadie y tomando nuestros pasaportes que tenían visa de turistas por cinco años salí con el propósito de separar los pasajes correspondientes. Para no levantar sospecha no fui a la oficina de la compañía de aviación. Me dirigí a la Agencia de Pasajes Mena, donde tenía buenos amigos. Allí hablé con Guillermo en privado.

—¿Tienes aquí tu pasaporte y el de tu esposa?

—Sí.

—¿Y los permisos de salida también?

—Sí. Este es el de mi esposa y éste es el mío.

—Perfecto. Ahora mismo voy a separarte los dos pasajes por teléfono para que no tengas tú que ir allá, porque eres una persona muy conocida y ya las compañías de aviación están llenas de “chivatos”. \*

Abrió el pasaporte y me dijo:

—Como el nombre tuyo es José Gabriel Saínz de la Peña y Valiño, vamos a separar el pasaje a nombre de Gabriel Valiño. Así estamos dentro de la ley y ellos no piensan que se trata del cronista social de “Información”.

Le agradecí la sugerencia. Le entregué el importe de los dos pasajes y, al día siguiente regresé a recogerlos. Ya mi esposa con la mayor discreción posible estaba haciendo los preparativos del viaje. En su habitación a puerta cerrada preparó las dos únicas maletas en que íbamos a llevar lo indispensable para los primeros tiempos en los Estados Unidos.

Ni siquiera a los familiares más cercanos les dimos a conocer nuestra decisión. No era por temor a ellos, por estar seguros de su cariño, sino que la más leve indiscreción podía perjudicar nuestros planes de salida del país.

La noche anterior a nuestra partida citamos en nuestra casa a los padres de mi señora, mi madre, mis hermanas y los hermanos de ella así como a una amiga muy querida a la que siempre, por su lealtad hacia nosotros, la hemos tenido como un miembro más de la familia.

Al darles a conocer la noticia e indicarles que saldríamos si Dios lo permitía en el vuelo señalado para las nueve de la mañana del siguiente día la primera en reaccionar fue mi madre al exclamar con mezcla de alegría y tristeza:

—¡Yo sabía que para esto nos llamaban ustedes! Hacen muy bien en irse y que Dios y la Virgen los acompañen.

\* “Chivatos”, (delatores).

Todos los allí reunidos se manifestaron más o menos en la misma forma que mi madre. Era un momento emotivo para todos. Tanto ellos como nosotros se daban cuenta que toda una vida de esfuerzos, entusiasmo e ilusiones terminaba en esos instantes.

Nos encontrábamos en la terraza interior de la casa que da al jardín del fondo. Desde allí podíamos contemplar el "ring de baile" que en tantas oportunidades anteriores se llenara de muchachos y muchachas jóvenes, amigos de nuestros hijos, que venían a disfrutar de las distintas festividades celebradas en diversas ocasiones.

Son tantos y tantos los recuerdos que quedan en una casa fabricada por los propietarios y en la que se ha vivido por espacio de quince años que la emoción es lógico que anude la garganta.

Estaban allí junto a nosotros los familiares tan queridos y que no sabíamos si volveríamos a ver, que un aluvión de pensamientos nos llenaba la mente en aquellos instantes. Lo mismo de parte de ellos que de parte nuestra. Pero una de las características centrales del lugar a donde entra el comunismo es precisamente disgregar las familias, por ser doctrina materialista a la que nada le importan los sentimientos humanos.

Esa noche mi señora y yo esperamos la madrugada para colocar en el baúl de nuestro automóvil las dos maletas que sacamos como único equipaje. A esa alta hora de la noche sólo nos acompañaba con su lealtad ejemplar, Bambina, la inquieta y juguetona perrita de nuestros hijos, quien en aquellos instantes ignoraba que sus amos se alejaban quizás para siempre de la tierra que tanto amaban. Sus "ojos de uvas" —como los calificara mi esposa— nos seguían a todas partes en aquellas horas inolvidables siendo posible que su instinto animal le señalara que algo anormal estaba sucediendo esa noche.

Antes de entrar de nuevo en la casa, mi señora

y yo, cogidos de la mano con paso lento fuimos recorriendo de un lado a otro el jardín. Aquel jardín que ella tanto amara y que con tanta devoción mi madre en sus ratos libres cuidara a lo largo de los últimos años de su vida. Cada árbol nos traía un recuerdo que en esos instantes nos resultaba triste. Estaban allí los cuatro grandes flamboyanes, que el día de la fiesta de debutante de nuestra hija Hedy, se llenaron de flores inmensamente rojas como regalo especial de la Naturaleza para ella. Como símbolo maravilloso de su espiritualidad y de la dulzura de su carácter. Allí quedaban las dos matas de anones sembradas por mi madre, cuyos jugosos frutos ella disfrutara siempre como sus preferidos. Al centro del jardín se destacaba el lindo caminito bordado de flores que conducía a la entrada y en el que Sibila —el constructor de la casa grabara las letras que forman el apellido de la familia. Junto al mismo la palma real cerca a la blanca verja. Palma nacida allí de una semilla que de remoto lugar trajera el viento. Pero que siempre fue para nosotros un símbolo inolvidable de cubanía. Todas esas cosas al parecer pequeñas quedaron allí. Cosas que tanto dicen en el corazón de una familia. Detalles minúsculos que cobran vida en la evocación de un ayer lejano pero que por momentos vibran a plenitud dejando de ser pasado para convertirse en presente.

Esta estampa con sus ángulos propios se ha repetido en el corazón de millares de familias cubanas que perseguidas por los fieros tentáculos del comunismo tuvieron también un día que abandonar la tierra tan querida para buscar aires de libertad en otros países dejando sus corazones desgarrados igual que quedaron los nuestros el día de la partida en que en fuerte abrazo nos despediéramos de los seres más queridos entre los que figuraba mi madre. Fue allí en el aeropuerto la última vez en que la estrechara entre mis brazos y depositara un último beso en aquella frente que tanto amara en mi vida.

huyen de la doctrina materialista que aspira a dominar el mundo.

Era el día 29 de Octubre de 1960. Había anochecido. Llovía ligeramente y el termómetro marcaba una temperatura baja para nosotros que veníamos del trópico sin estar acostumbrados a los rigores del invierno. Sentíamos frío en nuestro cuerpo y más aún en el corazón por tantas cosas que habíamos perdido para siempre. Cosas que ya sólo figurarían eternamente en el recuerdo de un ayer que jamás retornaría.

Los pasajeros comenzamos a descender por la escalilla del avión. Delante de nosotros iba aquel matrimonio joven que observáramos en nuestro viaje y que ella como refugiándose en su niñez se chupara de continuo el dedo pulgar. Al bajar el último escalón y pisar por primera vez tierra norteamericana, aquella muchacha con emoción incontenible y ante la sorpresa de todos los que la seguíamos se lanzó sobre la pista del aeropuerto y la besó conmovida. Después se incorporó ligeramente y alzando su rostro y sus manos al cielo con voz velada por la emoción exclamó:

—Gracias Dios mío... gracias Virgencita de la Caridad... Por fin pudimos salir de Cuba... y Castro quedó atrás.

Y en aquel instante por todos los rostros de los cubanos que presenciábamos la escena corrían lágrimas de emoción y tristeza.

Edison, New Jersey, U.S.A.  
1968-1969

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA  
DIEZ DE ABRIL DEL AÑO MIL  
NOVECIENTOS SETENTA EN LOS TA-  
LLERES GRÁFICOS DE LA COMPA-  
ÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A.,  
CALLE ALSINA 2049-BUENOS AIRES.